

DAD A
CIÓN G



MIS

DEBERE



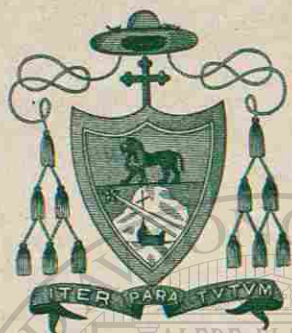
BL51

M5

C.1

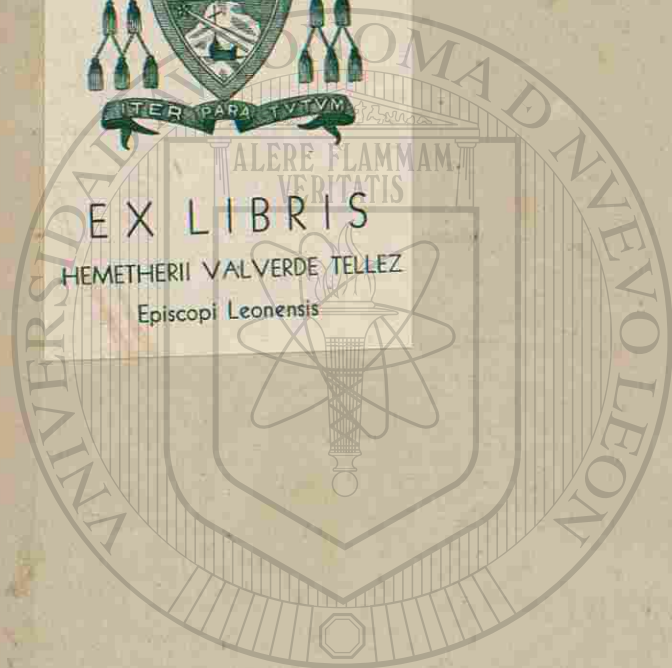
AL

008216



1080020776

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MIS DEBERES

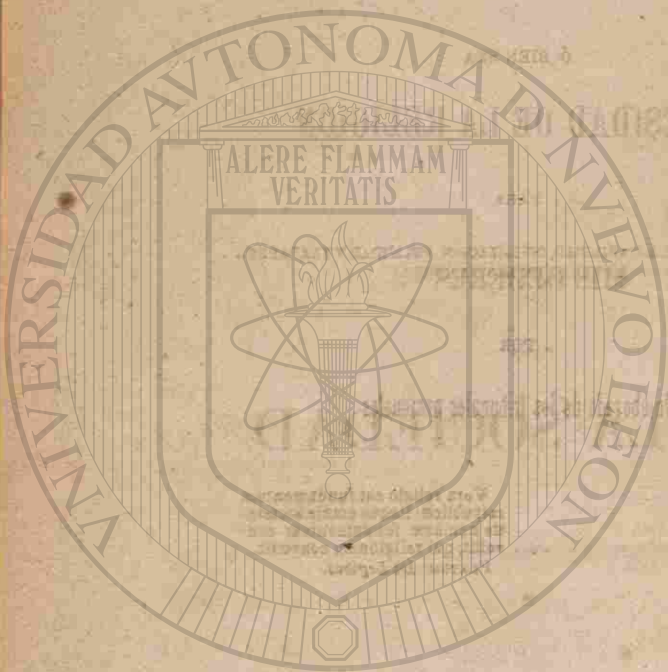
PARA

CON LA SOCIEDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MIS DEBERES

PARA

CON LA SOCIEDAD

Ó BIEN SEA

NECESIDAD DE LA RELIGION

PARA

LA ORGANIZACION, ESTABILIDAD, CIVILIZACION, FELICIDAD Y VERDADERA
LIBERTAD DE LAS NACIONES

POR

Un abogado de los tribunales nacionales

Vera religio est fundamentum
reipublice: itaque omnis societa-
tis humane fundamentum con-
vellit, qui religionem convellit.
PLATON: *De Legibus*.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



MEXICO

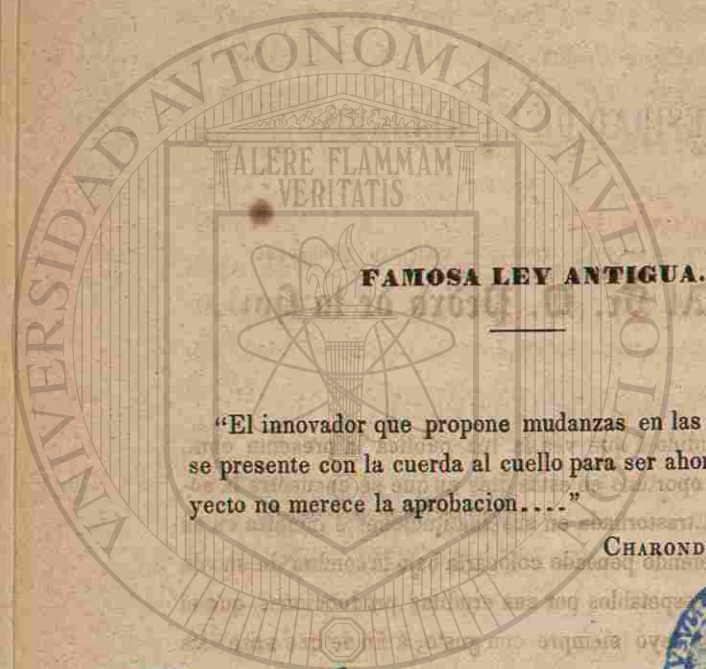
IMPRENTA DE ANDRADE Y ESCALANTE
Calle de Cadena núm. 13.

1860

FONDO EDITORIAL
ANDRADE Y ESCALANTE

44882

BLSI
ms



FAMOSA LEY ANTIGUA.

"El innovador que propone mudanzas en las leyes antiguas, se presente con la cuerda al cuello para ser ahorcado, si su proyecto no merece la aprobacion...."

CHARONDAS.



FONDO EMERITARIO
VALVERDE Y TELLEZ

58844

Al Sr. D. Pedro de la Hoz.

Estando decidido á que vea la luz pública la presente obra, por creerlo así oportuno en estos dias en que se encuentra la sociedad europea trastornada en sus instituciones é incierta en su porvenir, y habiendo pensado colocarla bajo la sombra de uno de esos nombres respetables por sus eruditas producciones, que el pueblo recibió y leyó siempre con gusto; á fin de que mire ésta con la indulgencia de que se ve necesitada, invoco el del sabio que hace años previno á los pueblos y á los reyes contra las nuevas doctrinas, que invirtiendo todos los derechos y deberes habian de producir algun dia el desconcierto de la sociedad, y que señaló tambien con toda la posible precision las razones por las que era natural y necesario que el sistema político, que podemos llamar frances, por venir de la carta de Luis XVIII, produjese las catástrofes que está produciendo....

El mérito de tales predicciones y doctrinas resplandece en la admision y confesion que han hecho de ellas varias veces los amigos de las nuevas teorías; unas, consternados y espantados

008216

á la vista de su obra; y otras, arrastrados de la lógica vigorosa é irresistible que brilla en los discursos de tal sabio.

Motivos tan poderosos son los que me llevan y conducen á dedicar á V. esta pequeña produccion de mis tareas, que le ruego se digne recibir bajo de su proteccion, á la vez que tengo el honor de hacerle manifestacion del afecto que le profesa ya hace tiempo S. A. S. S. y capellan.

El autor.

PRÓLOGO.

Que el hombre salvaje ó solitario no es el hombre de la naturaleza, es decir, el hombre criado por Dios, sino solo el soñado por Rousseau, para forjar sobre hipótesis tan ridícula y degradante aquel terrible pacto que, repugnante á la naturaleza é indigno de la razon y de la justicia, habia de producir máximas y doctrinas para destruir todos los gobiernos y acabar con todas las creencias, y sobre todo, con la cristiana, para sumir á los pueblos en la anarquía que los destruyera: que la religion es el alma y la razon de la existencia, conservacion, ventura y verdadera libertad de las naciones; y que solo á la religion de Jesucristo toca exclusivamente, como única verdadera y divina, llenar este cargo, son verdades que conozco y que confieso ingenuamente están ó deben estar al alcance de todos. Sin embargo, trato de probarlas ligeramente y á mi modo en este escrito; pues

teniendo su tiempo todas las cosas, he creído, que en la época infausta en que nos hallamos, estamos ya todos en el caso, de oportuna ó inoportunamente hablar cada uno á su manera; pues todo hombre tiene un interes, un derecho, un deber, de velar por la sociedad de que forma parte, avisando á sus gefes y á los pueblos, de cualquier peligro que puedan correr sus intereses, su religion, su libertad y su vida. Sí, todo ciudadano está obligado á clamar y gritar cuando ve y conoce que está á pique de naufragar la nave que le conduce hácia el puerto con todo lo que mas respeta y ama: y, ¿cuándo nos hemos visto en mas esposicion de padecer naufragio todos, de todo, tanto de lo espiritual como de lo temporal, que en estos dias en que, por medio de unas luces, que se denominarian mejor tinieblas, y á las que llaman civilizacion, ilustracion, progreso ó espíritu del siglo, intentan los artífices del desórden y apóstoles de una filosofia disoluta, feroz, hipócrita é impía (aprovechando la ocasion que le proporcionara la encarnizada y desastrosa guerra civil que desgraciadamente nos devora, y que ella incita y mueve)¹, con la mayor arrogancia sustituir á la justicia, la fuerza; á la libertad, la licencia; y á los principios y máximas conservadoras y vitales de la moral evangélica, los sistemas, opiniones y proyectos disolventes y ateos de la llamada filosofia moderna; que minando, confundiendo, desordenando todos los derechos, todas las instituciones, todos los deberes políticos, religiosos y morales, atraen por una rigorosa consecuencia sobre la sociedad, á mas de la apostasia, una multitud de calamidades, de delitos y desgracias?

¹ Estas líneas fueron escritas el año 33.

Nunca, en mi sentir, nos hemos visto en un estado más crítico, más alarmante, ni más peligroso. "Hoy no tenemos
" cánticos de gozo, sino tristes trinos y lamentaciones, al
" ver la persecucion que se hace á la religion, y que la im-
" piedad parece quiere levantar un altar profano sobre sus
" ruinas.... Hoy vemos enemigos de Dios y de los hom-
" bres, novadores, filósofos falsos que derraman con profu-
" sion, y esparcen por todas partes libros inmorales é im-
" píos, en que se enseña el materialismo, y con lo que se ha
" hecho y se hace la guerra á Dios y á la sociedad; pero
" ésta no gozará de paz y de tranquilidad, mientras que los
" seductores no sean desterrados y confundidos¹." Así se
ha espresado en estos dias un sabio y respetable obispo es-
pañol.

Y bien; ¿se destierran y confunden á estos enemigos de-
clarados de la religion y de la sociedad, á estos verdaderos
facciosos y traidores? Porque enemigo de la sociedad y trai-
dor es, todo el que conspira contra las leyes, la moral y la
religion, por mas que diga es patriota: ¿se trata de contener
y de prohibir tanto libraco y folletos como circulan en da-
ño de las costumbres, de los deberes y moral pública y de
la religion, y en los que la incauta juventud, imbuida de las
máximas impías, licenciosas y rebeldes, con que en ellos una
filosofia dulce y voluptuosa lisonjea su orgullo y sus pasio-
nes, se corrompe, se olvida de sus deberes, y se dispone
alucinada para perpetrar todos los delitos? ¡Ay! todo lo con-
trario.

Y en vista de esto, ¿podrá darse situacion mas amarga que

¹ *Genio del Cristianismo*, tom. 1.º, fol. 181.

la presente, para todo cristiano? Y el que lo sea verdadero, ¿no deberá esperar y temer llegue el caso, si no se pone á tiempo el oportuno remedio, de tener que llorar como Esdras la dispersion de la grey del Señor y las ruinas del templo; saliendo en el silencio de la noche, como este religioso varon hiciera, á considerar y á registrar el muro y puertas de la ciudad destruida, ó de verse en la angustiosa necesidad de tener que repetir las palabras con que en otro tiempo espresaba su dolor por las calamidades comunes de su pueblo el celoso Matatías? “¡Ay de mí! exclamaba el santo macedonio; parece que no he nacido sino para ver la quiebra de mi pueblo, y el rompimiento de la santa ciudad, y para sentarme á llorarla mientras que es dada en manos de sus enemigos! ¡Las cosas sagradas están abandonadas á los extranjeros; su templo es tratado como un hombre llano, y los vasos de su gloria fueron llevados á la cautividad, sus ancianos han sido despedazados en las plazas, sus sacerdotes degollados y sus jóvenes pasados al cuchillo de sus enemigos!” Sí, es de temer y de esperar que tengamos que ver y que deplorar los frutos amargos y sangrientos, que por necesidad han de producir las máximas impías que se siembran y cultivan, y los principios disolventes que se publican y aplauden.

“Ello es que (como decia al pueblo inglés sir Thomas Beevos Bart), seria preciso ser enteramente ciegos, y tener tapados los oídos, para no conocer los sucesos desastrosos que se nos preparan y oscurecen nuestro horizonte. En la situacion en que nos hallamos, é íntimamente convencidos del inmenso y terrible peligro que nos amenaza,

“al ver formarse una terrible tempestad sobre nuestras cabezas, al oír bramar los vientos y resonar sordamente el trueno, y á la vista misma de los horribles escollos contra los que los hombres del día están á punto de estrellar-
“nos; ¿será posible desechár por consideraciones vergonzosas la asistencia del piloto hábil, vigilante y fiel, dispuesto á sacrificar su vida por nuestra seguridad, y preferir ser víctimas de ese cúmulo de males espantosos que amenazan á nuestra patria, á nosotros y á nuestros hijos?”

Así que, repito, es llegado el caso en que todos, todos, levanten su voz con energía, nobleza y puro patriotismo, para defender los verdaderos intereses del hombre, de la sociedad y de la religion que, amenazados por las sugestiones y planes de los hijos de esa impía, bastarda y licenciosa filosofía, se hallan en peligro de naufragar. A la autoridad que dirige y manda, y que es la árbitra de nuestros destinos sobre la tierra, toca principalísimamente, de rigurosa justicia, el conjurar la tempestad; porque así, y no de otro modo, podrá arribar con la nave del Estado, que conduce el cargamento precioso de nuestras vidas, costumbres, instituciones, y la religion de nuestros padres, al deseado puerto con felicidad.

Advierto que yo no escribo estas líneas para fijarme en personas particulares; yo hablo en general y para todos los hombres, pueblos y naciones. Tampoco acuso aquí á mu-

1 *Historia de la reforma protestante en Inglaterra é Irlanda*, por Gobbet, prólogo, fol. 14.

chos filósofos honrados que desgraciadamente seducidos, no han sospechado que el término necesario de sus principios y teorías, habia de ser tan funesto y desolador, que en verdad jamas pudieran querer. En fin, en ellas no me he propuesto ni adular, ni menos ofender á nadie, y sí solo el presentar lo que allá en mis adentros creo y siento vivamente como una verdad incontrastable: *Qui legit, intelligat.*

INTRODUCCION.

HACE muchos años que en toda Europa no se ha hecho otra cosa que proteger y defender la causa de la impiedad y de la rebelion. Yo, en las mas amargas y críticas circunstancias, pretendo defender la de la sociedad: los deberes y lazos que hácia ella me ligan, y los males de que veo se halla amenazada, me impelen á levantar mi voz para dirigirla, no á la suprema autoridad, como debiera, por creer no pueda penetrar hasta sus oídos, á causa de la confusion que produce la grito de los que le cercan; ni menos á los iniciados en el arte fementida llamada filosofía; pues entre estos, ni mi voz se hace oír, ni menos es escuchada; sino solo á los verdaderos filósofos, á los hombres de bien y honrados ciudadanos; á aquellos, en fin, que rinden un ob-

DEBERES.

2

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

sequio racional á las cosas divinas y santas, y que siendo por lo mismo fieles á las leyes y potestades legítimas, han prestado siempre su oído dócilmente á la razon y á la verdad: á estos solos me dirijo: y así pues, hablaré sin miedo aunque atraiga sobre mí los anatemas de los impíos: no es tiempo de callar nada, y se hace indispensable despertar á los dormidos, hiriendo sus oídos con el ruido espantoso de las desgracias y calamidades que nos amenazan; á veces es un delito el callar y un crimen el disimular: "El silencio sobre nuestros mas altos deberes, dice un antiguo, es una especie de apostasía." Es necesario rasgar el velo, que causa la ilusión que nos pierde, y que hace que insensatos nos lisonjeemos de estar sanos, cuando una enfermedad mortal nos aqueja: doloroso es en verdad, avisar á el enfermo de su peligro, pero es necesario para que no perezca sin remedio y sin prevencion: lo contrario es una traicion contra la patria y contra la fe, principalmente en los que son ministros de la religion: pues deberán temer el que se les diga en su día estas terribles palabras: *Tus profetas vieron en ti doctrinas falsas y necias, y no hicieron manifestacion de la maldad para moverte á penitencia.*

Y ¿quién me podrá impedir el que levante mi débil voz para decir las verdades que siento, cuan-

do oigo afirmar á Pitágoras, que el único camino por donde podremos llegar á hacernos semejantes á los dioses, es el de hacer bien y decir la verdad, siempre útil á los hombres? ¿Acaso el que sea espuesto y peligroso el anunciarla en estos días tan desastrosos? No; esto ni puede ni debe arredrarme; y así que, una audacia generosa me incita y da aliento para tirar algunas pinceladas en un cuadro que cada uno acabará mejor por sí mismo, tratando solo de dar lugar á reflexionar; y si lo logro de solo uno, ya tengo cogido el fruto: si el orden de este escrito se interrumpe, si aparece violento, si.... debe disimularse: todo es obra del estado de mi alma, y que en tiempos de desórdenes y tempestades no es fácil el disponer siempre de nosotros mismos segun nuestros deseos; y ademas que se hace indispensable, sea y salga con arreglo al desorden del tiempo en que se escribe. ¡Tiempo terrible, tiempo de demencia y error, de abominacion y de escándalo! ¡Epoca sangrienta y de maldicion, en la que ha aparecido una nueva raza de hombres! ¡raza insensata y feroz, parto de la impía filosofia! ¡raza viperina, detestable y maldita para siempre! ¡raza incrédula, revoltosa y depravada, que solo recibió la razon para prostituirla, y la conciencia para venderla, y que prepara con una actividad infatigable la

ruina de la religion y de consiguiente la de la sociedad! El orden de cosas que se nos presenta; el ruido sordo y pavoroso que sienten nuestros piés; la audacia que se observa en los impíos; las doctrinas que se sostienen y las máximas que se propalan, deben persuadir á los que crean exageradas mis palabras, que jamas han estado tan amenazados y en mayor peligro la religion y el orden social. Sí, la impiedad triunfa sin oposicion; no se oye mas que su voz, ni se siente mas que su accion: las calumnias, las injurias y aullidos de rabia del partido filosófico contra el clero, la religion, su disciplina y las potestades legítimas; sus intenciones sangrientas, sus doctrinas disolventes, tan fecundas en desastres y delitos, que turban todo orden establecido y aun la economía y paz de las familias, ¿no prueban al menos advertido, á mas de un porvenir repleto de males y desgracias sin cuento, que los impíos ó los hijos de esa filosofia disoluta, hipócrita y feroz, despues que logran alguna ventaja ó triunfo en su obra de pecado, con pasos agigantados se precipitan á consumarla? Ellos, altaneros, predicán sus planes y deseos en sus escritos; ya no los cubren con misterios, antes bien, se glorian de manifestarlos. Sí, no disimulan cuáles son los insensatos proyectos y locas esperanzas que en sus pervertidos corazones

inspirara su soberbia y feroz madre; proyectos y esperanzas que cuentan para que se realicen, necesariamente, no tanto con su osadía y constancia y viles amañes, cuanto con la tolerancia y disimulo de los engañados gobiernos.

Escuchemos, pues, las mismas palabras con que la filosofia alienta y mueve á sus dignos y fieles hijos, para, segun ella dice, hacer la regeneracion, la ventura y dicha de los pueblos. Estas son tales cuales han salido de su boca:

“Nada sea de lo que es, ha dicho, insensata; todo debe cambiar, religion, deberes, moral, leyes, costumbres, gobierno. Todo esto debe prescribirse, puesto no está en armonía con mis máximas y doctrinas; rómpanse cuantos lazos han unido á los mortales con su Criador, y de hecho cuantos los unen entre sí en la sociedad; no haya otros derechos ni otras obligaciones y leyes que las que se deriven de la natural igualdad, libertad é independencia humana; la suprema ley debe ser la voluntad del mas fuerte, puesto que la fuerza es el único árbitro de los derechos de los hombres; de ella, pues, depende la autoridad, de ella la moral, de ella las leyes y aun la religion. Todo es igual sobre la tierra, el vicio y la virtud, el orden y el desorden, lo lícito y lo ilícito, la obediencia y la rebelion, la buena

ó la mala fe; porque el derecho natural bajo el cual se nace y vive, nada prohíbe mas que lo que no se puede; y permite los odios, los pleitos, la venganza, el fraude y absolutamente todo á lo que escita el apetito; cuanto se quiera y pueda, todo es permitido; si el campo, si la casa, si el caballo, si la hija ó la esposa del vecino, y aun su vida se desea, por derecho natural os pertenece, mortales, pues basta ser el mas fuerte. ¿Cuándo se sometió la fuerza á la debilidad? La sábia naturaleza destinó siempre al débil á servir, porque tiene necesidades; así como á el fuerte á dominar, porque puede ser útil: pierda uno su fuerza, adquiérala otro; ¿cuál será el resultado? mudarán de lugar y mandará el que antes obedecía; el que de otro necesita, es claro depende tambien de él. Invadid, pues, la tierra y cuanto en ella hay, pues todo pertenece al que tiene la habilidad de apoderarse de ello por la fuerza. El término de vuestro poder ó de vuestros apetitos, lo es tambien de vuestros inviolables derechos y obligaciones. El placer, el deleite, el interes personal, vuestras pasiones, en fin, y vuestra razon, sean los sabios pilotos que os conduzcan á labrar la ajena y propia felicidad; sean los únicos libros de las leyes y código de los Estados, y sean tambien como vuestras tropas y vuestras legiones. ¡Ay! ¿qué poder ha-

brá que pueda resistir á estos medios tan eficaces y á estas armas tan imperiosas? Y así que, odio, persecucion, esterminio á cuantos se opongan á estas máximas venerandas y benéficos principios que por mis predilectos hijos Epicuro, Celso, Porphirio, Lutero, Calvino, Puffendorf, Maquiavelo, Bayle, Hobbes, Espinosa, Tolando, Rousseau, Voltaire, Volney, Raynal, Diderot, Weishaupt, &c., han sido publicados: por lo tanto la religion cristiana, su culto, su moral, sus dogmas, su disciplina, sus ministros, sus bienes y sus prácticas desaparezcan. Húndanse los tiranos. ¡Tiranos! rodeaos en buen hora de vuestros numerosos y viles esbirros, ó mas bien esclavos: la verdad se abrirá camino por medio de ellos, y os alcanzará sobre vuestros tronos, para precipitaros desde su altura: no mas reyes; no mas sacerdotes. . . . Este grito puro y terrible de la razon y de la libertad resonará de uno á otro extremo de la tierra, y rotas las cadenas con que ha estado esclavizada por los déspotas, ofrecerá un pueblo solo de hermanos.

Aun hay más, amados mortales, vosotros habeis nacido reyes¹. *Este es el carácter y llamamiento que teneis por ser hombres; vuestro caso ha llegado, y la*

¹ Ceballos, *Falsa Filosofía*; lib. II, disert. 1.^a

fuerza, la sagacidad, la fortuna, la nobleza y demas ventajas que os ofrece la naturaleza, son otras tantas sentencias que pronuncian distinguiendoos y prefiriendoos á los que no son tales. ¿Qué haceis, pues? Aprovechaoos de las ocasiones con que sois solicitados para entrar en la sucesion á que tantos son llamados. Sois unos necios si perdeis la oportunidad de sojuzgar al mundo, que tantas veces se ha burlado de vosotros. El principio de vuestra empresa os ganará fuerzas para continuarla. A cuantos dominareis, metereis en su curso, y aumentarán vuestra violencia y vuestro poder, que es todo vuestro derecho. Este es el camino por donde corrieron á la gloria los que vosotros admirais y llamais héroes: hombres eran, por lo comun, oscuros, de ninguna fama ni grado en la República: su osadía y su resolucion pudo mas que el claro origen de las antiguas familias reales, y les dió poder para derribarlas y ponerlas en olvido, y fundar otras casas reinantes que les han sucedido. El éxito de estas empresas, si es dichoso, justifica cuanto en ellas se ha obrado: por el os declararán buenos, sabios, felices; y á vuestros antecesores llamarán torpes ocupadores de lo que no merecian tener, y en todo saldrán reos. Hay, en fin, perseverancia en la observacion de estas doctrinas y principios, atreviéndose á todo y sin temer nada, y fundando sobre ellos la educacion, las

leyes, las constituciones y la política con que se han de regir y gobernar los pueblos; vuestra mision, mortales, sobre la tierra, tendrá feliz resultado; amaneciendo ese dia, para mí tan deseado, en que el sol no alumbrará mas que á hombres libres, iguales y felices; y en el que vosotros, hijos míos, que ahora apareceis simples ciudadanos envilecidos y esclavizados por las leyes, la supersticion y los tiranos, os veréis reyes; riéndose todo á vuestra voluntad y á vuestro poderío. Dixi ¹.

Otro sí: filósofos amados: si algun temerario osara preguntaros cuál es el origen de vuestra autoridad ó derecho, ó bien os exigiese que mostréis el diploma ó título de vuestra mision regeneradora, ¡ah! no os amilaneis, no estarse mudos, no; pues bien conoceis que si callais, creerian los profanos que confesabais que nada teniais que responder, y en este caso os condenais á vosotros mismos; y así que charlando *pro aris et focis*, adulando siempre á las pasiones, creerán que á todo respondeis victoriosamente. Una burla ó bufonada á tiempo, un chiste picante, una falsa ó adulterada cita, un anatema lanzado con energía contra los tiranos y la supersticion, son cosas que, á veces, valen mas que

¹ Véase la nota que está al fin de la introduccion.

la demostracion mas seria; una medio palabra de ironía acompañada de una risa despreciadora, puede convertirse en una solucion concluyente contra la cosa mas demostrada. Empero cuando ya podais sin esposicion alguna, responded como mi hijo Lutero: *Yo, Martin Lutero, lo quiero así; yo lo mando así; y mi voluntad valga por toda razon.* Vuestra ciencia y vuestro poder entre los hombres, creedme, irá creciendo á medida que se aumente vuestra osadía: *Audaces fortuna jubat, tímidos que repellit.* No olvideis á mis célebres é intrépidos novacianos¹: ni menos estas palabras que cantó un hermano vuestro:

Fides nulla sit in pactis

Mel in ore, verba lactis

Fel in corde, fraus in factis.

Si os conviene debeis asistir á los templos, por las razones que lo hacia mi dulce y caro Epicuro².

1 De los filósofos novacianos, que fueron los primeros herejes que turbaron la Iglesia, dice S. Cipriano, que se portaban como unos enemigos de los sacerdotes: movian guerras públicas contra los obispos; erigieron un altar contra otro altar; hicieron levantamientos contra la Iglesia, y combatieron la verdad, no con razones, sino con espadas y venenos.

2 Este impío antiguo, contra sus propios principios, se aco-

Si algun profano os llama proteos, por no ser consecuente ni uniforme vuestra conducta, despreciadlo; ó mas bien compadecedlo; ignora que todo lo que conduce á llenar vuestra mision es laudable, santo, heroico. Concluyo aconsejándoos, que en vuestras congregaciones, que deberán terminar en fiestas saturnales, entoneis alrededor de... ya me entendéis, himnos á Vénus, Baco, Priapo, &c., con la misma alegría y libertad que lo hicieran los amigos de Lutero, en los dias que este gran filósofo contrajo su feliz enlace¹.

Así ha hablado ¡oh hombres! la llamada filosofía: tal es su lenguaje: tales son sus máximas: tales sus principios. Y bien, ¿cuáles deberán ser, os preguntaba á frecuentar los templos, honraba á los dioses de los atenienses y no esparcía invectivas contra los sacerdotes y magistrados. Temia le sucediese lo que á Sócrates.

1 Las siguientes coplillas eran, entre otras, dignas de los filósofos luteranos, las que se cantaron cuando Lutero celebró su boda:

Conculcare jura, leges,	At Priapum Lampsacorum
Infamare licet reges,	Veneremur, et Silenum,
Papamque cum Cæsare.	Bacchumque cum venere.
Septa claustris dissipamus,	
Sacra vasa compilamus,	
Sumptis unde supetat,	
Cum júbilo.	

to yo ahora, los resultados de su aplicacion? ¿cuál la suerte de los pueblos? ¿qué deberán estos esperar, cuando hombres imbuidos en estas doctrinas disolventes é impías, y en estas máximas de error y de muerte, se erigen por medio de amañadas sorpresas, ó por el camino de los tumultos ó revueltas, en sus doctores, guías y mandarines?..... Responded. . . . Mas ¡ay de mí! que sobresaltado y tras-pasado vuestro corazon de dolor, os oigo decir: Deben destruirse por necesidad; se deben hundir: y decís verdad en esto; no os equivocais; porque los pueblos, como el hombre de que se componen, son viadores sobre la tierra, y viven ó mueren segun son (como ha dicho un célebre publicista), las doctrinas y las creencias de los que los dirigen ó mandan; si éstas son conservadoras y vitales, vivirán; si, por el contrario, lo son de impiedad, de rebelion y de muerte, dejarán de ser. De aquí es, que los solios de los reyes, los unos vacilan, y otros se hunden; y los gobiernos todos temblaron cuando oyeron los principios detestables y destructores que, atrevida y feroz, enseñaba y predicaba la filosofia: la justicia, la probidad, el pudor, la sociedad toda, se conmovió consternada, por verse por ellos herida de muerte en todas sus instituciones; y los hombres sabios y virtuosos, y sobre todo, los discípulos

de la Cruz se prepararon á sufrir gozosos una lucha sangrienta y terrible. Mas ¡ay! yo al considerarlos detenidamente, á mas del desprecio y la execracion que hácia ellos el sentido comun me inspira, no puedo menos de estremecerme, al ver en ellos, como ha dicho un moderno escritor, el código del desórden, y la teoría de la muerte, ó la base sobre que está fundada la legislacion del caos ó del infierno, si la tienen.

¿Qué pluma, qué lengua podrá decir lo bastante contra una filosofia tan desastrosa, que con la hacha en la mano y una venda sobre sus ojos derriba, abate, trastorna y lo destruye todo sin edificar nada? ¿Qué teatro de atrocidades, de atropellamientos y de ultrajes no se veria hecha en un instante la sociedad, si se practican unas máximas tan atroces y destructoras? ¿Qué incertidumbre no reinaria en todo? ¿Qué rey podria decir, mañana lo seré? ¿Qué pueblo, mañana tendré mis leyes, mi religion, mis venerandas instituciones? ¿Y qué ciudadano, mañana serán míos mis bienes, mi casa, mis hijos y mi esposa? ¿Qué padre estaria seguro de sus hijos? ¿Y qué amo de sus domésticos? ¿Qué desórden, qué confusion no se veria en todas las cosas! ¿confusion y desórden que seria como las agonías de la muerte de la sociedad! Sí, la muerte de la sociedad.

Verdad tristísima que solo podrán negar los que se niegan á creer la evidencia, ó carezcan de sentido comun. . . .

Ahora bien, con estos antecedentes, ¿qué deberemos decir, ó qué pronósticos mas siniestros no debemos formarnos sobre nuestro porvenir, cuando entrevemos, que por inspiracion del espíritu filosófico se trata de destruir las leyes, las instituciones, las costumbres y aun las creencias que nuestros padres nos legaran, y en las que están basadas las verdades sociales que nos dan el ser, rompiendo el lazo con que el poder está unido á los súbditos, y estos entre sí; intentando tambien fundar nuestros derechos sobre nuestros deseos, sin otros límites que los que describa la fuerza, ni otra ley que nuestros apetitos ó particulares intereses? ¿Qué, cuando no se oye por todas partes otra cosa que el grito de la impiedad y de la rebelion enmascarados con un patriotismo de farsa, y con una ilustracion tan mentida, como lo es la felicidad, la libertad y la dicha que con tan lisonjeras imágenes se presenta y promete? ¿Qué es, pues, en resumidas cuentas, la soberanía popular, tal cual se promulga, entiende y sostiene por una multitud hace tiempo condenada, sino la enseña que la filosofia inscribe en sus banderas, ó lo que es lo mismo, la declaracion de

guerra á Dios, á la religion, á los soberanos, á la sociedad, al hombre mismo?

Así que, soberanos, sacerdotes, hombres virtuosos, ya está decidida vuestra suerte; la faccion liberticida os intima sin apelacion dejeis vuestros tronos, altares y virtudes. Los partidarios del pueblo-rey, embriagados en el odio á toda potestad, y en doctrinas licenciosas é impías, comprometidos con terribles y sacrílegos juramentos, llevan á cabo la obra de maldad á que se han alistado; los hechos hablan, y bien alto á nuestro pesar, para conocer que se trata del total exterminio de las generaciones creyentes. . . . Hay pues, á no dudarlo, en nuestro suelo, dos sociedades constituidas, no solo distintas entre sí, sino tambien armadas la una contra la otra. La sociedad de los hombres sin religion, sin ley y sin deberes, que en todo obra segun los principios y doctrinas de esa filosofia brutal y turbulenta, que inspira la mas rabiosa ferocidad social, y borra de los hombres los sentimientos naturales de piedad, pudor y humanidad; y la de los cristianos, que siempre fueron fieles á Dios, á su conciencia y á la autoridad: mas breve, espanta decirlo. . . . pero es forzoso confesarlo: Dios y el hombre, ó el espíritu y la carne: el error y la verdad, ó la religion cristiana y la falsa filosofia se presen-

tan á la lid: con harto pesar mio y público, recibe cada dia que pasa esta asercion nuevas pruebas de verdad en los hechos que suceden, en los males que nos aquejan, y en el estado de turbacion y desconcierto en que se encuentran las cosas públicas, sagradas y profanas. Y bien; en esta lucha que la ingratitud, la insensatez y la soberbia del hombre provocara, ¿por quién quedará el campo últimamente?... El tiempo nos presentará sus resultados. Mas nosotros no debemos lisonjearnos de la victoria, pues ni la justicia y santidad de nuestra causa, ni menos nuestra confianza y buenos deseos, es lo bastante para conseguirla: ¿y cuáles serán nuestros destinos futuros? ¿Cuáles los medios de remediar los presentes males, y librarnos de las calamidades que nos amenazan? ¿No nos quedará ya mas arbitrio que esperar ver los tronos todos destruidos, así como todos los fundamentos de los altares y de las costumbres de la sociedad, ó bien cubrirnos con un manto la cabeza, y cual otro César, dejar se ceben en nuestros pechos los puñales de la impía faccion? ¿Quién pudiera desde luego decir cosas gratas, y anunciar bienes en los momentos mas calamitosos! momentos en que plugo á la adorable Providencia reservarnos.

El plan de la faccion antisocial y atea ó de los

hijos de la falsa filosofia, enemigos de Dios, considerado humanamente, y calculando por los hechos, logra horriblemente su intento, y la fatal catástrofe está próxima á padecerse. El espíritu de impiedad y de rebelion que los mueve, acelera el fin de su infernal proyecto. ¿Qué podremos esperar de unos hombres que no perciben los clamores de su vendida y criminal conciencia, ni menos los avisos de su razon ahogada por los placeres de sus perversos y brutales vicios? El honor, la fidelidad, la piedad, y cuanto hacia latir en el corazon de nuestros mayores dulces y tiernas emociones, están muy distantes de sus corrompidas y feroces almas: ¿qué de la generacion presente, que imbuida en doctrinas de anarquía, ardiente en deseos y pasiones, y criada con aversion á la autoridad y en la ignorancia á sus obligaciones, ha prendido sus raíces en el cieno inmundo del mas monstruoso libertinaje é impiedad mas descarada? ¡Ay! ¿qué de bueno y útil se puede prometer la sociedad de estos seres desventurados, cuyas costumbres no dulcifica y rige la religion, y que desprendidos del freno saludable de la conciencia y olvidados de los respetos debidos á Dios, se alejan cada dia que pasa mas y mas de los caminos de la virtud, del orden y de la paz? ¿y qué al considerar la situacion?... ¡Mas ay de mí! no

me es aun permitido el anunciarla. Solo una mirada compasiva del cielo podrá desbaratar sus nefandos é insensatos planes. Dios, en cuya mano está la ruina ó la elevacion de las naciones; que las recompensa por sus virtudes con prosperidades, ó las castiga con plagas y aflicciones por sus pecados; que las da la guerra ó la paz, y que les pone á la cabeza hombres sabios y virtuosos ú hombres ignorantes y depravados; saca cuando quiere, ó cuando es llegado el dia de su justicia, las grandes almas que ha elegido como instrumentos visibles de su omnipotencia, para hacer que nazca del seno de las tempestades la calma y la serenidad, para levantar á los Estados de sus ruinas y constituirlos en paz; ¿y seremos acreedores á esta gracia?....

¡Naciones, en otro tiempo pacíficas y felices y hoy desconcertadas, sin reposo, sin ventura y sin consuelo! si quereis volver á la paz, á la inocencia y al goce de la verdadera libertad y felicidad de que careceis, y por la que anhelaís; es indispensable entrar en los caminos que demarcan la religion, la virtud y la justicia; así como tambien contener y no dar oídos á esos filósofos, profetas falsos y doctores de la desesperacion, de la esclavitud y de la muerte; que presentados con vestiduras de ovejas y siendo en realidad lobos rapaces, pretenden por

todos medios el esterminio de la religion cristiana, fuente del orden y de todos los consuelos de la vida, haciendo cejar á los pueblos á los tenebrosos y degradantes siglos del paganismo idólatra, y la ruina de toda potestad para disolver la sociedad; y así se pondrá á salvo la vida de la mayor parte de los hombres, y sobre todo, la de los creyentes, ó la de aquellos que caminan sobre los verdaderos principios de la religion y de la sana moral, los cuales jamas vieron en la soberanía otra cosa que la potestad emanada de Dios, establecida para conservar el orden en la sociedad, pues contra ellos es contra quienes principalmente se dirige el furor impío que los anima.

Así que, descorramos la negra cortina que oculta á la vista de los sencillos y pacíficos pueblos, para prevenirlos, los misterios nefandos y planes espantosos y sangrientos de los discípulos de la llamada filosofía moderna, hija de la herejía y del ateísmo, y enemiga declarada de toda verdad, de toda virtud, de toda subordinacion y de toda creencia. Lo que intento conseguir, mas bien que agradando en el estilo y en el lenguaje, dando voces con la verdad; para lo cual dividiré este corto trabajo en tres partes; probando en la primera, que el estado natural y primitivo del hombre, segun enseña la men-

tida filosofía, así como el *pacto social* su consecuencia, es una quimera funestísima y degradante, destructiva de todo orden, de toda disciplina y de toda fuerza pública; origen y fundamento de los principios mas detestables y ruinosos, y de las máximas mas fatales é impías, inventado para destruir la sociedad y la religion: no siendo otro el verdadero estado natural y primitivo del hombre, que el de la sociedad: en la segunda, que la religion es el cimiento principal del edificio social, ó como dice Aristóteles: "Es el alma que vivifica y da el sér al cuerpo civil; pues sin ella el imperio sería como un cuerpo sin mente; la República, una mole pesada, y una presa de las pasiones, y especialmente de la tiranía de innumerables:" y en la tercera, por último, si pues la religion es el alma y la razon de la existencia de las naciones, siendo la religion cristiana la única verdadera, veremos como á esta divina religion es á la que toca exclusivamente constituir las cual corresponde; porque siendo ella sola la que da la razon del poder de la sociedad y de todas las obligaciones, enlazando la autoridad de los que mandan con la sumision de los que obedecen con los mas estrechos y dulces vínculos; por lo tanto, de ella sola puede nacer el orden conservador de la sociedad, siendo la garantía mas segura

de la estabilidad y justicia de los gobiernos y de la paz y felicidad de los pueblos.

No faltará quien crea exageradas estas líneas; ¡ojalá así fuese! mas á éstos, como á todos, les pido solamente que las mediten; que no sean ligeros en el exámen de aquello que les interesa; y teniendo presente, que la filosofía y filósofos de que hablo, cuentan entre sus gloriosos triunfos, solo altares destruidos, reyes destronados, ó víctimas de sus venenos ó puñales, constituciones trastornadas, pueblos saqueados y reducidos á la mas insoportable y degradante servidumbre y miseria; conocerán que nuestra situacion es mas crítica y deplorable que lo que parece y se quisiera; y verán con horror el abismo de desgracias y de males donde intentan precipitarnos con la mayor osadía y perversidad, aprovechándose del estado desolador en que han logrado constituirnos; y entonces, dando un grito de espanto, confesarán desengañados y aun confundidos, que nada se exagera, que nada se abulta. Entremos en materia.

NOTA.

Que nada sea de lo que es; que todo debe cambiar, religion, deberes, moral, costumbres, gobier-

no..... Que la suprema ley debe ser la voluntad del mas fuerte..... Que no deba haber otras leyes que las que se deriven de la natural igualdad, libertad é independencia humana.... Que todo es igual sobre la tierra, el vicio y la virtud; la obediencia y la rebelion; la buena ó mala fe..... Que el placer, el deleite, el interes personal y nuestras pasiones, deban ser los pilotos que nos han de conducir á labrar la propia y ajena felicidad, &c., &c., &c.

Que este lenguaje feroz y atrevido de la llamada filosofia moderna, sea como el *programa* de los planes con que pretende hacer, segun ella dice, ilustrados y felices á los pueblos, llevándolo á cabo por todos medios, es una verdad, que á mas de estar conforme con la esperiencia y los hechos, se prueba de una manera incontrastable por los escritos de sus mas famosos y predilectos hijos. Léanse los de Hobbes, Espinosa, Tolando, Bayle, Rousseau, Voltaire, Helvecio, D'Alambert, Mirabeau, Dupuis, baron de Holback, La Metrie, Diderot, &c., &c., y se verá no han tenido otro objeto en todos ellos. Y la gran turba ó manada de discípulos que estos han dejado, no han hecho, ni hacen otra cosa, que reproducir en sus blasfemos y sucios folletos (que procuran presentarlos al público, adornados de imáge-

nes agradables, de donaires ingeniosos, de sátiras mordaces, y con todas las gracias y virtudes de la oratoria, de la poesía y de la elocuencia) las impiedades, furors, locuras y maldades de sus execrables maestros. Y así que, *El Compadre Mateo, el Nuevo y Viejo Citador, Dios y los hombres, Las Ruinas de Volney, El Sistema de la naturaleza, El Discurso de la vida dichosa, El Hombre máquina, El Hombre planta*, y otros miles escritos cuyo solo título ruboriza y espanta, y que desgraciadamente andan en manos de todos en grave daño de la religion, del Estado y de la pública y privada felicidad, no tienen otra mision que seducir y corromper el género humano; trastornar las ideas recibidas, oscurecer la verdad, y confundir el buen sentido y la razon; canonizar todos los vicios y delitos, condenando la verdadera virtud. En todas estas infernales producciones, se defienden la desenvoltura, la liviandad y la rebelion; y se atacan la religion, la justicia y la moral pública; en fin, pretenden en ellas con todo descaro erigir el ateismo sobre la consoladora y dulce creencia de un Dios.

Y no se crea tampoco que los proyectos, las impiedades y los errores de los filósofos libertinos de estos tiempos, es cosa nueva, no; ellos no hacen otra cosa, que reproducir fielmente los intentos, las

doctrinas y las máximas de los mas famosos impíos de la antigüedad, y seguir su conducta. En el Libro de la Sabiduría se refirió muchos siglos hace, cuáles eran los pensamientos y sistema execrable de los impíos de aquellos tiempos. "Dijeron los impíos neciamente allá consigo mismo: Breve y lleno de tedio es el plazo de nuestra vida: para el hombre no hay en el fin alguna consolacion, y ninguno se conoce que haya vuelto de los infernos. Porque de nada fuimos nacidos, y despues de esto seremos como si jamas hubiéramos sido: un vapor es el espíritu que respiramos. Y la palabra es la centella que conmueve nuestro corazon. Estinguida ésta, será nuestro cuerpo ceniza, y el espíritu se disipará como un aire blando. Nuestra vida pasará como el vestigio de la nube, y se disolverá como la niebla que huye de los rayos del sol y es agravada por el calor: nuestro nombre será olvidado, y ninguno tendrá en memoria nuestras obras. El tránsito fugitivo de una sombra es nuestro tiempo, y nuestro fin es irreparable; porque la puerta queda sellada y ninguno vuelve. Venid, pues, y gocemos de los bienes que son, y usemos de las cosas criadas, como en una juventud que corre con precipitacion. Llenémonos de bálsamos, y de vino precioso, y no de-

"jemos caer de balde la flor de nuestros dias. Concémonos con rosas antes que se marchiten. Ningun prado quede cerrado á nuestra lujuria. Ninguno de nosotros sea privado de algun placer. Dejemos por do quiera monumentos de nuestra alegría; porque esta es nuestra parte y nuestra suerte. Oprimamos al justo, si es pobre; y no perdónemos á la viuda, ni reverenciamos en los ancianos su autoridad ni las canas de sus largos años. Sea la fuerza nuestra ley y la suma de nuestra justicia, porque lo que es débil, es hallado inútil." Tales cosas pensaron y erraron obcecados por su malicia ¹. Véase aquí á la letra las máximas, la filosofia, la moral y jurisprudencia de todos los filósofos de estos tiempos; y si algunos, ora en sus escritos, ora en su conducta, aparecen comedidos, ó mas bien, se cubren con la asquerosa capa de la hipocresía, es para con mas seguridad practicar y sembrar su iniquidad.

Ello es seguro, que nuestros filósofos modernos, así como los del tiempo de Salomon y de su padre David, son, como los pinta éste, unos espíritus de error concebidos en la concupiscencia; y que hechos ajenos desde que se formaron, erraron desde el vien-

¹ Sapient. cap. 2.

tre hablando siempre falso: un sepulcro abierto es su garganta; revuelven su lengua con dolo y corre el veneno de áspides bajo sus labios; su boca aparece llena de maldicion y de hiel; sus piés son veloces solo para correr á los *homicidios* y á las *turbaciones sangrientas*, sin conocer el camino de la paz.

Sí, podremos decir, por nuestra desgracia, que los filósofos de nuestros días, son aquellos impostores que, llenos de hipocresía y de crímenes, habian de aparecer en los tiempos venideros, como anunciaba S. Pablo en sus Epístolas á Timoteo: "Sabed, "decia, que en aquellos últimos dias serán los tiempos mas peligrosos para la salvacion; se levantará una casta de hombres amadores de sí mismos, "codiciosos, altaneros, soberbios, blasfemos, intemperantes, inhumanos, sin afecto para los hombres "de bien, traidores, insolentes, inflamados de orgullo y mas amantes de sus deleites que de Dios; "que tendrán, sí, una apariencia de piedad, pero "arruinarán su verdad y su espíritu; y que á la "manera que Janés y Mambrés, magos de Egipto, "hicieron resistencia á Moisés delante de Faraon, "oponiendo sus prestigios á sus milagros, del mismo modo éstos resisten á la verdad, oponiéndola "las ilusiones de su espíritu corrompido; perverti-

"dos en la fe, no trabajan sino en pervertir á los "otros, y precipitarlos en todos los errores que los "estravian". Hasta aquí las palabras del Apóstol; palabras que parece están presentando á nuestros ojos los personajes que mas figuran en la gran turba de los llamados filósofos; y palabras que no hay necesidad de comentar ó explicar, pues cada uno puede, sin querer, y aun á pesar suyo, ir señalando con el dedo las personas que se hallen adornadas de los caracteres con que los dibuja el Apóstol....

1 Epíst. 2.ª, cap. 3.º



PRIMERA PARTE.

El estado natural del hombre es la sociedad.

QUE el estado natural y primitivo de los hombres fuese el de vivir errantes por los bosques ó en sociedad negativa como los lobos y las panteras; sin idioma, sin ideas, sin deberes, sin leyes, sin religion y sin Dios, disputando á los animales su alimento y su mansion; que este estado de vivir entre animales, y como animales fuese la edad de oro del hombre; estado augusto y majestuoso de una celestial simplicidad; y que el primero que fijando su morada, cansado de la vida nómada, errante, vagabunda y salvaje, fabricó una cabaña, y á mas abrió surcos en la tierra, y benefició los árboles ha-

ciéndose propietario, fué un hombre vicioso y desnaturalizado, que diera el primer paso á la esclavitud, contra la igualdad, la libertad é independencia natural; haciéndose esclavo de las leyes y de los deberes personales, religiosos y sociales; que despues otros hombres malvados, sagaces y astutos inventasen y pactaran; fueron hechos que felizmente desconocieron nuestros padres. Este importante descubrimiento, de descender línea recta de brutos, fué reservado al Diógenes de estos tiempos, el sofista inconsecuente Rousseau y á sus discípulos, que son todos los filósofos modernos, el de manifestarlo y enseñarlo á todas las naciones.

En vano la sana y juiciosa filosofía, apoyada en la historia de todos los pueblos, y en la tradición de todo el género humano, y sobre todo, con el mismo hombre, demostró que el estado de salvajina, los pactos, deberes, soberanía popular, la igualdad, la libertad, &c., eran unos extravagantes absurdos, al mismo tiempo que trastornadores de todo orden, propios del delirante cerebro de su autor, publicados para destruir al género humano, á la religion y á la sociedad; objetos que siempre fueron de su implacable y eterno odio: á pesar de todo, los partidarios de la bestialidad, del ateismo y de la soberanía popular, entregados á la carne, en-

greidos con su origen brutal, y sordos á toda verdad y razonamiento, no han querido conocer ni á Dios, ni á el hombre, ni á la sociedad; y sin desistir jamas de sus proyectos, no dejan de reproducir sus necias paradojas, sus máximas desorganizadoras y sus doctrinas impías; y nosotros repetiremos tambien lo que tantas veces se les ha dicho para confundirlos, aunque en verdad sin suceso.

Es una verdad constante que el hombre es un ser sensible, inteligente, racional, y por consecuencia sociable: que nace en sociedad y continúa viviendo en ella, porque le es agradable y necesaria; y que no ha sido en manera alguna destinado por su naturaleza á vivir vagabundo en los bosques y selvas, privado de los recursos y compañía de sus semejantes. La vida social le produce y conserva, modifica y cultiva; y así que el verdadero estado natural del hombre, es aquel que es conforme á su naturaleza, y como ésta consiste esencialmente en la razon, es preciso confesar que el estado natural del hombre no es otro que un estado racional: ahora bien, como este estado racional solo se puede concebir en la sociedad, es claro que el estado primitivo y originario del hombre es solo el estado de sociedad: estado establecido por Dios, autor y conservador de su ser; y esta es la razon porque sacó

de sus manos cuando le formó, las condiciones necesarias para la sociabilidad; su origen comun, su constitucion, su voz, sus facultades, sus inclinaciones, su debilidad, y la diferencia de sexos son cosas todas que le llevan y constituyen necesariamente en sociedad.

Es verdad que Dios hubiera podido criar á el hombre, como dice Burlamaqui, con bastante perfeccion y felicidad para vivir solo y separado de los demas hombres; pero no ha querido, á fin de que los vínculos de la sangre y del reconocimiento contribuyan á formar y á estrechar los lazos de la sociedad. No es por lo tanto la cuna de la sociabilidad humana el estado salvaje; estado contrario á la misma naturaleza y al carácter esencial del hombre, que le impele á buscar el comercio y compañía de sus semejantes.

El hombre, pues, natural, fabricado por el sofista ginebrino, seria una desgraciada criatura criada en un estado contrario á la naturaleza, á la razon y á la Providencia; y sin recursos algunos contra los males inevitables que le amenazan á cada paso.

“¿Cuál seria la suerte del linaje humano si cada uno viviese aparte é independiente de los demas, dice Séneca? Cuantos fueran los hombres, otras tantas serian las víctimas de los demas animales;

“una sangre la mas fácil de derramar; en una palabra, la debilidad misma. Los otros animales tienen fuerzas suficientes para defenderse: todos los que han de vivir vagabundos, y á los que no permite su ferocidad vivir en cuadrillas, nacen, por decirlo así, armados: en vez que el hombre está cercado por todas partes de debilidad, sin garras, sin dientes que le hagan terrible; pero estos auxilios que le faltan naturalmente los halla en la sociedad con sus semejantes. La naturaleza para indemnizarle, le ha dado otras cosas, que de débil y miserable que hubiera sido, le hacen mas fuerte y poderoso, quiero decir, la razon y la sociedad; de suerte, que aquel que no puede resistir á ninguno, llega á ser por la razon dueño de todo: la sociedad le da el imperio sobre los animales, le suministra medios en sus enfermedades, socorros en la vejez y alivio en sus dolores: si se quita la sociabilidad, se destruye al mismo tiempo la union del linaje humano, de la cual depende la conservacion y felicidad de la vida. . . .”

Voltaire, despues de pintar la paz y la dicha que puede ofrecer la vida montaraz, se espresa así: “Confieso no sentirme inclinado á ir á pastar como los brutos las yerbas de los campos; prefiero sin violencia las delicias de la servidumbre, al

"honor de la libertad salvaje, y estoy persuadido
 "de que habrá pocos hombres que no estimen en
 "mas nuestras villas y ciudades, en las cuales
 "los mas miserables tienen, cuando menos, alo-
 "jamiento y pan, que el vivir errantes por los
 "desiertos, espuestos á las injurias del aire, del
 "calor y del frío, y al furor de los animales.
 "Nuestras casas son mucho mas dignas de nues-
 "tro sér, que las cavernas de la tierra, y nuestros
 "alimentos son preferibles á los frutos silvestres y
 "carne cruda de los animales, de que necesita el
 "salvaje para nutrirse despues de haber corrido
 "largos espacios en pos de la presa. . . . Es cons-
 "tante que Dios ha dado á las abejas y á las hor-
 "migas cierta cosa para hacerlas vivir en comun
 "que no ha dado á los lobos; una vez que todos
 "los hombres viven en sociedad, debe ser cierto
 "que hay en su naturaleza un vínculo secreto con
 "que quiso Dios juntar los unos con los otros." ¡In-
 "sensatos y soñadores filósofos salvajes! Observad á
 "el hombre desde el primer instante de su concep-
 "cion hasta el momento en que descende á la tum-
 "ba, y siempre á vuestro pesar, le encontraréis con
 "necesidades necesarias; dependiente desigual y so-
 "ciable: él será siempre lo que es; y es lo que ha
 "sido siempre; es decir, sociable, porque es racional.

Queda probado que el hombre nace destinado por
 la providencia de su Criador, á vivir en sociedad
 con los demas hombres sus semejantes; y que la su-
 puesta original bestialidad ó vida errante, con que
 ha querido ennoblecerlo la mentida filosofia moder-
 na, nunca fué mas que una risible y ridícula, pero
 fatal paradoja, que ella misma jamas se persuadió
 seria creida, tal cual la ha vendido y presentado á
 los pueblos; pues á mas de tener contra sí todos los
 hechos y el sentimiento interior, estaba en contra-
 diccion de toda la naturaleza. Empero no era su
 intento el ser ó no creida, no; y sí solo el de formar
 sobre tan descabellada y degradante ficcion el lazo
 funesto de la ilusoria, á la par que encantadora, *so-*
beranía del pueblo, que habia de allanarle el camino
 al proyecto mas detestable.

Ella tuvo siempre el empeño (y queria en estos
 tiempos hacer su mayor esfuerzo) de trastornar el
 orden social, es decir, de arruinar la religion cris-
 tiana, la sana moral, las obligaciones mas sagradas
 y las soberanías legítimas, para hacerse la sobera-
 na del mundo, y la árbitra de los destinos de los hi-
 jos de los hombres, para oprimirlos, subyugarlos y
 regirlos segun sus insensatas máximas. . . . Mas ¡ay!
 Cuando veo á la sociedad tan agitada y como es-
 pantada y convulsiva, incierta en su porvenir, car-

gada de cadenas, llorando, no lágrimas amargas, sino sangre; y la observo turbada en su moral, en su religion y en su política; yo me confundo, y me pregunto á mí mismo consternado: ¿y será posible haya quien dude ya de la existencia de este infernal proyecto, despues de lo que en la Europa se ha visto y experimentado en estos últimos tiempos? ¿Existirá alguna persona de cualquier clase ó condicion que fuese, que ignore los nombres tan cacareados de las sectas públicamente conjuradas contra los tronos y los altares, que si bien aparecen á veces enemigas ó contrarias entre sí, solo lo son para disputarse el mando, pues por lo demas todas son amigas, y están acordes en seguir la obra de maldicion á que se alistaran y comprometieran con los mas espantosos y sacrílegos juramentos, bajo la comun bandera de la impía filosofía.¹ No es fácil creerlo: mas con todo, por si acaso hubiere alguno tan cándido que dudase de esta trama atroz é impía, que tantas lágrimas y sangre ha costado, y está costando á los pueblos, veámosla revelada por el mismo

1 "Juro un odio implacable al trono y al sacerdocio; y consiento si falto á este juramento, que mil puñales se sepulten en mi seno perjuro; que mis entrañas sean desgarradas; y mis cenizas, llevadas hasta los cuatro ángulos del universo, sean un monumento de mi infidelidad." Este es el juramento que hacen.

Rousseau; anunciada y temida hace cerca de dos siglos por el gran Leibnitz; denunciada el año 1770 por Mr. Sequier, célebre magistrado frances, al primer parlamento de su nacion; y confesada por la misma filosofía, por boca de uno de sus mas celosos hijos, el ateo Condorcet.

"Tengo por imposible, decia Rousseau, que las grandes monarquías de Europa puedan durar aún mucho tiempo: todas han relampagueado, y el Estado que relampaguea se acerca á su ruina. Me asisten para pensar así razones mas particulares que esta máxima; pero no conviene ahora decir las, y cualquiera las comprende bien."

Y Leibnitz: "Los discípulos de Epicuro y Espinosa, figurándose libres y desembarazados del temor de una Providencia vigilante y de un porvenir amenazador, sueltan la rienda á sus pasiones brutales, y emplean su talento en seducir y corromper á los demas; y si son ambiciosos y de carácter un poco duro, serán capaces de poner fuego á las cuatro partes del mundo, solo por divertirse y holgarse. Yo he conocido algunos de este temple, que ya han muerto. Yo veo que opiniones muy semejantes se van insinuando poco á poco en el espíritu de los hombres del gran mundo, que dirigen á los demas y de quienes de-

“penden los negocios, é introduciéndose en los li-
 “bros de moda, disponen todas las cosas para la
 “revolucion general de que Europa se ve amena-
 “zada. . . . Se ridiculiza á aquellos que cuidan del
 “público; y cuando algun hombre bien intencio-
 “nado habla de lo que vendrá á ser la posteridad,
 “responden: Ahora como ahora, y entonces como
 “entonces. Pero puede ser que estas personas es-
 “perimenten los males que creen destinados á
 “otros. Si no nos corregimos de esta enfermedad
 “epidémica de los espíritus, cuyos efectos comien-
 “zan ya á hacerse visibles, si sigue aumentándose,
 “la Providencia corregirá á los hombres por me-
 “dio de esta misma revolucion que ha de nacer de
 “ella.”

Escuchemos á M. Sequier: “Despues de la estir-
 “pacion de las herejías que turbaron la paz de
 “la Iglesia y del Estado, decia este celoso ma-
 “gistrado, se ha visto salir de las tinieblas un sis-
 “tema mas peligroso por sus consecuencias, que
 “los antiguos errores, disipados siempre á medida
 “que se reproducian. Entre nosotros se ha levan-
 “tado una secta impía y atrevida: ha decorado su
 “falsa sabiduría con el nombre de filosofia; y bajo
 “este nombre pomposo ha pretendido estar en po-
 “sesion de todos los conocimientos. Sus partida-

“rios se han erigido en maestros del género hu-
 “mano. Libertad de pensar: ved aquí su voz, y
 “ésta se deja oir de un cabo del mundo á otro: con
 “una mano han querido derribar el trono y con la
 “otra el altar. Su objeto era extinguir la creencia,
 “hacer tomar un nuevo curso á los espíritus sobre
 “las instituciones religiosas y civiles; y la revolu-
 “cion se ha hecho por decirlo así; los prosélitos se
 “han multiplicado, y sus máximas se han difundi-
 “do: los reinos han sentido vacilar sus antiguos
 “fundamentos; y las naciones, espantadas de hallar
 “aniquilados sus principios, se han preguntado que
 “por qué fatalidad han llegado á ser tan diferen-
 “tes de sí mismas.”

Oigamos, en fin, lo que el ateo y conjurado Con-
 dorcet escribia á su amigo el conde de Aranda: “La
 “filosofia va á reinar sobre Europa. Sus ministros
 “van á ser los de los reyes; y la libertad francesa,
 “despues de haberos hallado su admirador duran-
 “te sus desgracias, reconocerá uno de sus defen-
 “sores contra la supersticion y el despotismo. El
 “destructor de los jesuitas, será el enemigo de to-
 “das las tiranías. Paréceme ver al mismo Hércu-
 “les limpiando el establo de Augías, viéndoos á
 “vos pisar esa canalla vil, que, bajo el nombre de
 “sacerdotes y nobles, son la úlcera del Estado.

“ Ahora sois vos el ejecutor testamentario de los
 “ filósofos con quienes habeis vivido, y la sombra
 “ de D'Alembert gira sobre los lugares que habi-
 “ tais. Vais á enseñar á la Europa que el servicio
 “ mas señalado que puede hacerse á los reyes, se-
 “ rá quebrantar el cetro del despotismo, y armar-
 “ los de una *sábia constitucion*, que constituyéndo-
 “ los los primeros servidores del pueblo, los colo-
 “ carán en el puesto que deben ocupar para su di-
 “ cha y la nuestra.” La pluma se resiste al escribir
 las palabras de que se valia Voltaire para dar á en-
 tender esta infernal trama.

Es inútil el que yo me detenga á comentar las
 palabras referidas, ó á alegar otras razones mas pa-
 ra probar una trama ó conjuracion de la que todos
 somos desgraciadamente testigos ó acaso víctimas.
 Sí, testigos y víctimas de una atroz é impía conju-
 racion que hizo un dia que en la Francia se viese
 la religion cristiana sin altares, y sin trono sus cris-
 tianísimos reyes: de una conjuracion espantosa, que
 con los crímenes, las matanzas, los trastornos y de-
 vastaciones que en esta nacion perpetrara, aterró
 y conmovió á toda Europa, y á mas la cubrió des-
 pues de ruinas y de sangre; y de una conjuracion,
 en fin, contra la que están ó deben estar sobresal-
 tados y alerta todos los verdaderos políticos, y to-

dos los que dirigen los destinos de las naciones....¹

Ello es indudable, la existencia del execrable pro-
 yecto de la filosofia, y que se hace necesario tener-
 lo presente, para comprender que cuantos males,
 desastres é innovaciones presenciarnos, y cuantos
 tememos tristemente presenciar, son resultados de
 esta impía conjuracion, de este ordenado y sacríle-
 go proyecto; y no obra del tiempo, de pasiones par-
 ticulares ó de estravíos pasajeros de los hombres,
 como por algunos demasiado crédulos y sencillos se
 creyera: así como tambien lo es, que se ha visto
 forzada y en la dura necesidad de inventar un me-
 dio por el cual pudiera conseguirlo; le era preciso
 guarecerse con algun escudo, porque no se le ocul-
 taba que no era fácil que los pueblos corriesen á
 abrazar sus principios, que nunca dieron de sí otra
 cosa que trastornos, crímenes y desgracias; sí, co-
 nocia era ardua y arriesgada su empresa, y más
 cuando ya habia sido chasqueada en otras inten-
 tonas; pero con todo, nada le intimida, nada le ar-
 redra, contando para su buen éxito, mas en sus re-
 probados y pérfidos manejos, que en sus doctrinas
 y máximas, cuyo valor no dejaba de conocer; y así
 es, que las esperanzas de su seguro y suspirado

¹ Véase la nota que está al fin de esta primera parte.

triunfo las ponía, en que dándolas gratas y lisonjeras á las mas delicadas y amadas pasiones de los hombres, haría que estos, seducidos, corriesen de buena voluntad á abrazarlas, y que cuando diesen en el engaño fuese cuando ya no hubiese remedio, estando tremolada su triunfal y desoladora bandera. A la manera que la incauta y sencilla ave, atraída del dulce reclamo de la añagaza, abandonando el fértil y anchuroso campo, se encierra por sí misma en estrecho recinto, cuando mas olvidada del peligro y engreída con el esquisito preparado cebo da en la red; así de la misma manera han de ser cazados los pueblos; pues ellos mismos por sus pasos contados habían de dar en la celada, encontrándose sin religion, sin libertad, sin virtudes; esclavos, saqueados, pobres y á las puertas del sepulcro; cuando creyeran habían llegado ó debieran llegar al puerto de la libertad, de la dicha, de la virtud, de la abundancia y de la inmortalidad: y en verdad que así se ha verificado; habiendo servido de fatal reclamo para este funestísimo engaño el supuesto *pacto social*, y de cebo las máximas y doctrinas que de él emanan; que aunque impías, sediciosas, desorganizadoras, ateas y sanguinarias, y que solo tienden á trastornar todo gobierno, la religion y á disolver la sociedad, han sido presentadas á los pueblos

con un exterior barnizado de virtud, patriotismo, ilustracion y orden, y con promesas seductoras de un porvenir de placer, de dicha y de paz; al mismo tiempo con dulces y pomposas voces que halagan las pasiones; esmerándose sobre todo lisonjearlos con las ideas de independencía, de libertad y de soberanía que tanto encantan y seducen.

El hombre tiene dentro de sí mismo una rebelde inclinacion á sacudir todo yugo y obediencia, ó una repugnancia á tener que humillarse y subordinarse; flaqueza heredada de la funesta prevaricacion de nuestros primeros padres. Y por lo tanto, ¿qué debía esperarse de los incautos pueblos, cuando se les dice con intenciones siniestras, que ellos son los autores voluntarios de la sociedad, y los inventores ó forjadores de los derechos y de todas las obligaciones? ¿Qué, cuando se les enseña y predica en tono magistral y dogmático, que es la única autoridad que no ha menester razon para legitimar sus actos; que son árbitros de mudar la forma establecida de gobierno á su libertad y capricho; que no ha de haber otro Dios ó religion que la que les venga á cuento, ni otra moral que la que fabriquen, con arreglo á sus intereses y mas caras pasiones; ni otras leyes que las que formen, ni otras autoridades que las que creen, ni otros impuestos que los que voten,

pues ellos son los verdaderos soberanos? ¿Qué debía esperarse, cuando ya legiones de filósofos tenían enarbolada la bandera de la rapacidad, de la anarquía y de la impiedad; habiéndose alistado en ella personajes distinguidos, y enseñándose sus doctrinas en los colegios y establecimientos de pública enseñanza? El mismo Voltaire aseguraba ya en su tiempo: "Sea en la magistratura, sea en la Iglesia, sea junto al trono, sea sobre el trono mismo, sea en la literatura, que todo está inundado de ellos, sea en las academias".¹ ¿Qué, cuando la multitud contenta con la libertad, ó mas bien licencia adquirida, y con la impunidad en que vivía se le hacía cuesta arriba volver á el orden y á la subordinación? ¿Qué, en fin, cuando ya estaban trastornadas todas las mentes y corrompida la masa general; pues así como un gran río engrosado repentinamente con diversas aguas, sale de sus márgenes y destruye y arrastra tras sí cuanto se presenta á su violenta corriente; así de la misma manera, el torrente impetuoso de las abominables máximas de independencia, irreligion é inmoralidad, lo había inundado y corrompido todo, aun hasta las chozas?

Ya en este estado, en vano hombres elocuentes

¹ Si Voltaire habla así en su tiempo, ¿qué podríamos nosotros decir de éste en que vivimos?

con espresiones de fuego, les presentaron los espantosos males que debían resultar de la admisión de aquel absurdo pacto y de sus consecuencias y máximas execrables, tan fecundas en injusticias, regicidios, trastornos, impiedades y delitos. En vano se les mostró que las máximas de irreligion con que les habían lisonjeado y seducido, no podrían producir el orden y la felicidad que les habían ofrecido; y en vano se apoyaban en la experiencia repetida y en los hechos sujetos á los sentidos de todos los hombres, que los pueblos que las habían abrazado, se habían hundido en un mar de crímenes, calamidades y desgracias; porque una legislación, y unos derechos y deberes fundados sobre el hombre montañés ó fiera, y sobre el absurdo y ridículo pacto que él hiciera al asociarse con sus semejantes, es decir, sobre falsas y arbitrarias relaciones, contrarias de las verdaderas, que entre sí tienen los seres sociales, precisamente habían de producir, en lugar de libertad, de dicha y de tranquilidad, desórdenes, disturbios, sangre, desolación y anarquía; la agitación continua de la sociedad, y que los hombres se devoraran los unos á los otros como fieras en vez de conservarse. En vano había llegado afortunadamente aquella época en que, desengañados los hombres de buena fe, veían que no había ya otro refu-

gio que la proscripción ó el cadalso. En vano, en fin, algunos pocos, no seducidos, suspiraban en secreto por su libertad, su religion y su gobierno, deseaban la paz y el orden, y anhelaban por un gobierno de hombres de bien: ya fué todo tarde; los filósofos habian triunfado, y cambiando sus razones y teorías dulces en puñales y fusiladuras, no quedaba otro arbitrio que el de llorar en silencio la perdida libertad, y sufrir la insolencia, barbarie y tiranía de los que se decian y llamaban sus libertadores, ya trasformados y constituidos en furiosos tiranos.

La historia de un pueblo soberano, segun lo predica la filosofia, nunca fué ni pudo ser, ¡oh hombres! otra cosa, que la historia de los atentados, horrores, alevosías y devastaciones que acompañan á la mas negra y feroz anarquía: y si no, que se señale algun pueblo en donde hayan mandado los filósofos segun sus máximas y doctrinas; y se observará las leyes sin respeto, los magistrados sin carácter, la autoridad sin reglas, el poder fluctuante, y la multitud sin freno corriendo de crimen en crimen. Yo pregunto, ó mas bien visito á los pueblos soberanos ó filósofos, y los encuentro sin templos, pues han sido destruidos despues de ser sacrílegamente robados; sin sacerdotes, porque han sido proscritos

ó muertos; busco á sus reyes, y no los encuentro; los veo sin moral, sin orden, sin subordinacion, sin seguridad, sin creencia religiosa; y solo observo crímenes, luto, amargura, desnudez, lágrimas y desolacion. Sí, por do quiera no se ve en ellos otra cosa que cadalsos salpicados diariamente con la sangre inocente, la seguridad personal y la propiedad, con las demas ventajas que ofrece la sociedad, violadas; ni se oye mas que ayes tristes, gemidos lúgubres y los gritos de la desesperacion y de la muerte. En una palabra, en el reinado de la filosofia, verá siempre el fiel observador, el reinado de la insurreccion, del robo, de las venganzas, de las violencias, de las proscripciones, de las injusticias y de las pasiones mas viles y exaltadas, conjuradas contra la inocencia, la religion, la virtud, el talento y el poder legítimo. ¡Oh filosofia! ¡cuántos tronos han destruido! ¡á cuántos padres y madres has arrebatado el dulce objeto de sus mas tiernos cariños! ¡á cuántas esposas has hecho viudas! ¡á cuántas inocentes doncellas has prostituido! ¡á cuántos jóvenes has seducido, corrompido y perdido! ¡á cuántos pueblos, en fin, has dislocado y sumido en un abismo de desórdenes y de calamidades, por haber creído en tus pérfidos engaños, y abandonado por ellos su antigua fe, su religion, sus costumbres,

sus leyes y su gobierno, bajo cuya custodia habian gozado de libertad, de paz y de consuelo! ¡Desventurados! ¡En vano en sus mortales agonías buscan ya su perdido bienestar, su libertad y su reposo! Sí, inútilmente lo buscan, porque las sendas por donde tú, mentida filosofía, los conduces; y en la corrupcion y disolucion de tus doctrinas, no encontrarán otra libertad que la esclavitud, ni otra paz y quietud que la de los sepulcros!!!! ¡Reyes! ¡volved los ojos al cadalso en que yace el cadáver del indulgente Luis XVII! ¡Pueblos! ¡considerad detenidamente los espantosos y sangrientos anales de la revolucion francesa!!!!

Basta por ahora lo dicho para conocer el abismo de desórdenes en que se sumen los pueblos que dan oídos á la fementida é impía filosofía; conozcamos y confesemos, que criando Dios á el hombre sensible, inteligente y racional, le ha criado para que viva en sociedad con sus semejantes, bajo la tutela y guarda de sus padres en la doméstica, ó á la de los gefes ó autoridades en la pública ó general, y no para que vague cual bestia por los campos; que si los hombres hubieran sido naturalmente insociables, en este estado permanecerian necesariamente errantes y vagamundos: que los pueblos ó las sociedades se forman tales cuales son, por medios ó

caminos naturales; y así la razon, el amor á el órden, á la justicia, la necesidad, la naturaleza, es decir, la divina Providencia, son los fundamentos, y no la perfidia ó los pactos y convenciones que forja y sueña la filosofía.

La historia del linaje humano prueba que los padres fueron los primeros soberanos políticos; por esto decia Aristóteles, que la familia era figura de la ciudad, y el padre de la persona del príncipe: los hijos no fueron los que eligieron á sus padres por señores y gefes, ni menos los que establecieron tan dulce autoridad. y tan útil y grata dependencia. El poder paternal se funda en la misma naturaleza del hombre, sobre sus necesidades y sobre el bien de la sociedad: el hombre es de todos los seres vivientes el mas incapaz de poder ocurrir á sus necesidades necesarias, inmediatamente despues de su nacimiento: ¿cuál seria la suerte del infante si la ternura que la naturaleza inspira á la madre para su fruto, y al padre para retener consigo al que mira como á otro él mismo, no asegurase el lazo conyugal? Los cuidados que ellos se toman por el recién nacido para su crianza y educacion, imprimen en el infante el deber del reconocimiento, de la sumision y de un puro amor. En los animales, luego que cesa la necesidad, desaparece todo lazo; cada

individuo vive aislado y su reunion es inútil; las necesidades del hombre no se terminan con la infancia; la sociedad le es necesaria, como hemos probado, para conservarse y ser feliz; la mas dulce sociedad es la de la familia fundada sobre los lazos de la sangre, sobre el reconocimiento y sobre la mutua utilidad.

Multiplicada la especie humana, se vió en necesidad de vivir reunida para luchar contra la naturaleza, que tiende á hacer sufrir á el hombre y aun á destruirlo; mas el hombre, siempre victorioso, se ve forzado á buscar su subsistencia y las comodidades de la vida unido con sus semejantes, cumpliendo en esto la voluntad de su Criador, que le destinó á la sociedad por las necesidades de su naturaleza que no podia desconocer sin hacerse infeliz.

El poder paternal es, como se ha indicado, el primer principio y modelo de los gobiernos políticos, del mismo modo que la sociedad doméstica lo es de las sociedades públicas: así lo han creído y confesado todos los sabios y juiciosos escritores, fundándose en las lecciones, y aun en las inspiraciones que dan la naturaleza, la razon y la esperiencia, sin que hayan tenido necesidad de fingir, como lo hace la filosofia, pactos absurdos, ni menos épocas degradantes á la especie humana, para explicar ó fundar

el origen de la sociedad, de las leyes, de los derechos y de la autoridad de los gefes de las naciones. Ahora bien, pues así como las familias no podrian subsistir sin la subordinacion de sus individuos á sus cabezas, las sociedades mas numerosas tampoco podrian subsistir sin la sumision y fidelidad de las diversas familias á los gefes ó cabezas que se hallan á su frente para su defensa y guarda.

Y esta obediencia que deben prestar los asociados á las autoridades ya constituidas, en las sociedades generales, no es libre, ni se halla espuesta al capricho de los particulares; ella es hija, tanto en la familia, como en las sociedades públicas, de la naturaleza ó Providencia divina, de la razon y de la privada y pública conveniencia; y así no se puede ni debe contrariar, ni menos juzgar si cumplen ó no con los deberes que les imponen su puesto; porque esto acarrearía el desconcierto y la ruina de la sociedad, puesto que la ambicion y el orgullo de los malvados encontrarían siempre, aun en las mas justas y benéficas potestades, faltas gravísimas que condenar: siendo por otra parte cierto el dicho de Tácito: *Mellius est sub malo principe degere vitam quam sub nullo.*

¿Qué de males no acaecen á los pueblos que se rebelan contra el poder que los domina? ¿Cuánta

sangre, qué de sacrificios no cuestan las demandas de los súbditos contra su soberano? Estos es verdad, serán destituidos y decapitados; pero ¡ah! sus cadáveres deshechos serán envueltos entre millares de súbditos rebeldes. ¿Qué lecciones mas terribles no han recibido de esta verdad las naciones? Si la razon y la experiencia, dice un escritor moderno, tienen algun imperio sobre la tierra, los reyes y los pueblos deben estar cansados de disputarse un poder sin regla y sin freno, un poder imposible de establecerse y mantenerse cual ellos lo conciben, y que infaliblemente acabará por conducir, tarde ó temprano, á los reyes al cadalso, y á los pueblos á la anarquía y á todas las calamidades: la soberanía del pueblo fué el grito de alarma de los novadores del siglo XV, máxima funesta, nacida en tiempos de desastres y desórdenes, y que testifican la grandeza de los males con que venia á poner el colmo: clamando guerra á los reyes, y minando sucesivamente todas las instituciones sociales, hirió de muerte á la sociedad misma, y ofreció al mundo el espectáculo siempre memorable, de treinta millones de soberanos que diariamente se degollaban á nombre de su soberanía....

Los reyes ó gefes de las naciones ciertamente están obligados á ser justos como padres y tutores

que son de sus pueblos; el hacer felices y bienaventuradas las repúblicas, este es, dice Ciceron, el trabajo y la obra de los que las dirigen: *Populis salus suprema lex esto*: mas no por estar ligados con algun pacto espreso con los mismos pueblos, segun entiende la filosofia: así como el padre obra en todo en pro de sus hijos por el amor que les tiene, y procura no apartarse jamas de la idea de su bien; así de la misma manera los reyes, como padres de una numerosa familia, deben tener siempre presente la pública y privada felicidad de sus súbditos, arreglando su conducta en el ejercicio de la potestad legislativa y tutoría de que se hallan revestidos, á los estatutos y leyes justas establecidas, fundadas sobre las leyes generales de la naturaleza y la razon: ¡oh ley eterna! ¡fundamento de todas las leyes! ¡ley primitiva emanada del cielo! ¡ley anterior á todos los pueblos é imperios! ¡ley santa é inmutable como su divino Autor, que no está sometida ni á la autoridad de los príncipes, ni al capricho de las naciones, ni á las variaciones de los usos, ni á la influencia de los climas! es la misma en los ardorosos pueblos del Mediodía, que en los helados del Norte; lo mismo en un hemisferio que en otro, porque el hombre la lleva esculpida en su corazon! ¡Ley universal, que liga indistintamente al fuerte

y al débil, á los reyes y á los súbditos, á los padres y á los hijos! ¡Ley que, como decia Ciceron, es una y la misma en Roma, en Atenas y en todas partes! ¡Ley, en fin, que no puede ser derogada ni por el senado, ni por el pueblo! Y así que, los deberes de los reyes para con sus pueblos, y de los padres para con sus hijos, son dictados por sus propios intereses y por la recta razon ó voluntad divina, y no por un pacto voluntario que hubiesen hecho los reyes con sus pueblos, y los padres con sus hijos ó familias: *Bonus princeps nil differt á patre bono, nanque ut parentes filiis provident, ut bona his nunquam sint defutura, ita et principes:* dice Xenofonte.

El deber de ser fieles los súbditos, no es tampoco fundado en un pacto que hayan hecho antes de existir, y que nadie ha podido hacer por ellos; este deber se funda sobre el mas fuerte de los lazos, á saber: el de consultar el bien de la sociedad que los conserva; pues ésta no puede subsistir sin estar á el abrigo del gobierno, y éste, de la misma manera, no puede mantenerse sin la obediencia de los súbditos.

Ello es cierto, que es absolutamente necesario á los hombres un gobierno que los contenga en el cumplimiento de sus recíprocos deberes, y que velando en la guarda de sus derechos y de las leyes, se lo-

gre la privada y pública felicidad: y el mayor mal que les pudiera acaecer, seria el de ser abandonados á sí mismos: en este caso bien pronto la tierra no seria otra cosa que un vasto cementerio de la humanidad. Para enseñar y hacer conocer esta verdad en su imperio, fué costumbre de los persas, cuando moria un rey, cerrar por ocho dias los tribunales, quitar la fuerza á las leyes, dejando á todos en libertad para vivir segun las licencias de su antojo ó capricho, sin temores de las penas y sobresalto de la justicia: por este medio facilitaban todos los vicios y abrian la puerta á la perpetracion de todos los delitos, para que no viendo en las ciudades sino incendios, robos, homicidios, violencias y adulterios, todos echando menos el bien perdido y suspirando por él, mas gustosos se sujetasen al yugo benéfico de las leyes, y con mayores ansias abrazasen el imperio del sucesor: por esta sábia costumbre hacian conocer los persas á sus pueblos la necesidad que tiene el hombre en la sociedad del freno de las leyes, y de un gobierno ó autoridad suprema, ya para contenerle dentro de los límites de sus deberes, y que les prescribe el interes de su bienestar, ya para que le sirva de escudo y proteccion contra las malas pasiones de sus semejantes.

Y así que, no demos oídos á las voces temerarias

de aquellos mentidos tribunos que quieren destruir toda subordinacion, llamando sin cesar á los hombres al goce de unos derechos de libertad é independencia, contrarios á la naturaleza: estos genios turbulentos quieren sacrificar la sociedad á el individuo, como si el individuo no fuese envuelto en las ruinas de la sociedad. Esta seria un caos, si ella no estuviera subordinada á un poder que la dirigiera. ¡Cuál confusion se veria en el universo, dice un piadoso escritor, cuál caos de horror se sentiria, si los súbditos osaran menospreciar á sus cabezas y gefes! Estas cabezas establecidas por Dios, consagradas por su orden; estas cabezas, que pueden llamarse ángeles tutelares de los imperios; éstas á quienes hemos votado desde nuestro nacimiento una obediencia plena y entera; en una palabra, ésta que debemos respetar y amar sinceramente.... Seria infaliblemente el mas grande mal que podria suceder á los hombres, si abandonados á sí propios y dejados á sus deseos, se hallaran sin gefes: entonces las pasiones desenfrenadas harian de este mundo el mas horrible caos, y ninguna persona viviria en seguridad y reposo.

Es, pues, un deber sagrado el someterse al poder supremo de la sociedad, por el amor á el orden, á la paz y á la conservacion: por lo tanto, de cual-

quiera manera que el gobierno haya sido formado, sea por eleccion, por derecho de conquista, ó por sucesion ó derecho de nacimiento, el reposo y el bien de la sociedad exigen que los particulares se sometan á respetar la autoridad una vez establecida. La paz y felicidad de un pueblo, decia Teopompo, es mas bien obra y resultado de la sumision y obediencia de los súbditos, que no de la justicia y prudencia de los gefes que lo mandan.

El derecho de independencia, de igualdad y de libertad natural, con que se brinda á las naciones por una filosofía sin patria, sin Dios y sin ley, es absurdo y quimérico y contrario á los verdaderos intereses del hombre; este fué siempre el derecho de los malvados é insensatos, y el derecho que en todos tiempos fué el lazo de que se valieron tribunos ambiciosos, para esclavizar y destruir los pueblos. Si se considera una familia, se verá que el padre tiene una superioridad sobre sus hijos á manera de imperio; su experiencia, el título de padre y las cualidades adquiridas con los años, le constituyen de hecho y de derecho superior á aquellos que de él recibieron la existencia. Y bien, ¿si no hay independencia, igualdad y libertad en la familia, se quiere la haya en un vasto Estado, cuando éste no se compone sino de aquellas?

La desigualdad es en el mundo la obra de la naturaleza. En lo físico y en lo moral nacen los hombres desiguales; unos nacen débiles, otros robustos; éstos con grandes talentos, estos con ingenio pobre y escaso; unos son activos y aplicados, otros perezosos é inertes; algunos tímidos, cuáles atrevidos, quiénes moderados, agradables y compasivos, quiénes impetuosos, iracundos y destemplados: pero qué, ¿no es bastante echar una mirada contemplativa sobre la especie humana, para conocer la desigualdad de sus individuos? ¿Estos no se diferencian en gustos, en genios é inclinaciones, así como en la voz y fisonomía? Estas son unas verdades tan sencillas y naturales, que deben estar al alcance de todo hombre, á no ser que su espíritu se halle pervertido por las locuras de la filosofía. La naturaleza, es decir, Dios, ha querido manifestar su omnipotencia y sabiduría en esta obra tan maravillosa y aun necesaria para la formación y conservación de la sociedad, á que destinara á el hombre. "En una sociedad de hombres perfectamente iguales reinaria, sin duda, como dice Mr. Levesque, una inercia peor que la misma muerte."

"Tampoco son iguales los hombres por las leyes de la sociedad, dice Holback, pues ésta, para ser justa, no debe de ninguna manera igualar al hom-

bre inútil y criminal con el ciudadano justo y laborioso: detestemos, pues, las máximas de una filosofía insultante, mal contenta y envidiosa, que bajo el pretexto de restablecer la justicia y el reinado de Astrea sobre la tierra, quiere abolir distinciones y clases para introducir en las naciones cultas una igualdad quimérica, que no existió jamás, ni aun entre las tribus de los mas incultos salvajes." El sistema, pues, de igualdad absoluta, no es otra cosa que un sistema de destrucción: destruir las distinciones naturales en la sociedad, es querer llevarnos al estado en que, por la muerte, nos constituimos: solo en los silenciosos sepulcros podrá el hombre ser igual á los demás. *Quod si gradus, dignitatesque confundas nihil ipsa equitate inequalius*, decia Plinio. Y así es, que el empeño de hacer iguales á los hombres, segun la nueva filosofía, solo ha producido súbditos rebeldes, Estados destruidos, y tronos desquiciados.

La verdadera libertad consiste en hacer aquello que se quiera, puesto que lo que se quiere sea justo y honesto, y no contrario á los verdaderos intereses de la religión, de nuestros semejantes, de nosotros mismos y de la sociedad. Empero no es esta la libertad racional por quien aboga la filosofía, pues ella la predica y mide por una vida licenciosa y va-

gamunda, en la que viviendo cada uno segun su libre albedrío, y sin el respeto debido á las leyes y á las autoridades divinas y humanas, halla cierta seguridad ó impunidad en los delitos. ¡Espantosa libertad! Esta es la que apetecen los foragidos y practican los apóstoles de la filosofía, despues de cargar de cadenas á los desgraciados y engañados pueblos.

Rechacemos, en fin, con horror todo principio sedicioso, cuyas consecuencias serán siempre dañosas y terribles al orden social; detestemos por lo mismo esa falsa filosofía que busca fuera de los caminos naturales el origen de la autoridad y de la sociedad, con objeto de acabar con la una y con la otra; conozcamos que el pacto social soñado por Rousseau es opuesto á la naturaleza, á nuestros deberes y á la religion, fundamento de la sociedad; siendo siempre un absurdo ridículo, una quimera risible, forjar pactos libres, de lo mismo que es un deber, una obligacion impuesta por la razon, la justicia, la necesidad y la naturaleza; y pasemos á probar en la segunda parte, cómo la religion es la base de la sociedad, siendo el fundamento de la justicia, de las virtudes, de nuestros deberes y de todas las relaciones civiles; así como tambien, que la orgullosa filosofía no puede presentar garantía algu-

na para la felicidad y conservacion de los pueblos; pues su moral, sin base, sin motivos, sin autoridad y menos sin sancion, no puede ofrecer otras, que preceptos y máximas disolventes, que necesariamente sumen á los pueblos ó en la anarquía, ó bajo el férreo yugo de feroces tiranos: sus garantías no serán jamas otras que la violencia, el capricho del mas fuerte, el temor del látigo ó del cuchillo: el hacha ensangrentada del verdugo. . . .

NOTA.

El origen de las revoluciones eran, hasta ahora, las comunes pasiones de los hombres; las casualidades y accidentes producidos por el tiempo, y el curso ordinario y variable de las cosas humanas. La revolucion presente (habla de la francesa), ó digamos democrática, es el efecto necesario de una filosofía impía, frenética, que minando de mucho tiempo á esta parte los verdaderos fundamentos de todas las sociedades humanas, respetados y reconocidos hasta ahora por todos los pueblos del mundo, debia coronar su infernal obra desnaturalizando á los hombres: atribuir á otras causas la fatal revolucion que desola tantos reinos y devasta tantas provincias, es confundir la causa con los efectos, los principios con el caso, y el curso natural de los acontecimientos con los incidentes casuales.

No es esto decir que esta filosofía subversiva y pestilencial no haya procurado alejar de sí la tacha de tantos y tan grandes horrores, de que ella sola es la causa. Muchos de los filósofos seductores se han avergonzado de la obra de sus manos; pero en vano Raynal detesta á presencia de la asamblea nacional las consecuencias de su doctrina, de que él

y otros como él eran los autores y promotores. El complot y conjuracion de los impíos filosofastros es en el dia innegable; é innegable ha de ser para todos los siglos, mientras exista lo que han escrito y publicado. Y sin embargo de hallarse ellos mismos divididos en facciones y chocando diariamente unos con otros, todos están de acuerdo en el punto de establecer la irreligion, el libertinaje, la anarquía y todos los horrores que son consiguientes á una revolucion ó complot que D'Alembert, Condorcet y Diderot miraban ó consideraban como la tumba de la religion, el sepulcro de la moral, la fosa de los tronos y el triunfo del ateismo. Puede leerse la palabra *Revolucion* del *Vocabulario filosófico democrático*.



SEGUNDA PARTE.

ARTICULO I.

La religion es la base de la sociedad.

El hombre, pues, nacido para vivir en sociedad, debe sujetarse constantemente en su conducta para ser feliz, en cuanto le sea dable, ínterin sus días sobre la tierra, á las leyes ó reglas naturales de justicia, de humanidad, de pudor y de piedad que dicta la recta razon; es decir, debe cumplir con los deberes que tiene para consigo mismo, para con los demas hombres, y sobre todo con las máximas y preceptos de la religion, puesto que ésta contiene, siendo verdadera, los que tenemos para con Dios, que son los primeros y mas sagrados, en razon de su soberanía y de nuestra dependencia¹; pues solo

¹ *Prima officia debentur diis immortalibus, secunde patriæ ter-
tia parentibus &c. Cic. De Offic.*

cumpliendo con estas obligaciones sagradas, es como podemos adquirir una felicidad sólida y permanente, como resultado necesario de la paz que debe reinar en una sociedad moral, ordenada y religiosa, para la que fuera el hombre destinado por su Autor. Cuando Montesquieu dijo que "Roma era una nave sostenida en la tempestad por dos áncoras que eran la religion y las costumbres," no hizo otra cosa que confesar y proclamar una verdad eterna; porque un pueblo que desconozca y desprecie las relaciones que le ligan y estrechan con el Criador, ó lo que Éste exige y quiere del hombre, su hechura; y que por otra parte en su modo de obrar y conducirse, no sea con arreglo á los sentimientos que la religion y la razon, ilustrada y guiada por ésta, inspiran para consigo mismo y para con sus semejantes, sino con el de sus viciosas y criminales pasiones, seria un pueblo monstruoso de costumbres depravadas y feroces que en breve desaparecería: de aquí es, que todo aquello que pueda influir directamente á que los hombres marchen por los senderos de sus deberes religiosos y civiles, tiene por lo mismo una grande influencia para que sean felices y dichosos en los diferentes estados de la vida: y como las terribles amenazas é inefables promesas de la religion son los únicos y mas pode-

rosos motivos para contenerlos dentro del círculo de sus deberes, por eso es la que mas influye en la felicidad y ventura de los pueblos; pues bajo la direccion de una religion bajada del cielo, siendo como debemos ser, si la observamos, religiosos y reconocidos á Dios, justos y fieles para con nuestros semejantes y aun para con nosotros mismos, llenaremos todo deber, toda justicia, y cumpliremos con nuestra mision sobre la tierra.

Esta es, pues, la razon por qué se miró y tuvo siempre á la religion por el alma, fundamento y vida del órden moral; pues sin ella no se conoce la razon de ningun poder, ni menos de ningun deber, siendo el único móvil de las acciones humanas: de aquí es, que la divinidad fué siempre mirada como fundamento del órden social; sentando todos los legisladores, políticos y fundadores de pueblos, que la estabilidad de todo Estado estribaba en la creencia; pues siendo ésta el fundamento de nuestros mutuos deberes, y éstos los que forman los dulces vínculos sociales, es evidente que sin aquella éstos, rotos desaparecen, y de consiguiente desaparecerá la sociedad.

La sociedad civil, dice Mr. Bonald, es compuesta de religion y de Estado, así como el hombre de que se compone, de alma y cuerpo; debe pues, por

lo mismo, constituir á el Estado; y seria contra la naturaleza de las cosas lo que intenta la filosofia, que el Estado constituyese á la religion; así como lo seria tambien, que la organizacion ó el cuerpo dirigiese á el alma: por lo que, tanto mas natural y perfecta será una sociedad, cuanto sea mas religiosa; y el hombre, tanto mas feliz y perfecto, cuanto mas libre se halle su alma de la opresion de los sentidos; y cuanto mas imperio ejerza sobre sí mismo en sus sentimientos, en sus pasiones y aun en sus pensamientos; porque, como decia el fisiologista Stahl: "Lejos de que el cuerpo tenga algun imperio sobre sí mismo, depende evidentemente todo "él de otro agente, quiero decir, del alma." Ello es, que si bien es cierto que la religion y el Estado son dos autoridades distintas, en razon de su naturaleza y fin, tambien lo es que cuanto el alma es superior á el cuerpo, otro tanto será siempre el sacerdocio al imperio.

En efecto, todo hombre medianamente instruido sabe, que así como él consta de alma y cuerpo, así de la misma manera la sociedad en que nace y vive, es un compuesto de religion y de Estado¹; es decir, que está gobernada por dos potestades prin-

¹ A la verdad, el sacerdocio y el imperio son unos especísimos dones de Dios, concedidos á los hombres por su sobera-

cipales, la de los pontífices y la de los reyes; siendo cada una de ellas principal, soberana y sin dependencia para las cosas de su jurisdicción; de manera, que el rey cuida y arregla las cosas temporales ó negocios de la tierra, y el pontífice las espirituales ó que miran al cielo; y que sin embargo que cada una de estas potestades tiene sus límites, y que ninguna manda á la otra en lo que es propio de su jurisdicción, deben ser aliadas y amigas; debe haber entre la una y la otra una mutua concordia, armonía y correspondencia; de suerte que á la potestad eclesiástica, en las cosas que son propias de su jurisdicción, están sometidos hasta los reyes y los príncipes, como miembros de la Iglesia, y que aspiran con todos los que á ella pertenecen á un mismo y comun fin; y de la misma forma todos los eclesiásticos con sus gefes, á las leyes temporales, que tienden á la paz, orden y utilidad de la República; de esta manera constituida cada potestad, la real y sacerdotal, dentro de sus propios límites pres-
tándose mutuamente, y con igual celo, el socorro de la autoridad que le es propia, resultará una felicidad religiosa y temporal; pues como dice Gregorio VII: *Status imperii gloriosus regitur et san-*

na clemencia; aquel para administrar las cosas divinas, éste para gobernar y dirigir las humanas. *Justiniano, novela sexta.*

cta Ecclesiae vigor solidatur, cum sacerdotium et imperium in unitate concordiae conjunguntur.

Esta doctrina, que lo es de vida para la sociedad, la espresa el sabio y célebre político Saavedra, en la empresa veinticuatro: "Si bien, dice, toca á los reyes el mantener en sus reinos la religion y aumentar su verdadero culto, como vicario de Dios en lo temporal, para encaminar su gobierno á la mayor gloria suya y bien de sus súbditos; deben advertir que no pueden arbitrar en el culto y accidentes de la religion, porque este cuidado pertenece directamente á la cabeza espiritual, por la potestad que á ella sola concedió Cristo; y que solamente les toca la ejecucion, custodia y defensa de lo que ordena y dispusiere. Al rey Ozías reprendieron los sacerdotes, y castigó Dios muy severamente, porque quiso incensar los altares. El ser uniforme el culto de toda la cristiandad, y una misma en todas partes la esposa, es lo que conserva su pureza. Presto se desconoceria la verdad, si cada uno de los príncipes la compusiese á su modo y segun sus fines. En las provincias y reinos donde lo han intentado, apenas queda hoy rastro de ella, confuso el pueblo sin saber cuál es la verdadera religion. Distintos son entre sí los dominios espiritual y temporal; éste se ador-

na con la autoridad de aquel, y aquel se mantiene con el poder de éste. Heroica obediencia, la que presta al vicario de quien da y quita los centros. Préciense los reyes de no estar sujetos á la fuerza de los fueros y leyes ajenas; pero no á la de los decretos apostólicos. Obligacion es suya darles fuerza y hacerlos ley inviolable en sus reinos, obligando á la observancia de ellos con graves penas; principalmente cuando no solamente para el bien espiritual, sino tambien para el temporal, conviene que se ejecute lo que ordenan los sagrados concilios, sin dar lugar á que rompan fines particulares sus decretos, y los perturben en daño y perjuicio de los vasallos y de la misma religion."

Tenemos, pues, ó repetimos, que la autoridad civil y la eclesiástica deben ser una, por la armonía y union estrecha que debe reinar entre ellas, auxiliándose mutuamente sin mezclarse ninguna de ellas en las funciones de la otra; y que esta union recíproca que hay entre ellas, no debe ser causa para sujetar la una á la otra; pues cada una de ellas es soberana, absoluta é independiente en lo que le pertenece, encontrándose, por lo mismo en sí mismas, el poder que les conviene á su institucion, para poder llenar los designios de Dios sobre los hombres.

Por lo tanto, las demasías de la autoridad temporal, cuando se entromete por sí á arreglar y decidir en las materias que son propias de la potestad religiosa, deben condenarse y reprobarse; así como tambien se reprobarian las que cometiese la autoridad eclesiástica, si se entrometiese en los asuntos que son propios de la autoridad temporal: y así que, en todos tiempos en que la autoridad temporal ha querido, valida de la fuerza, atropellar y usurpar los derechos del santuario, se han tocado males sin término, cuyo resultado final ha sido el suicidarse á sí misma la autoridad usurpadora, por haber trastornado el orden que Dios habia establecido; porque escrito está: *Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.*

En los pueblos católicos, sus príncipes y gobiernos jamas se arrogaron la autoridad eclesiástica, ni se consideraron mas que como sus protectores, amigos y defensores; convencidos que su incumbencia en lo religioso solo estaba en celar y procurar entre sus súbditos el temor de Dios, y que se conservase y floreciese la religion y su culto. "No es permitido, decia el emperador Basilio, á los legos y á los que están encargados de los negocios civiles, desplegar sus labios sobre materias eclesiásticas. "Este es el oficio de los obispos y de los sacerdo-

"tes.... En cualquiera estado en que os halleis, "ó bien distinguidos por los empleos, ó reducidos "al comun de los ciudadanos, nada tengo que decir, "sino que siendo legos no os es permitido en "manera alguna, tratar los negocios eclesiásticos, "ni oponeros á las decisiones de la Iglesia universal y del concilio general.... Porque por religioso que sea, por prudente que sea un lego, de "cualquiera virtud que esté dotado, mientras permanece lego, queda siempre en la clase de las "ovejas. Al contrario, por indigno de su carácter "que pueda ser un obispo, mientras él defiende la "verdad, tiene siempre la autoridad de pastor. "¿Por qué, pues, siendo nosotros simples ovejas, "osamos juzgar á nuestros pastores, oponerles falsas sutilezas, y decidir de lo que está sobre nuestra esfera? Nosotros debemos no aproximarnos á ellos sino con una fe sincera y temor respetuoso, "porque ellos son los ministros y las imágenes del "Señor: nosotros no debemos elevarnos jamas sobre nuestro estado. Sin embargo, ¿qué observamos hoy? Un gran número de seculares que, olvidándose de su estado y de que no son sino los "piés del cuerpo místico de la Iglesia, pretenden "dar la ley á los que son los ojos de este cuerpo. "Ellos son siempre los primeros en acusar á sus

“maestros en la fe, y los últimos en corregir sus
 “propios defectos. Advierto, pues, á todos aque-
 “llos que merecen esta reprension, que procuren
 “velar sobre sí mismos y no juzgar mas á sus pro-
 “pios jueces; portarse de aquí adelante de una
 “manera conforme á la voluntad de Dios, repri-
 “miendo su odio y renunciando sus calumnias;
 “porque el Juez supremo tiene sus ojos abiertos
 “sobre su conducta; su cólera descargará sobre
 “ellos, y sentirán en sus terribles efectos todo el
 “peso de su venganza.” El emperador Mariano,
 cuando asistió al concilio calcedonense, confesó que
 solo asistia á él, no como sacerdote, sino mas bien
 como defensor de la Iglesia y de la fe; pues por la
 potestad real de que se hallaba revestido se veia
 en la obligacion de dar cuenta á Dios: y el católico
 rey Recaredo hablando con los obispos de Espa-
 ña y Francia, decia: “Debe estenderse el cuida-
 “do real hasta tener razon y cuenta con la ver-
 “dad; porque así como en las cosas humanas se
 “aventaja gloriosamente la potestad real; así tam-
 “bien debe ser mayor su prudencia y cuidado en
 “las cosas celestiales, y que no se ignore aquello
 “que hace felices á los pueblos.” Y Alfredo, rey

1 Así se espresó en el discurso que hizo en el concilio ge-
 neral VIII.

de Inglaterra, decia: “Entonces llega á su colmo
 “la dignidad del que reina, cuando se reconozca á
 “sí mismo no ya rey, sino ciudadano en el reino
 “de Jesucristo, que es la Iglesia; cuando muy le-
 “jos de dominar al sacerdocio por sus leyes, se su-
 “jete él mismo humildemente á las leyes de Jesu-
 “cristo que han promulgado los sacerdotes.” Así
 han pensado estos piadosos emperadores y reyes; y
 todos los príncipes y gobiernos católicos, penetra-
 dos de la misma manera de las máximas del Evan-
 gelio, de la justicia, de la razon, y de sus verdade-
 ros deberes é intereses temporales y eternos, de sus
 pueblos, han velado siempre por la seguridad, in-
 dependencia y esplendor de la religion; conociendo
 por una parte que jamas podria haber sociedad en-
 tre los hombres, si éstos no la tienen con Dios cual
 corresponde; y que el sujetar ó subordinar la po-
 testad eclesiástica á la civil, es lo mismo que des-
 truir la, como decia el gran Bossuet; y por otra, que
 el proteger los príncipes á la Iglesia, no es tanto
 un derecho, sino mas bien un deber imperioso y
 sagrado, que su propio interes así lo exige; es un
 deber, porque la primera obligacion que le impone
 el alto puesto que ocupan, es conservar los princi-
 pios que sostienen la sociedad; y es tambien por su
 propio interes, porque saben, que si la fuerza y el

temor pueden hacer esclavos, solo la religion forma y puede ofrecer verdaderos y leales súbditos.

Sin embargo que no era mi ánimo nombrar las dos potestades ó poderes que dirigen y mantienen el órden social sobre la tierra, y sí solo el de hablar en general de la religion, y hacer ver que sola ella es la base de la sociedad, de todo deber, de toda justicia, de toda obediencia y de toda virtud; he creído oportuno hacer de ellos esta ligera mencion, para que se entienda y tenga presente, que cuando se nombra y dice: que la religion es el áncora de los Estados, y la única que les da la vida, su paz, su dicha y su prosperidad; debe entenderse de una religion independiente, soberana é ilesa en sus atribuciones, amiga y aliada de la potestad ó poder temporal; y no una religion degradada, pobre, esclava y dependiente en todo de éste; pues en este caso ya no será una religion ó una ley divina que enseña y prescribe de parte del Criador, lo que se debe creer y practicar para dicha del hombre y conservacion de la sociedad; sino una institucion humana, ó la voluntad variable é inconstante del hombre en lugar de la santa é inmutable de Dios. Téngase tambien presente, que la impía filosofia declarada enemiga del hombre, de Dios y de la sociedad, se cubre á veces con las vestiduras del

santuario, y apareciendo y presentándose con este traje como su amigo y defensor, le hace la guerra mas encarnizada; unas veces le usurpa y desconoce su divina jurisdiccion y derechos, tras-pasándolos á manos profanas, bajo el hipócrita pretesto de defender las libertades de la Iglesia, ó bien las llamadas regalías de la potestad real; otras, trastorna la disciplina y esclaviza el culto; cuándo ridiculiza y empobrece á sus ministros, y cuándo, en fin, por todos medios ataca los fundamentos de la fe aparentando siempre la mayor sinceridad, franqueza, religiosidad y celo.

Esta conducta execrable é hipócrita, que toca su desempeño á los impíos jansenistas, secta en sentir de D'Alembert, la mas peligrosa que ha podido urdir el diablo, la vimos practicada por la famosa asamblea de Paris, por el no menos famoso Enrique VIII, y por Tamburini, gefe de los jansenistas de la Italia. Cuando la asamblea trastornaba la disciplina y doctrina de la Iglesia de la cristianísima Francia, por su constitucion civil del clero, constitucion que fué declarada por el oráculo de la Iglesia, como la quinta esencia de todas las herejías; protestaba: "Esta constitucion es puramente civil; " el dogma no está en peligro; ningun artículo de " fe católica ha sido atacado; nosotros los respec-

"mos todos." Enrique tambien protestaba: "que lejos de atacar los dogmas fundamentales de la religion, queria conservar en su reino todos los artículos de la fe á costa de su vida y corona." Y Tamburini escribia de sí: "Yo soy un autor catolicísimo, y á monseñor Rici, obispo de Pisto-ya, le llamaba obispo esquisitamente católico, y sus amados jansenistas los mayores defensores de la religion y del trono." Todo el mundo sabe qué católicos eran la asamblea de Paris y Enrique VIII, cuando hacian estas solemnes protestas; y quién el presuntuoso Tamburini. Ello es, que los jansenistas son los hombres mas fatales é impíos, por sus principios, y por lo vasto y artificioso de sus infernales proyectos: son aquellos hombres de quienes decia David: *Ore suo benedicebant, et corde suo maledicebant*. Dejemos á estos bichos asquerosos y farisaicos, dignos nietos de Epicuro, y volvamos á nuestro propósito.

Deciamos, que la religion es la base de la sociedad, ó repitiendo las palabras de Aristóteles: *El alma que vivifica y da ser al cuerpo civil; pues sin ella el imperio seria un cuerpo sin mente, la república una mole pesada, y una presa de las pasiones, y especialmente de la tiranía de innumerables*. Y en efecto, solo la religion, como ha dicho el profundo

Bonald, constituye y pone en orden á la sociedad, porque ella sola da la razon del poder ó autoridad y de las obligaciones; de aquí es, que ningun Estado se fundó, dice Rousseau, sin que la religion le sirviese de fundamento; y por lo mismo los antiguos poetas, legisladores y filósofos, la consideraron siempre como la base inmutable de sus leyes, y el origen puro de toda verdad, de toda justicia, de todo orden y de toda obligacion.

En toda república bien constituida, decia Platon, debe tenerse gran cuidado del establecimiento de la verdadera religion, procurando que su soberano se eduque en ella desde la infancia, puesto que la religion verdadera es el fundamento de toda sociedad. Por esto Zaleuco, que estableció sus leyes 660 años antes de Jesucristo, y antes que Pitágoras y Carondas, las da principio por hacer entender á los locrienses, que todo es gobernado y dirigido en el mundo por la providencia de los dioses, que éstos para tenerlos favorables habia necesidad de tener buenas costumbres, practicar acciones justas y tener una sólida piedad: y aun es mas, que estas virtudes que Zaleuco exigia del pueblo para tener á los dioses por amigos y favorecedores, conocieron y confesaron los gentiles, que para adquirir las y poseerlas era necesario el auxilio de los

mismos dioses: *Bonus vir sine Deo nemo est: an potest aliquis supra fortunam, nisi ab illo adjutus exurgere*, decia Séneca: y Ciceron *Multos civitas nostra, multos Gracia tulit singulares viros, quorum neminem nisi jubante Deo talem fuisse*. La misma verdad confesaron tambien, Platon enseñando, que en los combates que el hombre debe sostener, no podria salir vencedor, si no es ayudado de Dios ó de sus ángeles; porque los hombres en todos sus trabajos no pueden adquirir la virtud que no venga de Dios: Homero diciendo, que Júpiter aumenta y disminuye las virtudes de los hombres, segun su divina voluntad: Bias, reconociendo, segun dice Diógenes Laercio, á los dioses por autores de todos los bienes, y remuneradores de todas las acciones buenas: y Timoleon, respondiendo á cualquiera que lo aplaudia: "Solo á los dioses se deben alabar y aplaudir, y no á los hombres, que todos son sus instrumentos; todos los bienes son dones suyos."

Ello es cierto que sin la creencia y temor de los dioses, no habria entre los hombres, en sentir de Ciceron, sino dolos, violencias, crímenes; y así como las demas virtudes, no podria subsistir la piedad, y con ella seria destruida la santidad de la religion: quitadas estas fianzas, resultaria sin duda la perturbacion de la vida civil, y una profunda con-

fusion en la ciudad. Por lo tanto, decia Puffendorf, que era de suma importancia esplicar distintamente el uso que la religion tiene en la vida humana para hacer constar, que en realidad era el último y firmísimo fundamento de los Estados.... Quitada la religion, fluctuaria en un piélago de incertidumbres la base fundamental de la sociedad: lo mismo ha dicho Maquiavelo; y el ateo Diderot, tambien decia: que sin las creencias no habria resorte ni accion en la sociedad; sin ellas todo se entorpece y muere.

De aquí ha nacido, ó es la razon por qué en todas partes fué la religion el fundamento de la organizacion social; y el que todos los monumentos y anales de los pueblos los presenten con su fe, su culto y su creencia: los mas antiguos, como los caldeos, los griegos, los egipcios, los celtas, los germanos y los galos, aun eran bárbaros, y cada uno tenia su religion particular: que ésta haya sido verdadera ó falsa, que las naciones hayan tenido estos nombres de dioses ó los otros, y que sus creencias hayan estado envueltas y mezcladas con absurdos y crímenes, la máxima de política ha sido una misma para todas; ninguna ha disentido y dejado de conocer, que sin religion no puede existir sociedad. Por esto decia Voltaire: "Tal es la flaqueza del género

"humano, y tal su perversidad, que sin duda le es
 "mejor estar subyugado por todas las supersticio-
 "nes posibles, que vivir sin religion. El hombre
 "siempre ha necesitado de freno; y aunque fuese
 "cosa ridícula sacrificar á los faunos, á los silvanos
 "y á las náyades, era mas razonable y mas útil
 "adorar á estas imágenes fantásticas de la Divini-
 "dad, que entregarse al ateismo.... Cuando los
 "hombres no tienen nociones sanas de la Divini-
 "dad, la suplen con ideas falsas, al modo que en
 "tiempos calamitosos se trafica con mala moneda
 "por carecer de la buena. El pagano temia come-
 "ter un crimen por miedo de ser castigado por sus
 "falsos dioses. El malabar teme que su pagode le cas-
 "tigue. Donde quiera que se establece una sociedad,
 "es necesaria una religion; las leyes celan sobre las
 "acciones públicas, y la religion sobre las secretas."
 De aquí es tambien, que la primera ley de todos
 los Estados políticos, ha sido la observancia de una
 religion: los griegos, los romanos y todas las otras
 naciones, aunque hayan variado las demas leyes y
 la constitucion de su gobierno, jamas mudaron la
 ley que les ordenababa adorar al númen soberano.
 Esta fué la ley de los atenienses, por la que se obli-
 gaba á todos sus jóvenes á hacer el juramento si-
 guiente: *Yo juro pelear hasta el último suspiro, por*

los intereses de la religion y de la patria, y yo viviré
constantemente firme en la fe de mis padres. Y por la
 que bien ó mal entendida, fué juzgado Sócrates; y
 por miedo de incurrir en ella se moderó Epicuro.
 Y la primera ley régia de los romanos, mandaba
 espresamente el ejercicio de la religion patria, pro-
 hibiendo al mismo tiempo las doctrinas peregrinas.
 Esta ley no fué mudada, ni porque espelidos los re-
 yes comenzó el gobierno de los decenviros, ni por-
 que mudada la forma de República, volviese otra
 vez el imperio de uno solo. Esta uniformidad cons-
 tante, ó mas bien este instinto religioso universal,
 que se encuentra en todos los pueblos y naciones,
 es tan natural, que acaso no haya en el hombre una
 idea mas viva é indestructible, pues nace del senti-
 miento que tiene de la Divinidad.

La existencia de un Sér Supremo, árbitro de to-
 das las cosas, y Señor absoluto de todos los sucesos,
 es una de las primeras verdades de que se siente
 penetrada toda persona inteligente que quiera ha-
 cer buen uso de su razon. Para creer un Dios, no
 tiene necesidad el hombre de entregarse á profun-
 das meditaciones, no; es lo muy bastante que son-
 dee su corazon y se pregunte así mismo: *qué es, y*
qué era antes; y su razon le dirá: que si bien ahora
 es, antes no era; y así que, pudo no haber sido:

que su existencia, así como su conservacion, no dependen de él mismo, puesto que contra su voluntad deja de ser: que él no es otra cosa, que una hechura de un Sér invisible y todo poderoso; efecto de una causa primitiva, increada y eterna; de una causa infinitamente sabia, inteligente, justa y felicísima; de una causa que lo ha criado con su poder, lo conserva por su bondad, y lo dirige con su sabia providencia; y por último, concluirá la razon, que de esta causa ó de este grande y perfectísimo Sér, que es lo que se llama Dios, no se debe ni pensar ni hablar sino con un santo temor.

De esta sencilla reflexion, de este sentimiento íntimo y profundo, que es el natural y necesario origen de todas las religiones, de todos los cultos establecidos y de todos los altares levantados; ha venido la idea natural de recurrir en todas las calamidades, á este Sér todo poderoso y bueno; de invocarlo en los peligros que nos amenazan, y procurarse su benevolencia y proteccion, tributándole los homenajes de adoracion, de reconocimiento y amor que le son debidos. Pregúntese á todos los pueblos, consúltense sus tradiciones, obsérvense sus ritos, sus usos y costumbres; examínense sus historiadores, hasta los himnos de sus poetas, y se encontrará que en todos tiempos, que en todas partes

y por todas las naciones se ha creído siempre un Dios criador del cielo y de la tierra; otra vida, premios y penas futuras, y una religion con estos ú estotros dogmas.

El grito y el impulso de la naturaleza, es el móvil que inclina á todos los pueblos á reconocer y confesar algun Sér supremo, de quien dependen y á quien deben muestras esternas y de sumision y de respeto; cuyo ojo penetrante los mira, y cuyo brazo justiciero los amenaza. “¿En dónde, me preguntais, dice Rousseau, veo existir ese Sér tan poderoso, este Dios? ¿En dónde lo veo? No solo en los cielos que giran sobre nuestras cabezas, y en el astro que nos ilumina; no solamente en mí mismo, sino tambien en el ganado que padece, en el pajarillo que vuela, en la piedra que cae, en las hojas que arrebatada el viento: no tengo necesidad de que se me enseñe su culto, la misma naturaleza me lo dicta. . . .” “Mirad, dice en otro lugar, el espectáculo de la naturaleza, en este grande y sublime libro, es donde yo aprendo á servir y á adorar á su divino Autor: nadie puede alegar excusa para no leer en él, porque habla á todos los hombres una lengua inteligible á todos los talentos: Dios lo ha dicho todo á nuestros ojos, á nuestra conciencia, á nuestro entendimien-

to. ¡Ay! yo me ejercito en contemplaciones sublimes; medito en el orden del universo, no para explicarle con vanos sistemas, sino para admirarle sin cesar; para adorar al sabio Autor que en él se hace sentir; hablo con el Autor del universo, penetro todas mis facultades de su divina esencia; me enternezco con sus beneficios y le bendigo por sus dones."

Los altos cielos á la tierra enseñan
A respetar á su Hacedor supremo;
Y todo cuanto en su recinto abraza,
Un Dios potente y creador celebra.
Todo nos habla, todo nos instruye
De su inmortal poder; el día, al día,
Y la noche, á la noche se lo anuncia.
Este grande y magnífico edificio
No habla al hombre un lenguaje misterioso:
Su admirable estructura,
Voz es de la natura,
Que los ojos perciben claramente ¹.

En efecto, la naturaleza, todo lo criado, nos lleva á reconocer y adorar á su Criador: *Totius mundi una vox; Deus est*. "Por todas partes, dice Ceva-

¹ El poeta J. Bautista Rousseau: oda 2.^a

llos, nos da voces; desde lo alto del cielo, en cada una de las estrellas nos predica con una lengua de luz, la gloria de aquel que las hizo; desde las nubes, nos truena; desde los montes y de entre las piedras, nos habla ó nos inclina á contemplarle en silencio. También las aguas dieron su voz; por fin, en las plazas, en los campos, en la ciudad y en la soledad; en el mar y en la tierra; en el orbe universo, vemos abierto un libro que por todas sus hojas nos da á leer y conocer la existencia de su Creador y conservador, á quien la criatura su hechura debe toda adoración, toda esperanza, toda sumisión, todo reconocimiento, todo honor: *Cæli enarrant gloriam Dei, et opera manum ejus annuntiat firmamentum*."

Los filósofos menos crédulos y los geómetras mas célebres vivieron persuadidos de la existencia de Dios, y lo estaban principalmente por las pruebas que les suministraban el conocimiento de la naturaleza. "En todos tiempos, dice Maupertis, los que se han aplicado á la contemplación del universo, han hallado señales del poder del que le gobierna: cuantos mas progresos ha hecho el estudio de la física, mas se han multiplicado sus pruebas. Se pueden ver las que pone Ciceron, y las que cita despues de Aristóteles. Yo me adhiero á un fi-

“lósofo mejor dispuesto que ellos, para juzgar de
 “las maravillas de la naturaleza, y cuyos razona-
 “mientos son tambien de mayor nervio que todos
 “los suyos. Newton muestra que le hacian mas
 “fuerza las pruebas halladas en la contemplacion
 “del universo, que cuanto podia sacar de la pro-
 “fundidad de su entendimiento.” Platon usaba es-
 “te mismo argumento, para probar la existencia de
 “la Divinidad; él hacia decir á uno de sus interlocu-
 “tores: “Tú juzgas que yo tengo un alma intelligen-
 “te, porque percibes orden en mis palabras y en
 “mis acciones; juzga, pues, viendo el orden de es-
 “te mundo que hay un alma soberanamente inteli-
 “gente.”

¡Ateos! borrad si podeis de este libro de la natu-
 “raleza las páginas que demuestran la existencia, sa-
 “biduría, poder, bondad y providencia de su divino
 “Autor. Haced aun mas; privad de la vista á los
 “mortales para que no puedan leer en él, ni consi-
 “derar las admirables obras de sus manos, en las que
 “está grabada tan visiblemente la magnificencia de
 “su nombre; con todo, nada conseguiréis, pues todos
 “os dirán: ¿No veis, necios, que *signatum est super*
 “*nos lumen vultus Dei omnipotentis*? ¿No veis ademas,
 “ó desconoceis, insensatos, que mamamos con la le-
 “che de nuestras nodrizas, como decia Platon, el co-

“nocimiento de los dioses, tanto por los discursos y
 “conversaciones que nos tenian, como por los cánti-
 “cos é himnos que les oiamos cantar en su alabanza?
 “Y todos, en fin, os dirán con Ciceron: “Creemos
 “con firmísimo fundamento, que hay Dios, porque
 “no hubo gente tan fiera y tan inhumana cuyo en-
 “tendimiento no estuviese imbuido de esta creen-
 “cia. Muchos creen de los dioses cosas indignas;
 “pero esto lo causa una viciosa costumbre. En me-
 “dio de eso, permanece en todos la idea de una
 “fuerza y naturaleza divina; ni ha introducido es-
 “ta doctrina algun concierto habido entre los hom-
 “bres. Esta credulidad no depende de la institu-
 “cion humana, ni se estableció por las leyes, sino
 “por el consentimiento de todas las gentes, que
 “debe reputarse en todas cosas por decreto de la
 “misma naturaleza.”

Aquellos, pues, que niegan ó desconocen la exis-
 “tencia de Dios, son condenados por la razon uni-
 “versal y por la naturaleza. La divinidad se presen-
 “ta por todas partes á nuestros ojos, y nada podrá
 “destruir ni oscurecer este sentimiento natural, hu-
 “mano é innato que todos los hombres tienen del
 “Supremo Hacedor; y por lo mismo es tan natural
 “á el hombre la religion, que acaso no haya en él
 “un sentimiento mas profundo, comun é indestruc-

tible; y si bien es verdad que el pobre salvaje que adora al grande Espíritu en los desiertos del nuevo mundo, no tiene, como ha dicho un célebre filósofo, una noción tan clara y estensa de la divinidad como Bossuet, tiene por lo menos el mismo sentimiento.

Y así que, recórrase, si se quiere, toda la tierra en todo sentido; de las naciones civilizadas y sábias, córrase al fondo de los bosques entre las hordas salvajes; no escape á nuestra pesquisa pueblo alguno; entremos en la tienda del árabe, en la cabaña del negro y en la choza del cafre, y en todas partes encontraremos la creencia del primer Sér, padre de todos los seres; en todas partes oiremos nombrarle con temor y con respeto, y veremos que se le tributa un homenaje, un culto público; y hallaremos sacerdotes, altares, ofrendas, sacrificios, fiestas, ceremonias y ritos religiosos: "Podremos encontrar, dice Plutarco, ciudades sin murallas, sin casas, sin gimnasios, sin leyes, sin el uso de la moneda, sin el conocimiento de las letras; pero nadie vió un pueblo sin Dios, sin oraciones y juramentos, sin religion, base de su union civil y política, y de su moral privada y pública."

Tal ha sido en todos tiempos el dogma ó creencia de las naciones todas, tanto de las llamadas ci-

vilizadas como de las salvajes, y en donde la idolatría era la mas degradante y execrable; y véase aquí la razon por qué tuvieron los antiguos por de tanta importancia el tener á Dios en sus casas; y así es, que no contentos con instituir tanta diversidad de fiestas y sacrificios; con levantar tantas aras y edificar suntuosos templos, como refiere Pomponio Leto, hubo naciones que con cadenas ataban los simulacros¹. Los tirios tenian preso al simulacro de Hércules con cadenas de oro, así como al de Apolo: los lacedemonios, segun Pausanias, tenian tambien con cadenas asegurada la imagen de Marte; y Calimades hizo para los martinienses una efigie de la Victoria sin alas: deseando todos con estas pinturas significar que tenian á Dios en sus repúblicas; porque si los ciudadanos entendiesen, decia un antiguo, que Dios faltaba de ellas, fueran á buscarle á las extrañas: de aquí es, que habiéndole hurtado á Micas sus ídolos, iba dando voces y llorando tras quien se los llevaba; y preguntándole la causa de sus llantos, dijo: "*Os llevais mis dioses, y me preguntais qué tengo? ¿Deos mihi tullistis, et dicitis, quid est tibi?*" Y Laban, suegro de Jacob, cuando echó menos los

¹ Los antiguos para espresar que un pueblo estaba perdido sin remedio, por estar entregado á sí mismo, sin protector, sin leyes, &c., decian: *Sus dioses han huido*....

ídolos que Raquel le hurtara, gime, y siguiendo á los que de él huían, alcanzádoslos que hubo, solo cuida de registrar los tabernáculos en busca de sus dioses¹.

Por esto decia el sabio Plutarco, que era mas fácil fundar una ciudad en el aire, que formar un Estado que no creyese á los dioses. Y por lo mismo todos los políticos, legisladores y fundadores de pueblos y reinos, conociendo que la única barrera para conservar la sociedad, fué, es y será siempre el respeto y temor de la divinidad, han fundado su legislación sobre esta sola base; y advirtiéndolo por otra parte cuánto podia en el pueblo cualquiera sombra de piedad, han procurado imprimir y dar á sus leyes un carácter sagrado, persuadiendo á los pueblos que ellas eran un presente del cielo; la expresion de la misma voluntad de Dios. Y así que Minos, para hacer creer que sus leyes son emanadas de la divinidad, no siendo él mas que el órgano por donde eran dictadas, se retiraba á una alta

1 "Dios, ha dicho Bonald, es la grande idea de la sociedad; las imágenes bajo las que se representa, son el grande espectáculo de la sociedad: el culto que se le tributa, es la grande accion de la sociedad. ¡Desgraciados los gobiernos que distraen en demasía la atencion de los pueblos hácia otras ideas, otras acciones y otros espectáculos!"

roca donde fingia tener coloquios con Júpiter, acordando con él las leyes que daba á los cretenses: los primeros reyes de Egipto se preciaban de haberlas recibido de Mercurio: Licurgo remitia primero sus libros á Delfos para ganar la aprobacion de Apolo, para que tuviesen aceptacion entre los lacedemonios: Publio Romano empleaba la misma política, y obraba de inteligencia con la Pythia: Zaleuco y Zamolxis tomaron el nombre de Minerva para dar sus ordenanzas; el primero á los locrienses y el segundo á los getas; Numa hizo creer á los romanos que las leyes que dictaba eran inspiradas por la ninfa Egeria: así como Sertorio, que lo eran de Diana por medio de una cierva: el mismo Mahoma no dejó de conocer y de practicar esta importante política, persuadiendo á los pueblos ser sus leyes bajadas del cielo siendo inspiradas por el ángel Gabriel.

"Ello es indudable, como decia Maquiavelo, que nadie ha dado nunca leyes extraordinarias á un pueblo, sin que haya recurrido á Dios, porque de otra manera no hubieran sido admitidas¹." Por lo mismo, los llamados legisladores que compusieron la

1 "Solo la verdad suprema tiene derecho de prescribir ó dictar con autoridad lo que hemos de creer; y la soberana justicia el de imponer leyes que obliguen sin exámen," decia un filósofo antiguo.

constitucion política de la monarquía española, teniendo presente el influjo de la religion, y su íntima conexion con la moral, costumbres y ventura de los pueblos, en el preámbulo con que dieron principio á la esposicion de sus artículos, dicen: *En el nombre de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espiritu Santo, Autor y Supremo Legislador de la sociedad.* Y el sabio y respetable código de las Siete Partidas, principió sus leyes con admirable piedad, sabiduría y prudencia por estas palabras: *Dios es comienzo, é miedo, é acabamiento de todas las cosas, é sin él ninguna cosa puede ser; ca por él su poder, son fechas é por su saber son gobernadas; onde todo home que algun buen fecho quisiera comenzar, primero debe poner é adelantar á Dios en él, rogándole é pidiéndole merced, que le dé saber é voluntad, é poder porque lo pueda bien acabar.*

¡Reyes! ¡legisladores! ¡Ved y considerad el principio de donde deben partir vuestras leyes, si de buena fe intentais y quereis la dicha, la felicidad, conservacion y verdadera libertad de los pueblos! En vano os empeñaréis en formar y publicar leyes, ordenanzas y constituciones, si no tienen su fundamento en la religion y sus consejos; ellas sin este apoyo, serán siempre espúrias, ruinosas, inconstantes, desorganizadoras; como lo son los pensamien-

tos, las pasiones y los intereses del hombre, serán como las obras que se levantan sobre el polvo que el mas leve viento da con ellas en tierra. Sí, legisladores, sin la religion por base, la sociedad caerá con estrépito, así como se desploma un suntuoso edificio que se le destruyen sus cimientos: ¡ay de aquellas naciones en que una falsa política les forja, valida del poder que la fuerza fisica le diera, un código fundado en los ciegos intereses de las pasiones y de los partidos contrarios á los de la justicia y de la religion. ¡Ay! ellas serán necesariamente víctimas desgraciadas.....!!

Los romanos, por lo mismo que fueron prudentes y políticos, consideraron siempre á la religion como el punto fijo de donde el príncipe debiera partir para dar las leyes y gobernar al pueblo: "Lo primero que todo legislador debe persuadir á los ciudadanos, decia Ciceron, sea creer, honrar y temer á los dioses, y que éstos son los señores y moderadores del universo; y que cuanto sucede se gobierna por su omnipotencia, imperio y dictámen; que conocen lo que es cada hombre en particular, lo que hace, lo que piensa y la intencion que se propone en las prácticas de religion; y que disciernen equitativamente las personas piadosas de las impías: despues que los ciudada-

“nos estén imbuidos de esta persuasión, no aborrecerán las sentencias útiles y verdaderas. ¿Qué cosa mas cierta, que el que nadie debe ser tan arrogante, que viendo en sí mismo una razon y un espíritu que ordena las ideas, los discursos y los hechos, juzga que pueda faltar en el cielo y en todo el universo? Mucho mas si se advierte cuántas cosas se hacen firmes por los juramentos, cuántas alianzas se hacen sagradas por la religion, y cuántos ciudadanos se abstienen de los delitos por el miedo del divino suplicio. Finalmente, ¡cuán santa debe ser la sociedad de los hombres entre sí mismos teniendo á los dioses inmortales por jueces y por inspectores!”... ¿Qué hubiera sido de los romanos y su memoria despues de la derrota que sufrieron en Cannas, si no fuera por la religion del juramento? Todo este pueblo consternado, estaba para huir á Sicilia; Scipion le hizo jurar que no desampararia la ciudad. El límite sagrado contuvo á la nacion, próxima á disiparse, mejor que los muros y que todo otro respeto humano: véase aquí la nacion mas famosa y dominante del siglo no haber existido sino por este acto particular de religion. El juramento tuvo tanta fuerza sobre este pueblo, que ninguna cosa le unió mas á las leyes: hizo muchas por observarlo, lo que no hu-

biera hecho jamas por la gloria ni por la patria. “La conducta de Atilo Régulo, dice Valerio Máximo, la costosa observancia de su juramento y el respeto á su religion, elevó la gloria del carácter romano, y oprimió á Cartago de confusion, antes que la oprimieran sus ruinas, y las venganzas que Asdrubal provocó delante del senado de parte de aquel Dios que castiga los perjuros.”

Rómulo, fundador de este célebre pueblo, y de aquella inmortal ciudad Roma, que fué la señora del mundo, se hallaba bien penetrado, no tanto del valor, cuanto de la necesidad de la religion para la formacion, conservacion y estabilidad de las naciones; pues cuando lo fundó, segun Dionisio Halicarnaseo, dispuso primeramente las cosas religiosas y culto divino, dejando á su cuidado su puntual observancia como sumo sacerdote: *Hec regi elegit officia: primum quidem templorum eum sacrificiorumque obtinere principatum, agique per eum omnia in honorem cultumque Deorum.* “Quiso Rómulo, añade Plutarco, que puesto que del culto de los dioses se habia de derivar el buen orden de la ciudad, y la felicidad de los ciudadanos, que el supremo cuidado de las cosas religiosas estuviese tambien en la suprema cabeza del pueblo, para que éste fuese movido al cumplimiento de los deberes, para con

los dioses, que son los primeros y mas sagrados, con el ejemplo y temor de la primera autoridad." Este mismo cargo daba Platon en su república al rey, costumbre que halló entre los egipcios: *Apud quos non licet regem absque sacerdotio imperare; quinimo si ex alio genere quispiam regnum usurpet, cogitur statim sacris iniciari, ut rex sit et sacerdos*: y costumbre que se halla confirmada en las divinas Escrituras; pues el gran Melchisedec tenia ambos oficios: *Melchisedec rex salem erat sacerdos Dei Altissimi*. Herodoto dice, que el rey de Esparta se dió especialmente el sacerdocio de Júpiter Lacedemonio y Celeste; y Diodoro, que el primer rey que cuentan los egipcios despues de los fabulosos llamados dioses, fué Menetes, el cual, como sumo sacerdote, enseñó al pueblo la religion y el culto. Ello es cierto, que los primeros reyes de todos los reinos é imperios estaban revestidos del carácter sagrado del sacerdocio.

Por esto Aristóteles en una carta á Antipatro le manifiesta que el primer deber del príncipe es el de aventajarse á todos en religion y piedad, para que teniendo propicios á los dioses, vea en sus Estados la prosperidad, la paz y la abundancia; á el rey Ciro dió su padre Cambises el mismo consejo, cuando se despedia de él y le enviaba á casa de su

abuelo Astiages, segun Xenofonte: y Ateneo refiere, que el rey Oco, sucesor de Artaxerxes, reinó feliz muchos años, y que siendo preguntado por su hijo mayor cómo habia conservado tanto tiempo el reino feliz y tranquilo, le respondió. . . . *Pietate in Deos, justitia in homines regnum se tutatum esse*. El santo y celoso Matatías, padre de los valerosos macabeos, cercano á la muerte, animó á sus hijos á defender la religion y la justicia, proponiéndoles los ejemplos de Abraham, Josef, Finees, Josué, Caleb, David, Ananías, Azarías, Misael y Daniel; y les añadió al fin: "Y así id recorriendo de generacion en generacion, y hallaréis que de ninguno de los que esperaron en Dios se frustró la esperanza."

De la religion se valió Midas, rey de Persia, para conservar su reino, juzgándole mas seguro y defendido con ella que con la fuerza de las armas: con la religion levantó y restituyó el rey Josías la república caída de los hebreos: por ella reinaron felices los Constantinos, Teodosios, Marcianos, Justinos, Justinianos y otros muchos. "La verdadera piedad para con Dios, decia el gran Constantino, es la fuente que hace florecer la gran dignidad del imperio romano, y la raiz vigorosa que da aliento para que se dilate y estienda triunfante y victorio-

so por el mundo:" y así que, no es de extrañar que el senado romano, llevado del celo por la religion, despues de la muerte de Vitelio y reconocimiento de Vespasiano por emperador, espidiese un decreto para el restablecimiento del capitolio, destruido por el fuego de Vitelio; y que Helvidio Prisco, pretor entonces, pusiera la primera piedra en aquella obra sagrada, en la que Vespasiano mostró el mayor interes: este príncipe dió el ejemplo de llevar sobre sus espaldas los escombros, é hizo ejecutar lo mismo á los principales del senado, á fin de que ningun ciudadano se creyese dispensado de prestar su ministerio en una obra que tenia por objeto la religion y el culto del mas grande de todos los dioses: ni tampoco lo que dice Plinio, que se castigaba con gran rigor, sin respeto alguno, á los que hablaban en los templos mientras los sacrificios; y así es, que el senado romano privó de oficio á dos cónsules porque hablaron en el templo; en los que se ponian guardias, segun Ciceron, para que no hiciesen ruido, ni menos hablasen los que en ellos entraban; así como el que el gran Constantino, ya hecho cristiano, donase á la Iglesia la corte imperial, Roma; y que sus manos abriesen las zanjias para los templos dedicados al Dios verdadero; enriqueciendo despues sus altares con los despojos de sus victorias.

Esta piedad y reverencia que los romanos tuvieron en todos tiempos hácia la religion y lugares sagrados, lo confirma aquella admirable respuesta que dió Cineas á su príncipe Pirro, cuando comisionado á Roma á fin de entablar paces con los romanos, y preguntándole á su regreso qué juicio se habia formado de Roma y su senado, le respondió: "Que la ciudad le habia parecido un templo, y el senado un congreso de reyes." ¡Noble y justa idea de la una y del otro! Tanto era el respeto que generalmente se tenia en Roma á los dioses, y tanta la majestad y grandeza que tenian las deliberaciones de aquel augusto cuerpo. ¿Hubiera formado el prudente ministro Cineas la misma idea ó juicio de los pueblos llamados libres ó soberanos? No ciertamente; por lo que en ellos viese juzgaria, eran pueblos sin Dios, sin fe, sin religion; y á sus senados los tendria por lo que se deja inferir; y de consiguiente indignos de poder tratar con ellos, no teniendo las garantías divinas, únicas que pueden obligar á ofrecer y cumplir tratados; bien sean á los pueblos con los pueblos, ó á los particulares con los particulares; y así es que cuantos hechos se hallaren de hombres impíos ó de ciudades, serán otros tantos retratos de la mas horrible perturbacion y desconcierto; y probarán experimentalmente que no

hay alguna ciudad ó gente que pueda vivir tranquilamente sobre la tierra, sin noticia y algun culto de Dios; sin religion.

Oigamos en comprobacion de esta verdad eterna, las palabras de los impíos mas famosos: Voltaire, despues de haber confesado que donde quiera que se establece una sociedad es necesaria la religion, se espresa en estos términos: "Es absolutamente necesaria á los pueblos la religion, y que la idea de un Dios supremo, criador, gobernador, remunerador y justiciero, esté profundamente grabada en los espíritus, pues de lo contrario no pueden establecerse ni existir sociedades. Y así que, yo me guardaria de tener pleitos ó de ser ministro de un príncipe irreligioso; pues estoy bien seguro de que me mandaria machacar en un mortero el día que le pareciese sin el menor escrupulo; así como tampoco, siendo príncipe, tener pleitos con cortesanos impíos, ó tener ministros que lo fuesen, á quienes interesase emponzoñarme, pues todos los días tendria que tomar un contraveneno por si acaso; pues en la hora que quisieran dar conmigo en tierra, lo harian con frescura, dándome un veneno: vale, pues, mucho á los gobernantes y gobernados, creer el dogma de un Dios que premiará ó castigará eternamente á

"los buenos y malos; sin esta creencia, ni habrá buenos súbditos, ni menos buenos príncipes. . . . Por lo tanto, si el mundo estuviese gobernado por hombres sin religion, seria mejor estar bajo el imperio inmediato de aquellos seres infernales que nos pintan encarnizados siempre sobre las víctimas." El impío Bayle se espresa de la misma manera: y Nicolás Freret, en la carta de Trasíbulo á Leucipo, dice: "El comun de los hombres es muy insensato y está muy pervertido para no tener necesidad de quien le conduzca á la práctica de las acciones virtuosas, ó lo que es lo mismo, útiles á la sociedad por la esperanza del premio, y que los aparte de las acciones criminales por el miedo de los castigos: las leyes criminales jamas bastaron, y son débiles barreras para contener á la multitud en la raya de sus deberes: hubo necesidad de un tribunal mas respetable que el del magistrado; y se hizo indispensable imbuir á los pueblos en la creencia, que por la muerte entramos en una nueva vida, cuya felicidad ó desgracia dependen de nuestra conducta pasada: ésta será examinada, se nos dice, por un juez inflexible á quien todas nuestras acciones, aun las mas secretas, serán conocidas; una felicidad eterna será la suerte de los buenos; entretanto los

" tormentos mas espantosos caerán sobre los malos. Esta persuasion es, sin duda, el mas fuerte fundamento de las sociedades; ésta es la que lleva á los hombres á la virtud y los retrae de los vicios." Rousseau ha dicho tambien: "Apartad la idea de un Dios justo y remunerador, que premia á los buenos y castiga á los malos; y yo no veo sino injusticias, hipocresía y mentira entre los hombres. El interes particular, que prevalece necesariamente á todas las demas cosas, enseña á cada uno á cubrir el vicio con la máscara de la virtud." Cantemos, en fin, con Voltaire:

Es de un Sér soberano la existencia,
Lazo social que al universo liga;
Un freno del malvado, á quien castiga,
Y un apoyo del justo á la inocencia.
Si en su esplendor y brillantez tan vario
El cielo manifiesta no la hiciese;
Si, lo que es imposible, Dios no hubiese,
Seria el inventarle necesario.
Anúncielo del sabio el puro celo:
Y vosotros, ¡oh reyes poderosos!
Si os burlais de mis llantos dolorosos,
Temblad; un vengador tengo en el cielo.
Es, pues, una verdad incontrastable el poder é

influjo de la religion para la estabilidad, reposo y prosperidad de las naciones. Pregúntese, si se quiere, á las mas bárbaras, y á todos los pueblos mas ciegos y aun pervertidos, tanto antiguos como modernos, que ¿en quién fundan, ó de quién esperan su reposo y felicidad? Yo aseguro que todos unánimes responderán: que solo en Dios, en la religion; pues cuando ésta restablece su influjo y autoridad, es seguro, que al punto en la sociedad mas agitada y desunida, renacerá todo orden y toda alegría; se colocará sobre su base inmutable; cesará toda anarquía en las opiniones; el hombre se entenderá con el hombre, y unidos todos por una misma creencia, obligaciones y vínculos se fijarán su centro, que es Dios, fuente de la luz, de la verdad, de la vida y de la sociedad: *Religio et timor Dei soli sunt qui custodiunt hominum inter se societatem*, decia Lactancio.

La piedad para con sus dioses, en que se aventajaron los romanos á todas las naciones y gentes, les dió, en sentir de los célebres Horacio y Catón, su gloria, su majestad, su dominacion y su grandeza; mas bien que la astucia, el valor y fortaleza de sus armas. "Romanos, decia Horacio, vosotros pagaréis la pena que han merecido vuestros padres: hasta que levanteis los templos y los altares de

“los dioses que se están arruinando, y hasta que
 “retoqueis las estatuas que el tiempo ha desfigu-
 “rado, sabed, que si sois los señores del mundo,
 “es por haberos mirado como inferiores á los dio-
 “ses. Esta sumision es el principio de vuestra gran-
 “deza: ésta es la que ha merecido el buen éxito en
 “todas vuestras empresas: desde que mirais con
 “negligencia el culto de los dioses, se ve la Italia
 “afligida de tantos males.” Y Catón: “No penseis,
 “romanos, que vuestros mayores aumentaron la
 “República, y de pequeña la hicieron grande por
 “las armas; que si así fuera, sin comparacion la
 “tuviéramos nosotros mucho mas hermosa y flore-
 “ciente; pues tenemos mayor copia de armas, de
 “caballos, de ciudadanos y de confederados. Mas
 “otras cosas fueron las que á ellos hicieron gran-
 “des que á nosotros nos faltan; *la industria en ca-*
sa y fuera; la justicia en el gobierno; el ánimo li-
bre para dar su parecer en el senado, ajeno de toda
pasion; y sobre todo, el temor y fidelidad á los dio-
ses.....”

Vemos por las palabras de estos grandes hom-
 bres, cómo los romanos estaban persuadidos de que
 Dios premiaba y favorecia á los que le reverencia-
 ban y temian, haciendo miserables por el contrario
 á los negligentes en su culto. *Intuemini vel secun-*

das res, vel adversas, invenietis, omnia prosperè eve-
nisse sequentibus Deos, adversa spernentibus: así ha-
 blaba el gentil Camilo á los romanos, segun Tito
 Livio. Y nosotros con todos los cristianos procla-
 maremos la misma verdad con las palabras siguien-
 tes de César Varonio: *Aparet sanè quam verissimum*
et certissimum sit, tunc Deum curare, ac tueri prin-
cipum regna, cum ipsi principes pro religione labo-
rant; contra verò cum id negligitur, vel humana pru-
dentia (quæ ex apostoli sententia Deo inimica est)
in religionem pecatur ipsa imperia in deterius pro-
labi, penitusque consumi.... Y tambien repitiendo
 y acatando con respeto santo estotras divinas, que
 jamas deberemos olvidar, que manifiestan la con-
 ducta que Dios mismo promete á un pueblo que
 guarda su ley.

“Yo soy el Señor vuestro Dios. Guardad mis dias
 “de sábado y temblad delante de mi santuario. Yo
 “soy el Señor. Si marchareis segun mis preceptos,
 “si guardareis y practicareis mis mandamientos, yo
 “os daré las lluvias propias de cada estacion. La
 “tierra producirá granos, y los árboles se cubrirán
 “de frutos. La cosecha de granos será tan abun-
 “dante, que la trilla durará hasta la vendimia, y
 “la vendimia tendrá que apresurarse por la semen-
 “tera; y comeréis hasta la hartura vuestro pan, y

"habitaréis en vuestra tierra sin temor alguno.
 "Daré la paz en toda la estension de vuestro país.
 "Dormiréis en reposo y nadie os inquietará. Quitaré las bestias dañinas, y la espada enemiga no pasará por vuestras tierras. Perseguiréis á vuestros enemigos, y caerán á montones delante de vosotros. Cinco de vosotros perseguirán á cien extranjeros, y ciento á diez mil. Vuestros enemigos caerán á vuestra presencia bajo la espada. Os miraré con ojos benignos, y os haré crecer: os multiplicaréis, y ratificaré mi alianza con vosotros. Comeréis los frutos que de mucho tiempo guardabais, y al fin arrojaréis los viejos por la estrordinaria abundancia de los nuevos. Pondré en medio de vosotros mi tabernáculo, y no os echaré de sí mi alma. Andaré entre vosotros, y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo ¹."

¡Ay! ¡qué consuelo el oír de boca del mismo Dios, que Él será nuestro sumo bien, nuestro protector y nuestro padre, y que se ha de ocupar solo de nuestra felicidad! Mas todas estas divinas promesas tendrán lugar, dice el mismo Dios por su profeta, cuando oída su voz se cumplan sus mandamientos: empero, si la desoímos, si despreciamos sus leyes, y

¹ Levítico, cap. 26.

no hacemos aprecio de sus juicios, de manera que no cumplimos con todas las cosas que tiene establecidas para su honor y nuestro provecho, en este caso amenaza con castigos y males á los transgresores, fulminando contra ellos las siguientes maldiciones contenidas en el capítulo 28 del Deuteronomio, desde el versículo 16 hasta el 46.

"Serás maldito en la ciudad, maldito en el campo, maldito tu granero, y malditas tus obras, maldito el fruto de tu vientre y el fruto de la tierra, las manadas de tus vacas y los rebaños de tus ovejas. El Señor enviará sobre tí hambre y ansia por comer, y maldicion sobre todas tus obras que tú hicieres; hasta que te desmenuce y pierda prontamente á causa de tus malísimas invenciones por las cuales me abandonaste. Añada el Señor sobre tí pestilencia, hasta que te consuma de la tierra á la que entrarás para poseerla. El Señor te hiera con suma pobreza, con calentura y frío, con ardor y bochorno y aire corrompido y añubio, y te persiga hasta que perezcas. Vuélvase de bronce el cielo que está sobre tí, y de hierro la tierra que pisas. Dé el Señor á la tierra polvo en vez de lluvia; descienda del cielo ceniza sobre tí, hasta que seas desmenuzado. Ha-

"ga el Señor que caigas delante de tus enemigos.
 "Salgas por un camino contra ellos, y huyas por
 "siete, y seas disperso por todos los reinos de la
 "tierra. Y tu cadáver sea para alimento de todas
 "las aves del cielo y bestias de la tierra, y no ha-
 "ya quien las ahuyente. Hiérate el Señor con las
 "úlceras de Egipto, y con sarna y comezon de par-
 "te del cuerpo por donde se escrementa, de mane-
 "ra que no puedas ser curado. Hiérate el Señor
 "con locura y ceguedad y frenesí, y en el medio
 "dia andes á tientas como suele andar un ciego en
 "tinieblas, y no aciertes en tus caminos. Y en to-
 "do tiempo tengas que sufrir calumnias, y seas
 "oprimido de la violencia, y no tengas quien te li-
 "bre. Tomes mujer y otro duerma con ella. Edi-
 "fiques casa y no la habites. Plantes viña y no la
 "vendimies. Sea degollado tu buey delante de tí
 "y no comas de él. A tus ojos sea robado tu asno
 "y no te lo vuelvan. Tus ovejas sean dadas á tus
 "enemigos y no haya quien te socorra. Sean en-
 "tregados tus hijos y tus hijas á otro pueblo vién-
 "dolo tus ojos, y desfalleciéndose de mirarlos todo
 "el dia, y no haya fuerza alguna en tu mano. Un
 "pueblo que no conoces, se coma los frutos de tu
 "tierra y todos tus trabajos: y tengas que sufrir
 "calumnias continuamente, y estés oprimido todos

"los dias y atónito por el terror de las cosas que
 "verán tus ojos. Hiérate el Señor con úlcera ma-
 "lísima en las rodillas y en las pantorrillas, y no
 "puedas ser curado desde la planta del pié hasta
 "la coronilla de tu cabeza. El Señor te llevará á
 "tí y al rey que establecieres sobre tí, á una gen-
 "te que no conoces tú ni tus padres: y servirás allí
 "á dioses ajenos, al madero y á la piedra. Y que-
 "darás perdido para ser el proverbio y la hablilla
 "de todos los pueblos adonde el Señor te llevará.
 "Echarás mucha simiente en la tierra y recogerás
 "muy poco: porque las langostas lo devorarán to-
 "do. Plantarás una viña y la cavarás, y no bebe-
 "rás el vino ni cogerás nada de ella: porque será
 "destruida de gusanos. Tendrás olivas en todas
 "tus tierras, y no te ungirás con aceite: porque se
 "caerán y perecerán. Tendrás hijos é hijas y no
 "gozarás de ellos: porque serán llevados cautivos.
 "El añublo consumirá todos los árboles y fruto de
 "tu tierra. El extranjero que vive contigo en tu
 "tierra, subirá sobre tí y estará mas alto: y tú des-
 "cenderás y quedarás mas bajo. Él te prestará á
 "tí y tú no le prestarás á él. Él será por cabeza y
 "tú serás por cola. Y vendrán sobre tí y te perse-
 "guirán y alcanzarán todas estas maldiciones hasta
 "que perezcas: por cuanto no oistes la voz del Se-

"ñor Dios tuyo, ni guardaste sus mandamientos y
"ceremonias que te mandó."

Estas terribles amenazas, que en boca de Moisés fulmina Dios contra los pueblos prevaricadores de su ley santa, así como las encantadoras promesas que ofrece á los que le son fieles, se vieron cumplidas á la letra en el pueblo judío. . . . La suerte que cupo á esta célebre nación, ora siendo prevaricadora, ora fiel á la ley santa del Señor, nos la pinta y describe el santo rey David en los salmos 136 y 125: en el primero, las lágrimas y penalidades que sufrió cuando caminaba á Babilonia cautivo por disposicion de Dios en castigo de su infidelidad, despues de haber antes padecido los mas espantosos males y desastres: y en el segundo, su alegre vuelta y regocijo que tuvo cuando, por mandato de Ciro y Darío, volvió ya libre de su cautiverio á reedificar su templo y á poblar y habitar de nuevo la asolada ciudad de Jerusalem, en premio de haber reconocido y llorado sus culpas y hecho de ellas penitencia. Creo oportuno ponerlos aquí tales cuales los espuso y vertió á nuestra lengua el P. Malon. Dice así el primero:

Super flumina Babilonis. . . .

Ya de Asia la cabeza,
Señora de las gentes
Del gran Dios de Israel sacra morada,
Desecha pieza á pieza,
Muertos los mas valientes
Pasados por los filos de la espada,
Quedaba derrocada,
Sus torres por el suelo;
Y sus soberbias casas
Ardiendo en vivas llamas,
Subia el humo y llamas hasta el cielo,
Y las tiernas doncellas
Con su llanto apagaban parte de ellas.
Las madres miserables,
Pasadas de mil hierros,
Con sus dulces hijuelos abrazadas.
Aquellos intratables
En presa de sus perros
Las daban, adonde eran sepultadas.
Las damas regaladas
El blanco pié por tierra,
De su sangre esmaltado,
Iban como ganado,
Siguiendo al vencedor por valle ó sierra.

El brocado y arreo,
 Trocado en un cilicio negro y feo
 El bárbaro enemigo
 Con un crudo semblante
 Lleva puesta la espada á sus gargantas.
 No reconoce amigo;
 Los viejos van delante,
 Atadas en prision las manos santas;
 Y desnudas las plantas,
 Llagadas con abrojos,
 Caminaban cautivos
 Los que quedaron vivos,
 Regando con las fuentes de sus ojos
 El áspera carrera,
 Que guía á Babilonia y su ribera.
 Mas ya que se apartaban
 De su ciudad sagrada
 Para no poder mas tornar á vella,
 Los llantos renovaban
 Viéndola despoblada,
 Desnuda de su gloria antigua y bella:
 Y vuelto el rostro á ella,
 Levantados los ojos,
 Suspenso el sentimiento,
 Robado el pensamiento
 Con el mortal dolor de sus enojos,

Ya que se despedían,
 Con voz ronca y mortal, así decían:
 "¡Oh patria lagrimosa!
 ¡Oh templo sacrosanto,
 Del espantoso Dios alta morada!
 ¿Qué es de la victoriosa
 Mano, que pudo tanto
 Domando mil naciones á tu espada?
 Ahora derrocada
 Te vemos por el suelo,
 Y tus soberbias puertas
 En negro carbon vueltas:
 Castigo del airado Dios del cielo.
 ¡Oh madre Sion triste!
 Cautivos van los hijos que pariste.
 A Dios, monte de gloria,
 A Dios, templo sagrado,
 A Dios, Jerusalem sola, desierta;
 Olvida la memoria
 Del contento pasado,
 Y ya de hoy más al bien cierra la puerta:
 Y pues es cosa cierta,
 Que nuestros tristes ojos
 No volverán á verte,
 A Dios, hasta la muerte,
 Que el enemigo apaña los despojos,

Y manda que partamos, á do sin tí muramos. ”
 De lejos descubrimos
 En un llano espacioso
 A la gran Babilonia levantada.
 Sus altos muros vimos
 Y el alcázar costoso,
 Do yace Semiramis sepultada,
 De torres rodeada
 Que amenazan al cielo,
 Del Eufrates ceñida,
 Que con sus aguas riega al fértil suelo:
 Y vimos la ribera,
 Cual la pinta la dulce primavera.
 Cansados del camino,
 Sobre la alta corriente
 Con un ansia mortal nos asentamos:
 Llorando el hado indino
 De nuestro suelo y gente;
 De tí, madre Sion, nos acordamos
 Y al alto cielo alzamos
 Los ojos á miralle;
 Mas ¡ay! que al fin no era
 Aquella la ribera,
 Ni aquel el sol, ni cielo, sierra ó valle;
 Ni aquel el claro día,
 Que en tí, Jerusalem, resplandecía.

Las arpas y vihuela,
 Los instrumentos santos
 A tu gran Majestad (Dios) consagrados,
 ¿Quién hay que no se duela?
 Pues que con nuestros llantos,
 Están del sentimiento destemplados.
 Y en los sáuces colgados,
 Oyendo nuestros pechos
 Otra música, llena
 De lágrimas y pena,
 Con instrumentos de los ojos hechos;
 Y las voces que suenan
 Suspiros son, que á Babilonia atruenan.
 A mirar nos salian
 Los bárbaros paganos, y burlando
 De nuestra dura suerte,
 Palabras nos decian
 Los fieros inhumanos,
 Mucho mas dolorosas que la muerte:
 Cantadnos de la suerte
 Que en Sion la famosa
 Cantábades canciones
 Con acordados sonos
 Hora en salmos, en himnos, verso ó prosa:
 Templad un instrumento,
 Y desplegad la voz al blando viento.

¡Oh gente cruda y fiera,
 Pedir á un lastimado alegre caral
 No da un triste contento;
 Mal cantará, el que fuera
 Mejor, que vida y alma le dejara:
 Y pues la suerte avara
 Nos trujo á tierra ajena,
 ¿Cómo podrá la lengua
 Cantar, sin hacer mengua,
 Cantares del Señor? ¡Ay, dura penal!
 Dejadnos llorar tanto,
 Que se acabe la vida con el llanto.
 Muera yo en triste llanto,
 Y mi mano me olvide,
 Jerusalem, si acaso te olvidare.
 Y si alguna vez canto
 Lo que el bárbaro pide,
 Mientras que de tí ausente yo me hallare,
 Y si jamas callare,
 Tu gloria y alabanza,
 Mi lengua quede helada,
 Y al paladar pegada
 De tan grave maldad justa venganza;
 Pues mal parecería
 Poder tener sin tí bien ni alegría;
 Y si bien alegría

Algun tiempo tuviere,
 De quien Jerusalem no tenga parte,
 No goce el claro día,
 Y el bien que Dios le diere,
 Le pierda y se reparta en otra parte.
 Véame de tal arte,
 Que el airado enemigo
 De mi mal se entenezca,
 El día que acaezca
 Tener sin tí contento. Sed testigo,
 Señor, desto que juro,
 Porque esté de cumplillo mas seguro
 Fuerte amparo y seguro,
 Defensa valerosa
 Del alma que en servirte á tí se emplea;
 Pues eres nuestro muro,
 Vuelve tu poderosa
 Mano, á aquel que te ama y te desea;
 Y mira que Idumea,
 Cuando el duro enemigo
 Los muros derrocaba,
 Era la que llamaba
 Con voz horrenda al bárbaro su amigo:
 Derroca los cimientos,
 No quede de Sion ni aun fundamentos.
 ¡Oh ciudad miserable,

Babilonia sangrienta!
 ¡No tengas otro canto mas sabroso,
 Y un caso lamentable
 Te pague en igual cuenta,
 Con castigo que al mundo sea famoso!
 ¡Oh felice y dichoso
 El que en venganza fiera
 Del mal que nos has hecho,
 Pasare pecho á pecho
 Tu gente, con la espada carnicera,
 Tus viejos desdichados,
 Para morir mil muertes reservados!
 ¡Oh bienaventurado
 Quien tus tiernos hijuelos
 De las cuitadas madres arrancare,
 Y en alto levantando
 El brazo, por los suelos
 Sus cerebros en piedras quebrantare!
 ¡Y el que no se ablandare
 Al llanto y las querellas
 De las mas regaladas,
 Pasando las espadas
 Por las gargantas tiernas, blancas, bellas,
 Y el que tus torreados
 Muros deje en mil llamas abrasados!

Hasta aquí la esposicion del primer salmo, ó sea del CXXXVI; veamos la del segundo, ó del CXXV.

In convertendo Dominus.

Cuando al Señor del cielo
 Le plugo levantarnos el destierro,
 Se nos volvió en consuelo
 La pena, cárcel, grillos y su hierro.
 Y tal fué la alegría
 Que nos vino tras tanta desventura,
 Que puesto que se via,
 Más nos pareció sueño que soltura.
 El rostro señalaba
 La risa que nacia del contento,
 Y la lengua cantaba
 Desplegando la voz al blando viento.
 Cuando volver nos vieron
 Los que de nuestro mal fueron testigos,
 Espantados dijeron:
 "Tratados los ha Dios bien como amigos,
 Con gloria, con grandeza,
 Con abundantes bienes, con despojos
 Los vuelve á tanta alteza,
 Cuanto vieron jamas humanos ojos."
 Decís verdad en esto,
 Que el ínclito Señor nos ha mirado

Con apacible gesto
 Y en contento el dolor nos ha trocado.
 Señor, nuestros cautivos
 Vuélvelos como arroyo en seca tierra,
 Y suple con los vivos
 La mengua de los muertos en la guerra,
 Como en la ardiente Libia
 Cuando el rojo leon le abrasa el suelo,
 Si el labrador le alivia
 Torciéndole del agua el grato hiel:
 Así será templada
 La fuerza del dolor del cautiverio,
 Si por tí es reparada
 Volviéndonos á nuestro antiguo imperio.
 Y como cuando mueve
 El ábrego llovioso, que desata
 De las sierras la nieve,
 Y las nubes condensa, aprieta y ata,
 Y las revuelve en lluvia
 Hinchendo ya los rios y las canales,
 Y deja el agua turbia
 La señal de sus fuerzas desiguales:
 Así tal crecimiento
 Nos da, Señor, y fuerzas tan pujantes,
 Que este contentamiento
 A envidia nueva, al que á dolor movió antes.

Renueva, Dios, ahora
 La salida que hiciste en el desierto,
 Del pueblo, que te adora,
 Y acuérdate, Señor, de aquel concierto:
 Y así como rompiste
 De un peñasco pelado agua copiosa,
 Y en la austral tierra distes
 Estanques de agua mas que miel sabrosa;
 Así en esta salida
 De Babilonia acude y nos consuela,
 Y da refresco y vida
 Al pueblo, que en servirte se desvela.
 Porque entonces volviendo
 Con el bien que tu mano rica encierra,
 Será volver cogiendo
 Lo que sembramos yendo en seca tierra.
 Cual labrador que mira
 El campo estéril, siembra descontento
 Su pan, gime y suspira;
 Mas si le acude, coge de uno ciento:
 Así los que sembraron
 Lágrimas entre espinas y entre abrojos,
 Despues cuando tornaron
 Cogieron de alegría mil manojos.

.....

Es pues, de fe divina y humana, que la ventura, libertad y grandeza de los pueblos pende de la religiosidad de los súbditos que los componen, y aun mas todavía de la de los gefes que los mandan.... Por esto Aristóteles persuadía á su discípulo Alejandro, á que fuese religioso, y á que hiciera lo fuesen todos, por el interes de que prosperase el Estado. Este inmortal filósofo estaba penetrado de que la impiedad del príncipe era peligrosa; una calamidad á todas las cosas públicas, atrayendo sobre sí y sobre el pueblo el castigo justo de los cielos. Y en prueba de esta verdad, ¿cuál ha sido el fin de aquellos príncipes ó gobiernos que poco religiosos, osados y atrevidos han querido mejorar sus Estados aumentando sus tesoros con los despojos de los templos, no guardando la piedad y el respeto debido á Dios y á las cosas que le estaban dedicadas y que le pertenecían? ¿Han mejorado jamas los intereses temporales de los pueblos y de los reyes cuando han intentado heredar sacrílegamente al santuario, despues de hacerse sus gefes, no debiendo ser mas que sus amigos y protectores?... Cuarenta arrobas de plata robó Abimelec del templo, como si estuviesen desperdiciadas; socorrieron sus necesidades presentes, pero su reino y vida tuvieron el fin miserable que nadie duda. Nabucodono-

sor y su hijo Baltasar, á quienes entregó Dios los judíos, engrosaron sus tesoros con los vasos y demas bienes consagrados al culto; mas el primero mudado en bestia, y el segundo herido de un rayo invisible, dejaron su reino en herencia á los estraños; y no dejaron por cierto que envidiar, sino que temer á la posteridad. Jeroboan y Saúl se atrevieron á estender sus manos osadas á las ropas de los profetas del Señor, y romperlas con violencia; pero esto no fué sino dar ellos la señal de cómo serian despedazados sus reinos, y divididos entre quienes ignoraban y para quienes aborrecian. Achâb, despojó tambien el templo, pero nadie en verdad codiciará la suerte de este infeliz príncipe, privado en el fin de sus dias, aun del sepulcro de sus mayores. Sila, acabó miserablemente su vida, segun Pausanias, por haber hecho grandes sacrilegios en los templos de la Grecia, especialmente contra Minerva, cuya veneracion era en toda ella muy celebrada. Senachêrib, rey de Asiria, blasfema de Dios: tenia el proyecto de robar y profanar á Jerusalem y su templo; en fin, despues de ser destrozado en la Judea por un ángel del cielo, no bien llegó á su tierra, muere á las manos de sus propios hijos, estando haciendo oracion en el templo de Nefrod su Dios, en la ciudad de Nínive. A Pompeyo Magno

le duró su dicha hasta que perdió el respeto al templo de Jerusalem, pues desde entonces toda su fortuna y gloria se convirtió en desgracia, hasta que terminó su vida á manos de la mas vil gente. La conducta que siguieron Marco Craso, Antioco, Heliodoro, Xerxes y Cambises acerca de las cosas religiosas, podrá animar á los que hacen la guerra con los despojos sagrados; pero en el éxito que tuvieron estos falsos é impíos héroes, podrán considerar la suerte que les corresponde. ¿Qué se vió en Inglaterra, cuando un rey impío, incontinente y ambicioso se rindió á los proyectos disonjeros con que la filosofía reformadora le adulaba? El que se persiguiese con un furor inaudito á la religion católica, y que el rey se apropiase muchos de sus bienes; pues en solo el año de 1535, ocupó 366 monasterios, cuyas rentas aumentaron las del fisco cerca de 120,000 ducados, y ademas 40,000 de bienes muebles. ¿Y cuál fué el resultado de este despojo sacrílego? El verse este impío rey reducido á la miseria, de modo que se halló en la precision de arrancar del parlamento por dos veces la dimision de todas sus deudas; "falsificó ademas la moneda, añade Burnet, y cometió otras acciones indignas de un príncipe; las turbaciones le acompañaron hasta el fin de su reinado, y esta fué la suer-

te que dejó á sus sucesores mas bien que el reino." ¿Qué provecho sacó, en fin, D^a Urraca, hija de D. Alonso VI, de los bienes de la iglesia de S. Isidro de Leon? El haber muerto repentinamente al salir por las puertas del mismo templo.

"Los príncipes, dice el P. Cabrera en su *Crisis política*, no deben ignorar, que así los bienes de las iglesias, como los de los eclesiásticos, son muy para temidos: como la polilla gasta el paño, la carcoma el madero, y el orin el hierro, así las haciendas eclesiásticas invadidas y usurpadas de los príncipes y gobiernos, destruyen las fuerzas del reino."

Ello es, que de cualquiera manera que el gobierno temporal invada, desconozca ó altere los derechos que la religion tiene, ora en su culto, ora en sus templos, ora en su disciplina, ora en sus ministros y bienes, ora en fin, en su independencia, se tendrá siempre como un ataque directo al orden social; por una usurpacion impía, sacrílega y tiránica, por la que se intenta subyugar la voluntad de Dios á la del hombre, que trastornando el orden establecido por la divina Providencia, deben tocarse, á mas de los resultados fatales que son consiguientes, el castigo justo de los cielos. *¿Quis enim læsos impune putaret*

esse Deos? decia Lucano; y Horacio, libro 3º, oda 2ª
hacia el fin ¹.

.....

Y aunque frecuentemente
El Padre de la luz, mirando holladas
Sus leyes, el malvado al inocente
Juntó en sus justas iras provocadas,
Rara vez el castigo, aunque tardío,
Dejó de aniquilar al hombre impío
Que orgulloso creia
Por ir veloz, que nunca le hallaria.

Oigamos tambien confirmada esta misma verdad
con las siguientes divinas palabras que un profeta
y rey santo cantaba, para consuelo y esperanza de
los creyentes y confusion é ignominia de los impíos,
en el

Salmo XXXVI.

Al malo ví encumbrado
Y puesto en tanta estima,
Que era baja del Líbano la cima
Mirada con su estado.
Pasé, y volví á mirarle,
Y de bajo no pude divisarle,

¹ Traducción del Illmo. Sr. Sobrado.

Acabóse en un punto:
Busquéle, mas no era,
Que se secó su fresca primavera:
Y él, y su estado junto
Y su lugar y asiento,
Todo desvaneció cual humo al viento.

En fin, siempre será una verdad de hecho confesada por la sana y aun por la impía filosofía, confirmada por la historia y proclamada de concierto por todas las naciones y gentes, *que sin religion no hay sociedad*: y así que, la muerte de ésta, y de consiguiente del género humano, seria la victoria que pretende alcanzar la llamada moderna filosofía: ésta, con sus funestas é impías doctrinas y execrables máximas, no puede crear nada estable, ningun orden social; la anarquía será siempre su obra, y lágrimas, miseria, sangre, la destruccion de la sociedad, su fruto.

pues de escluir á Dios de la sociedad, emprende, intenta orgullosa constituirla y regirla, sin otros auxilios ó apoyos que sus leyes, que son sus caprichos; ni otras obligaciones, que satisfacer sus pasiones; ni otro orden, que la anarquía; ni otra moral, que sus particulares intereses: cosas todas, que garantidas y sostenidas por solo la fuerza, jamas podrán, por lo mismo, dar de sí otra cosa, que crímenes, trastornos, injusticias, desórdenes, esclavitud; y en fin, la destruccion ó muerte de la sociedad.

Cuando la razon humana, aislada y sin el auxilio de la religion, se encarga constituir ó gobernar á un pueblo, el interes particular, manantial eterno de odios y de discordias, viene á ser el único lazo social; desaparecen al punto el orden y la paz; leyes, costumbres, justicia, humanidad, todo huye, y solo quedan las fuerzas fisicas y las pasiones; no siendo otro el medio de conservar el orden, como ha dicho muy bien un filósofo moderno, que la violencia, como entre los bárbaros; el palo, como en la China; ó la cimitarra, como en la Turquía. Sin religion, ¿en dónde se fundan nuestros deberes? ¿qué poder humano puede ligar al poder humano? ¿Y el deber es otra cosa que la obediencia á una voluntad mas alta, á la voluntad del mismo Dios? Si todos los hombres son iguales, libres é independien-

ARTICULO II.

**La pretension insensata de la razon humana de constituir y conservar la sociedad sin religion, es una quimera funestísima, que atrae sobre aquella su des-
concierto y ruina.**

Sin embargo que hemos visto en el artículo anterior, cómo la religion, perpetuo objeto de los pensamientos del hombre, y la primera necesidad de su entendimiento y corazon, ha sido mirada y tenida por todos los pueblos y naciones como la base del orden social, el principio y sancion de las leyes, y la regla de las costumbres públicas y privadas, no habiendo existido pueblo alguno desde el origen de las sociedades, en que los hombres no se hubieran visto siempre postrados al pié de los altares, y á sus sacerdotes presentando las súplicas, las adoraciones y ofrendas de los mortales; con todo, la ciega razón humana, en el exceso de su furor, des-

tes los unos de los otros naturalmente; si ninguno, por lo mismo, es superior á los demas, ¿con qué derecho se manda? ¿por qué razon se obedece? ¡Oh filosofía! No hay otro que el de la fuerza para mandar, ni otra razon que la debilidad ó flaqueza para obedecer: y por lo mismo, si el poder de la sociedad no tiene otro fundamento que la absurda y quimérica soberanía popular, yo no veo en los que mandan, otra cosa que hombres fuertes y audaces que esclavizan violentamente á otros hombres débiles y apocados: sí, no veo mas que esclavos miserables y tiranos atrevidos; porque la autoridad que no viene del cielo, será siempre tiranía, así como la obediencia, esclavitud. Por esta razon, decia Juan Jacobo: "Bien difícil seria querer establecer nuestras obligaciones por sola la razon, ¿qué base firme podria dársele? ¡Filósofos! vuestras leyes morales parecen bellas, pero tened la bondad de mostrarme la sancion que obliga á guardarlas. Cesad de tocar á hacer gente, y decidnos claramente, ¿qué frenos poneis en lugar del fuego eterno?"

En efecto, menospreciado el cielo, sobre la tierra no hay autoridad bastante que pueda contener y refrenar á el hombre para que solo marche por los justos límites que demarcan la justicia y la sana ra-

zon, y reclaman su conservacion y la armonía y reposo de la sociedad: ningun hombre de sano juicio dudó jamas, que si la conciencia y virtud humana solo se fundase sobre las penas y premios civiles, habria de suceder necesariamente que los hombres en general se dejarían llevar de sus pasiones, y desembarazados de la fuerza eterna que los contiene, nada les impediría cometer las mas horrendas iniquidades y los delitos mas atroces, siempre que crean no les alcanza la ley civil. Aquel que nada espera, que nada teme de un Dios que desconoce, y que allá en sus adentros se dice á sí mismo neciamente: *¿Quién me ve? Las paredes me cercan, las tinieblas me cubren, nadie me está viendo, ¿á quién, pues, temo?* Es un tigre que se apacienta bajo su palabra en medio de un rebaño, pronto á despedazarlo en el primer momento que encuentre coyuntura de sorprenderlo: ¿qué podrá contenerlo si su errada conciencia está libre del temor de ser residido despues de su muerte por un Dios omnipotente y justo? ¿podrán acaso las leyes humanas? No por cierto; pues estas con facilidad se interpretan, se eluden y aun se compran; y que no siempre son justas: ademas, ¿cuántas veces se escapan los mas atroces delitos de las pesquisas de la mas cuidadosa vigilancia de la autoridad? ¿cuántos escesos, vi-

cios y costumbres desoladoras hay, que ni las leyes condenan ni aun pueden condenar, y son dañosísimas á la sociedad, y que solo las tiene á raya la religion ó la idea de un Dios cuyos ojos están abiertos por todos los caminos de los hijos de los hombres, y que escudriña aun lo profundo del corazón?

A la verdad, quitado el miedo del Númen soberano no son bastantes para contener á los hombres en sus deberes públicos y privados el solo respeto de las leyes y cosas humanas; ¿qué freno sentirían entonces en el juramento? ¿qué seguridad habría en las mutuas promesas? ¿qué límite detendría á los fuertes cuando quisieran oprimir á los humildes? ¿qué suerte cabría al pobre, á la viuda y al huérfano, si desapareciera este respeto á la ira divina? La experiencia, mas eficaz y elocuente que todos los discursos, nos enseña continuamente, que los que viven sin miedo de la vida futura, se abandonan á las pasiones y vicios mas criminales; y que no se tiene respeto á los hombres ni á las leyes que estos dictaran, desde que le han perdido para con Dios. Cualquiera puede juzgar por lo que ve y por lo que oye; ó por lo que debe entender y ver; y diga francamente, si la falta de religion ó temor de Dios, no es la causa motiva de tantos y tantos males, escándalos, sacrilegios, dilapidaciones, revueltas y des-

gracias de que estamos rodeados: sí, no es otra la causa de nuestra deplorable y violenta situación ó de esta agonía en que se encuentra el cuerpo civil. Ello es cierto que una ciudad sin religion, ó en donde ésta no ocupe el lugar que le corresponde en las costumbres, en las leyes, en las instituciones y en la moral pública, no podrán encontrarse jamás la seguridad, el orden, la libertad y la paz; no pudiendo ser por lo tanto el asilo de la sociedad. . . .

De aquí nació el que los mismos héroes y legisladores paganos quisieran buscar otros vínculos mas sagrados y otros respetos mas sublimes que todos los humanos, para establecer el orden en sus gobiernos; como el miedo de un Dios que ve los delitos desde que nacen dentro de nuestro corazón; los suplicios eternos que destina á los adúlteros, ladrones, avaros, revoltosos, impíos, soberbios y traidores; los premios y delicias preparadas en los elíseos para los justos, sobrios, castos y piadosos: estos eran los motivos eficaces en que confiaba el piadoso Eneas para contener á los suyos:

*Si genus humanum et mortalia temnitis arma;
at sperate Deos, memores fandi, atque nefandi.*

Y la idea y amor á la virtud, ¿será bastante motivo, como pretende la filosofía, para que el hom-

bre obre lo bueno y se abstenga de lo malo, por el interes que en esto tiene su salud corporal y por atraerse la estimacion y buen nombre entre sus semejantes? Mucho menos: pues negando las penas y los premios eternos y la existencia de la suprema Bondad infinita, ya no se pueden ordenar al Dios que se niega, ni las acciones ni las obras: y en este caso, ¿qué mérito han de tener de ellas? Si bien es verdad que la virtud es de suyo amable, esta bondad es esencialmente participada y con referencia á la bondad infinita; y por consiguiente el acto de amor á la virtud, para que sea perfectamente honesto ha de ser, ó movido de la bondad de Dios, como causa de las bondades criadas, ó con relacion á Él mismo, como fin al que debemos referir nuestras acciones: sin Dios las palabras de virtud, de honesto y de justo nada significan: ademas, que el creer que los hombres obren lo bueno y huyan de lo malo atraídos solamente de la belleza y decoro de la virtud filosófica, es una quimera, siendo cierto lo que cantó Ovidio ¹:

Non facile invenies multis in millibus unum

Virtutem prætium, qui putet esse sibi.

Ipsæ decor recti facti si præmia desint

Non movet, et gratis pœnitet esse probum.

1. Libro 2.º del Ponto, eleg. 3.

Sin embargo de esto, ¿quién negará, dice Cevallos, que si se consideran las resultas que así para el cuerpo como para el alma, dejan las virtudes y los vicios en esta vida, aun por sola esta diferencia se debería siempre preferir la vida virtuosa? ¿quién niega que la sobriedad, la castidad, el perfecto desinteres y la moderacion en todas las cosas hace largos y felices años? ¿y quién no ve igualmente cuántas juventudes florecientes, cuántas saludes robustas, cuántas fortunas risueñas postró en pocos dias el lujo, la destemplanza, la lujuria, la ambicion nunca satisfecha y otros escesos? La teología ni la religion desconocen estos efectos del vicio y de la virtud: no dejan tampoco de hacer valer esta diferencia para inclinar á los hombres á elegir la virtud y huir los pecados; pero no se pára en estos solos motivos tan bajos y poco durables de suyo, é ineficaces sin el auxilio de la gracia. Da un vuelo el alma, y la hace arrostrar otros bienes mas nobles y que nunca perecen. Nos hace conocer que las riquezas no son bienes verdaderos; que la gracia natural es falaz; que la hermosura es una sombra vana y bella; que la salud y la juventud son unas flores que marchita y deseca una calentura y un número breve de dias. ¿Qué queda de esto aunque se haya gozado por entero? ¡Infeliz virtud, esclamaria con Bru-

to, si ella no tuviera otra recompensa! ¡Oh virtud! Tú no eres mas que un nombre vano, un fantasma. Pero la religion promete á la virtud en esta vida la salud, y la buena reputacion, la plenitud de los dias y sobre todo la paz interior; y para una vida eterna el gozo de un bien que nunca fastidia por la posesion, ni se codicia por la privacion.

¡Cuán pocos trabajarían por hacerse virtuosos, si no tuvieran á los ojos otra esperanza, que las de estas niñerías que propone una falsa filosofia derribada por el suelo, ratera, habladora y del todo mercenaria! Los que por ser de un temperamento bien complexionado, sienten poco ó nada el ansia de la gula, las empresas de la ambicion, la codicia de la fama ni de riquezas, no verían cosa digna de llevarlos á las acciones grandes y á trabajos duros por la patria ó por sus hermanos; ¿quién los haría abrazar una carrera penosa, y cuyos frutos no goza el que los planta, sino la posteridad? Por el contrario, los peligros presentes poco detendrían en la carrera de los vicios á los que son de unas pasiones violentas: como la mosca se ahoga en la suavidad del aceite ó se arde en la llama, así caería toda la mas de la juventud en el abismo y en la muerte por el deslizadero de los placeres, si no se le acordaran continuamente los suplicios eternos.

No es tampoco un freno ó motivo para llenar nuestros deberes, como por algunos se cree, el temor de ser acusados y atormentados por nuestra conciencia; su voz ó fallo acerca de la bondad ó maldad de nuestras acciones nada dice; y solo es aterrador y temible cuando nos representa al Supremo Legislador, cuyo ministro y órgano es; entonces sí que nos conturba y espanta, porque sabemos que sus decisiones son las sentencias mismas de un Juez Omnipotente, Eterno é inexorable contra la maldad; el cual vela sobre las acciones de los hombres, aprobando unas y condenando otras; y despues de esta corta vida enjugará las lágrimas del justo oprimido con una felicidad eterna, y castigará la soberbia del impío con penas y castigos interminables. Pero si olvidados de la religion, separamos de nuestros corazones la idea de la inmortalidad del alma, persuadiéndonos neciamente que no hay Dios, en vano en este caso habrá remordimientos, porque no habrá conciencia.

Es visto cuán insuficientes son las leyes, las virtudes, la conciencia y la autoridad de la filosofia ó razon humana para obligar y conducir á los pueblos á practicar y cultivar las verdaderas virtudes y deberes que los conservan, y apartarlos de los vicios que los destruyen. Confirmemos esta impor-

tante verdad con las reflexiones que hace muchos años hizo un juicioso escritor sobre el mismo objeto: "Vuestras máximas, dice, oh filósofos, pudieran ser muy bellas; no era muy difícil dar altas lecciones de virtud. Con poco negocio pudierais es-
"purgar de los libros de Platon, de Aristóteles, de
"Pitágoras, las muchas groserías y torpezas que en
"ellos se ven recomendadas; pero despues que hu-
"bierais forjado un sistema de moral sin los defec-
"tos que tuvieron los de todos los filósofos, os pre-
"guntaremos: ¿si podréis reformar tan fácilmente
"las costumbres de los hombres; ó como habla uno
"de entre vosotros, Rousseau: si podriais con solo
"hablar bien fundar entre los hombres la virtud?
"¿Si estos la amarian y seguirian, á pesar de sus
"inclinaciones y pasiones, por sola la razon de vues-
"tra filosofia? Si ademas de esto no teneis leyes ó
"autoridad para obligar por todos los medios con-
"venientes á obrar lo bueno y á huir toda accion
"torpe, vuestra filosofia y vuestra razon es muy
"poca cosa para componer al mundo. Cada hom-
"bre seria bueno, cuando más, si nunca fuera ten-
"tado á dejar de serlo. Conque vuestra filosofia
"podria bastar, á lo sumo, para una nacion que no
"tuviera pasiones, ni escándalos, así exteriores co-
"mo interiores, ni algunos intereses opuestos. En

"una palabra, yo estoy viendo que vosotros, filó-
"sofos, habeis nacido en este mundo muy fuera de
"tiempo. Os dormisteis demasiado, y os perdisteis
"de nacer en los tiempos fabulosos. En el siglo de
"Saturno no hubiera sido vuestra filosofia tan dé-
"bil y tan despreciable como en el nuestro. Debeis
"no haber visto este mundo, ó sois muy cándidos,
"cuando creéis que la insinuacion de la razon y
"de la santa voz de la naturaleza, son suficientes
"para que un hombre de los de estos tiempos se
"deje de hacer rico, si tiene la ocasion de salir de
"la miseria, robando y matando á un poderoso.
"Que un sensual dejara sus placeres y quedara in-
"sensible á sus pasiones alborotadas desde que os
"llegueis á él y le digais al oido: eso lo prohíbe la
"razon, la filosofia condena esas torpezas. Sin du-
"da, buenos filósofos, yo me vuelvo á mi proposi-
"cion: vosotros erais merecedores de que se os sa-
"cara de este mundo y se os alojase en uno dora-
"do; ó que se os diera á vivir la edad de los poe-
"tas. Entonces, sin juez armado, sin una ley seve-
"ra y amenazadora, sin el miedo del hierro ni del
"fuego eterno, hacian los hombres de oro colado
"cosas hazañosas y heroicas de virtud. Pero desde
"que, en lugar de la modestia y de la moderacion,
"se introdujo la ambicion y la insaciable sed del

"oro; desde que (gracias á vuestros escritillos) la
 "naturaleza se desnudó del pudor y se adorna con
 "la torpeza y con la indecencia; desde que el de-
 "leite arrastra con todos los respetos divinos y hu-
 "manos, debeis callar; porque vuestra razon y
 "vuestra filosofia, son un edificio de ilusiones y lo-
 "curas, una fábula de entretenimiento; porque sin
 "ley no se guarda fe, sin penas no hay justicia, y
 "sin juez armado nadie está seguro." Luego, fal-
 tando estas fuerzas á la razon ó filosofia para dete-
 ner á los hombres en la virtud y refrenar sus pa-
 siones, por carecer sus leyes de sancion, sus virtu-
 des de premio, y su autoridad de legítimo funda-
 mento; se infiere que es necesario buscar en otra
 parte que en la razon humana, la razon de la orga-
 nizacion y existencia de las naciones. Esta razon, se
 ha visto, no es otra que la religion. Sí, de la socie-
 dad se puede decir y afirmar, que *In religione et*
per religionem vivit, movetur, et est. O lo que es lo
 mismo, con Platon: *Vera religio est fundamentum*
reipublicæ: itaque omnis societatis humanæ funda-
mentum convellit; qui religionem convellit.

Por lo tanto, el pueblo que sacude el suave yugo
 de la religion y desprecia sus amonestaciones y con-
 sejos, privado ya, ó careciendo de esta guía divina,
 abandonado á sí mismo, es decir, conducido por so-

la su débil y soberbia razon, cae en los mas crasos
 errores, y olvidado de sus verdaderos deberes, se
 precipita necesariamente en el camino del desórden
 y del crimen; y á la par que crece su abandono y de-
 pravacion, se aflojan los vínculos sociales, los vicios
 y delitos se propagan, y aun se hace vanidad de
 ellos: la ternura de los padres, la subordinacion de
 los hijos, la estrecha union y fidelidad de los espo-
 sos, la decencia, la buena fe y demas virtudes que
 inspira y manda la religion, y que son los lazos pri-
 mitivos que concurren á la formacion del órden so-
 cial, se rompen, y hechos pedazos los ejes que le
 sostienen, todo se confunde y desconcierta, los hom-
 bres adquieren costumbres brutales y feroces que
 los conducen á su destruccion y ruina. En la histo-
 ria de la revolucion francesa, escrito está para triun-
 fo de la religion, eterno oprobio de la filosofia, y
 para escarmiento de las naciones, lo que debe es-
 perarse del imperio de la humana razon. Esta lo-
 gra un dia sobre las cenizas del sacerdote y del mo-
 narca, conseguir el término que deseaba, de verse
 elevada sobre el trono, para hacer, segun decia, la
 felicidad y ventura de los pueblos. Y ¿qué espec-
 táculo es el que presenta á nuestros ojos su sabidu-
 ría y su poder? ¡Ay! La Francia, en aquellos dias
 de maldicion y de pecado, en que intentó sacrilega

la razon humana sustituir á la divina, mostró al mundo, qué cosa sea ausentarse de un pueblo la religion.

Pocos dias fueron los que por sí sola gobernó á esta gran nacion; mas en el breve espacio de tiempo en que dió la ley, ¡qué confusion! ¡qué horrores! ¡qué carnicería y disolucion! ¡qué de gritos blasfemos! ¡qué llanto! ¡qué destruccion!!!! La tierra toda fué conmovida de uno á otro polo. Bajo su dictadura, se vió el pudor proscrito; puesto en honra el libertinaje; las familias ardiendo todas en cruda guerra; el hijo contra el padre; el hermano contra el hermano; el esposo contra la esposa; destruidos todos los ligamentos, todas las conexiones de mutua benevolencia; dislocados los individuos; la sed de los honores, la sed de las riquezas, la sed del mando hecha presa de todos; cada cual dedicado á afianzar su existencia á espensas y en daño de la ajena; las calumnias, los fraudes, las delaciones convertidas en tristes medios de economía y de industria; se vieron desaparecer las costumbres, la moral, las leyes y las autoridades divinas y humanas: vió la Francia en aquellos dias acerbos, sus ciudades entregadas al incendio; sus amenas campiñas devastadas; la flor de su gente disipada, los unos pereciendo en los combates; los otros en la angus-

tia; quién huyendo de la espada, cayó por el hambre; y quién escapando del hambre, dió en la espada; quién en los tumultos, quién en la soledad, quién en la afrenta de los patíbulos, quién. . . . Esta nacion apóstata presentaba por todas partes una vasta escena de delitos, de calamidades y desgracias: á este estado espantoso le habia conducido la filosofia, en los pocos dias que fué dueña del mando; y ya se hallaba próxima á desaparecer, cuando ¡oh juicios inescrutables del Altísimo! hace un esfuerzo, y levantando sus ojos al cielo, reconoce á su divino Autor y le proclama: confiesa la inmortalidad del alma, los castigos y premios eternos; y saliendo como del sepulcro, se reanima y se constituye de nuevo en nacion. Entonces la razon humana, descubierta su ignominia ante este pueblo que engañara, confundida y avergonzada de sus maldades, huye herida del comun anatema que le persigue á el abismo de donde saliera: el mismo Robespierre hace de sacerdote en la fiesta que se celebra en reconocimiento del Sér Supremo; no obstante que este monstruo habia destruido sus templos, hundido sus altares, asesinado sus sacerdotes y violado sus vírgenes: la divina Providencia lo dispuso así, para abatir á los impíos y á la impiedad: conclu-
yamos.

Queda probado en esta segunda parte, que la religion es el alma y fundamento de la organizacion y existencia de las naciones; siendo al mismo tiempo la base de la moral pública, de nuestros deberes y de todas las verdaderas relaciones civiles; y así es, que sin ella, no solo no se puede ser buen padre, ni buen hijo, ni buen esposo, ni buen amigo, ni buen amo, ni buen magistrado, ni buen ciudadano; sino que las leyes mas sábias y justas serán eludidas, y todas las acciones humanas, especialmente aquellas á que la vara de la autoridad no alcance, no tendrán otra regla á que atenerse, que á las pasiones, ó al interes personal; únicos móviles con que cuenta la filosofia ó razon humana para desorganizar y destruir los pueblos, y no para conservarlos como dice intenta y predica orgullosa: por lo tanto, el desprecio y ruina de la religion en una nacion, es presagio cierto de una disolucion próxima en el órden social. Sí, tal es la fe, la creencia y la razon del género humano sin escepcion; tales son los principios y las máximas porque se han regido y rigen todas las sociedades; tal es el espíritu de todas las constituciones conservadoras; tal es el comun sentir de todos los verdaderos filósofos y publicistas, y tal el pensamiento de todos los hombres. Y siendo esto así, ¿se podrá ver sin el mas vivo dolor y des-

consuelo la senda errada que los fementidos Solones y Licurgos modernos siguen para proporcionar, segun ellos dicen, la ventura, la paz, la organizacion y libertad de los pueblos? ¿Y no será una locura, una pretension absurda é irrealizable, una maldad inaudita, el empeño que han formado, ora sea por un efecto de su estúpida ignorancia, ora mas bien de su perversidad, de constituir la sociedad sobre las bases aéreas, quiméricas y destructoras, que una filosofia insensata, feroz é impía les sugiriera, contra lo que la razon, la esperiencia y la necesidad dictaran, desentendiéndose, ó mas bien atacando la religion, única base y origen de todo deber, de toda virtud, de toda obediencia y de todo bien? Y sus llamadas leyes ¿podrán tener jamas otra razon, sin las garantías divinas, que el interes de los partidos ó de las pasiones, ni otra sancion que la que la fuerza ó el puñal le dieran? ¿Y de leyes semejantes, se podrá esperar otra cosa, que violencias, calamidades, desórdenes, impiedades, revueltas sangrientas, la esclavitud, la anarquía y la ruina inevitable de la sociedad? ó como decia Sófo-
cles: *La confusion en las ciudades, las disensiones en la campaña, las devastaciones y pillaje en las casas, las traiciones contra los gefes y todos los desastres de que nos libran la conciencia, la obediencia, el órden,*

la disciplina y el temor de los dioses.....

En fin, para terminar esta segunda parte, debemos advertir; que las falsas religiones, aunque compuestas de delirios y fábulas, de extravagancias, de impurezas y de sacrificios bárbaros y abominables; no obstante, sostienen ó sostenían la vida de los pueblos, aunque de un modo precario y penoso; pues á pesar de sus absurdos insensatos, tienen algunos dogmas comunes con la verdadera, y es lo suficiente para darles el sér ó la vida que tuvieron ó tienen. Las creencias de todos los pueblos y naciones han conocido y confesado la existencia de un Sér Supremo, Eterno, Poderoso y Bueno; Autor del hombre y mas poderoso que él, pues que le debía la existencia y su conservacion, así como todo lo criado; que se debía amar por sus perfecciones y beneficios que prodigaba, y temer por su poderío sin límites; que como justo y santo ha de recompensar á los virtuosos y castigar á los criminales al fin de sus dias, creyendo de consiguiente la vida futura.... Estos dogmas positivos se hallan en todas las creencias, aunque mezclados con fábulas insensatas, y con un culto impuro é indigno del Criador; y si en verdad los príncipes para afirmar su autoridad, y los legisladores y políticos para apoyar sus

leyes y sus ordenanzas, se han valido de la religion, esto prueba, primero: que en todos los pueblos y países existia temida y venerada: segundo: que no ha sido inventada ni por el interes de los reyes, ni menos por la política de los legisladores, pues unos y otros se valieron de ella como cosa ya existente; y en tercer lugar, porque creían que solo su autoridad era eficaz para contener las pasiones, y la única garantía para conducir á los hombres por las sendas de los deberes con que se hallan ligados en la sociedad, que todos ellos tienden á su conservacion y bienestar, y apartarlos de los vicios que los destruyen turbando la felicidad comun; pues como decia el orador romano: *Pietate adversus Deos sublata, fides etiam et societas humanis generis, et una excellentissima virtus justitia tollatur necesse est*¹.

Últimamente, diremos con el autor de las Helviennas: ¡La Divinidad es invencion de la tiranía y de la política! ¡Que los astutos tiranos inventaron el Dios, cuya justicia les hace temblar sobre su trono! ¡Los reyes impíos forjaron un Dios Santo, y obligaron al universo unos monstruos á cantar himnos al vengador de la inocencia oprimida! ¡El ambicioso político anunció el primero, un Dios ante

¹ Lib. I de Nat. Deorum.

quien el cayado es igual á los cetros! ¿Quién fué, pues, el hombre que, para subyugar á sus semejantes, hizo descender el primero el fantasma de la Divinidad?

En vano pregunto á la historia. Esta se obstina en todas partes en mostrar un Dios y altares anteriores á tronos y á usurpadores.....



TERCERA PARTE.

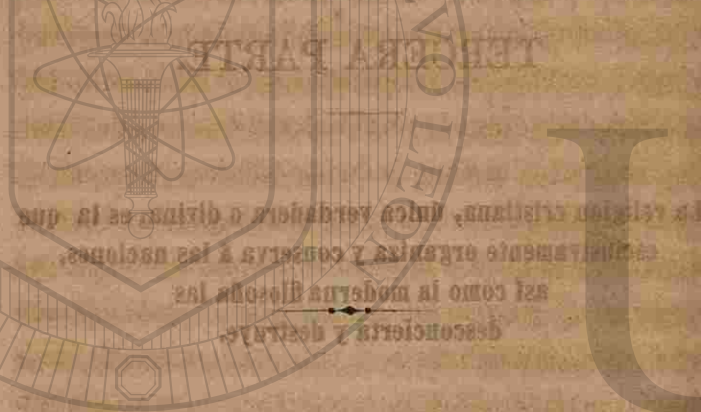
La religion cristiana, única verdadera o divina, es la que exclusivamente organiza y conserva á las naciones, así como la moderna filosofia las desconcierta y destruye.

Hemos visto que no pueden establecerse, ni existir sociedades sin religion; supliendo las falsas creencias, como decia Voltaire, en defecto de las verdaderas: y bien, si los pueblos han existido, aunque en un estado penoso, violento, agitado y enfermo, con creencias falsas, contradictorias, irracionales y degradantes, ¿cuál deberia ser su robustez, su estabilidad, su paz, su grandeza, su sabiduría y su felicidad, si en lugar de creencias marcadas con el

quien el cayado es igual á los cetros! ¿Quién fué, pues, el hombre que, para subyugar á sus semejantes, hizo descender el primero el fantasma de la Divinidad?

En vano pregunto á la historia. Esta se obstina en todas partes en mostrar un Dios y altares anteriores á tronos y á usurpadores.....

.....



TERCERA PARTE.

La religion cristiana, única verdadera o divina, es la que exclusivamente organiza y conserva á las naciones, así como la moderna filosofia las desconcierta y destruye.

Hemos visto que no pueden establecerse, ni existir sociedades sin religion; supliendo las falsas creencias, como decia Voltaire, en defecto de las verdaderas: y bien, si los pueblos han existido, aunque en un estado penoso, violento, agitado y enfermo, con creencias falsas, contradictorias, irracionales y degradantes, ¿cuál deberia ser su robustez, su estabilidad, su paz, su grandeza, su sabiduría y su felicidad, si en lugar de creencias marcadas con el

carácter del crimen, del error, del absurdo y de la inmoralidad, reinasen creencias verdaderas? ¿Creencias dignas de Dios y del hombre en cuanto enseñen y manden? ¿Creencias que instruyan á el hombre de su origen, le ilustren en su ignorancia, le contengan y repriman en sus apetitos y pasiones, y le den esperanzas y consuelos para despues de la muerte? ¿Creencias racionales en su culto, santas y puras en su moral, é inflexibles en la regla de costumbres? ¿Creencias que prescribiendo una misma conducta, unas mismas obras, y que reglando hasta los pensamientos, tiren á formar de todos los hombres una sola sociedad; sociedad virtuosa y santa, cuyos miembros estuviesen unidos con los dulces vínculos de la justicia, del amor y de la caridad? ¿No es verdad, que la creencia que estuviese dotada de estas sublimes cualidades, sería sin duda la mas social, la mas benéfica, la mas amable, la mas natural, la mas sábia y la mas generosa? ¿Y no es verdad tambien, que estas cualidades ó perfecciones no pueden encontrarse, sino en una creencia que emane de la misma divinidad?

En efecto, de solo el mismo Dios podria el hombre recibirla: y véase aquí la necesidad que siempre tuvo de la divina revelacion: esta verdad, que probaron al mundo los mas bellos dias de Roma y

de Grecia con sus dioses, sus extravíos, sus errores, su moral corrompida, sus crímenes, y con su ignorancia acerca de la divinidad, de su culto y de la verdadera moral y deberes, fué tambien conocida y confesada por sus mas sabios y célebres filósofos; y lo que es mas, la misma impiedad le ha prestado su sufragio por boca de Bayle.

“Nadie es capaz, decia Platon, de enseñar á los hombres la verdadera piedad, si Dios no lo practica. En medio de nuestras incertidumbres no tenemos otro partido que tomar sino esperar con paciencia la venida de algun númen que nos enseñe la manera cómo hemos de comportarnos con los dioses y con los hombres. El que enseñe estas cosas, es el que verdaderamente está solícito de nuestra felicidad.” “Pues venga luego, responde Alcibiades; dispuesto estoy á hacer cuanto me prescriba, y espero que me hará mejor.” Ciceron ha dicho aun mas, y Bayle reconoce y confiesa la flaqueza é insuficiencia de la razon para ilustrar y dirigir al hombre acerca de sus obligaciones; y de aquí concluye la necesidad que tiene de otra luz. “La razon, dice este célebre impío, es un principio de destruccion y no de edificacion; solo es buena para suscitar dudas; arañando de todas partes hace una disputa eterna. Para hacer

“conocer á el hombre sus tinieblas é impotencia,
“la necesidad que tiene de otra revelacion; esto
“es, de la Escritura.”

Pues bien, nuestros padres vieron el Númen deseado de Platon, á Jesucristo Dios y Hombre verdadero; y nosotros tenemos, ó hemos recibido dichosamente su revelacion, su doctrina, la Escritura, el Evangelio; que segun Montesquieu es el mas bello regalo que Dios ha hecho á los hombres; fundamento divino de la sociedad llamada Iglesia católica; sociedad que tiene prometida una eterna duracion por su celestial Fundador; y sociedad fiel depositaria é intérprete de la verdadera revelacion, de la verdadera religion: pues bien, puesto que sola esta religion, es decir, la cristiana, católica, apostólica romana, es la única verdadera, la única santa, la única divina y la única necesaria con obligacion de seguirla, y que por lo mismo en ella sola están impresos, y resplandecen todos aquellos caracteres que son propios de la divinidad, para que así se distinga de las obras de los hombres; á ella, pues, sola, toca exclusivamente dar la vida y ser á las naciones; á ella, ser la garantía mas segura de la firmeza y justicia de los gobiernos, y de la paz y felicidad de los pueblos; á ella sola el introducir la alegría en los corazones. ¡Oh religion sublime! ¡oh

fe divina! ¡oh fuerza admirable de la religion cristiana! “¡Oh Dios mio! exclamaba Montaigne, después de haber referido los errores de los filósofos y de los pueblos gentiles: ¡Oh Dios mio! ¡cuán obligados nos tiene vuestra benignidad, por haber fijado nuestra creencia contra las vanas é inciertas opiniones de los hombres, y puéstola sobre la solidez de tu palabra eterna en provecho de la humanidad!” A tí se debe, ¡religion santa! toda paz y felicidad; á tí, la verdadera libertad y gloria; á tí, la firmeza de los tronos y cuanto útil y grande hay sobre la tierra; costumbres, literatura, constituciones sábias, leyes justas, la civilizacion, la libertad, todo es obra tuya: por lo que á mí toca, yo te alabaré desde el crepúsculo de la mañana hasta el de la tarde; mientras mi alma habite este barro, contaminado por la prevaricacion de nuestro comun padre, cantaré tus alabanzas y manifestaré con ternura mi reconocimiento: sí, ¡oh Dios infinitamente bueno! mis labios llenos de gratitud, prorumpirán al despertar en himnos y cánticos de tu santa y divina ley, por los grandes beneficios que ha hecho á los hombres. *Benedicam Dominum in omne tempore; semper laus ejus in ore meo..... et misericordias Domini in aeternum cantabo.*

¿Qué otra cosa ha procurado y producido la religion del Crucificado á la sociedad que infinitos bienes? Ella sola la ordena, dando la razon de su gobierno y de las obligaciones; perfeccionando las leyes, purificando las costumbres, uniendo todos los miembros del cuerpo social con vínculos de caridad: ella repite incesantemente á sus ministros, que el espíritu de la ley evangélica es un espíritu de paciencia, de mansedumbre y de longanimidad; su ministerio, un ministerio de paz, de reconciliacion y de salud; que son discípulos escogidos de un Dios humanado que murió por sus enemigos, y herederos de aquellos hombres venerables, que sellando con su sangre las verdades de la fe, oraban á imitacion de su Maestro y Señor por sus perseguidores y verdugos: ella no predica otra cosa mas que la union, el amor, la paz, la sumision á las leyes y el respeto á la pública autoridad: ella condena la injusticia, la opresion, los abusos del poder en los gefes, y la insubordinacion, las tramas y la rebellion en los que deben obedecer: ella, en fin, pone á la cabeza de sus preceptos el amor de Dios y de nuestros hermanos, y reduce toda su moral, su doctrina y su ley, á estos dos: *Amarás á el Señor tu Dios con todo tu corazon; y á tu prójimo como á tí mismo.*

¡Oh benéfica y celestial institucion! ¡Habrá quien niegue tu importancia, tu necesidad y tu divinidad? ¡Ay! ¿quién de los hombres no se habrá enternecido alguna que otra vez, al considerar la majestad y sublimidad de tu doctrina? ¡Cuánta pureza, racionalidad y profundidad en tus preceptos! ¡Qué dulzura tan amable, y qué uncion tan penetrante en la sencillez y candor de tus máximas! ¡Cuánta perfeccion en tus consejos! La paz, el contento y la felicidad son tu fruto. ¡Oh encantadora y divina religion! ¡Dichosos cuantos viven en tu recinto! ¡Dichosos tus ministros, que son ministros de paz, de salud, de bendicion y de consuelo!

Si los reyes de la tierra ó gefes de las naciones, siquiera por su propio interes, hicieran valer todo lo que tú desees y exiges de parte de los fieles, en orden á las costumbres y á la práctica de todas las virtudes, tendrian un pueblo racional y dichoso, dulcemente unido con unas leyes divinas y unos preceptos santos, y con el vínculo de caridad, que es mas fuerte que todas las leyes humanas. ¡Dulce vínculo, que allana el camino de nuestra presente y futura felicidad! ¡Preceptos santos y leyes divinas, que haceis buenos ciudadanos, leales y seguros súbditos, ministros y jueces íntegros, padres de familia perfectos, criados fieles, sacerdotes santos,

y reyes moderados y solícitos de la paz, de la justicia y ventura de sus pueblos! Sí, ¡oh religion inefable y santa! Tu grandeza y divinidad, y la de tu autor Jesucristo, Dios humanado, así como la autenticidad y veracidad de la historia de los Evangelios, brillan y resplandecen de tal manera, que las conocen y confiesan tus mismos enemigos con los mas elocuentes y magníficos testimonios.

“ Yo confieso, ha dicho el autor del *Emilio*, que
 “ la majestad de las Escrituras me pasma; la santidad del Evangelio habla á mi corazon. Leed los
 “ libros de los filósofos con toda su pompa, y los
 “ encontraréis pequeños comparados con este. ¿Es
 “ posible que un libro tan sublime en todo y tan
 “ claro, sea obra de los hombres? ¿Es posible que
 “ el héroe de quien hace la historia, sea puro hombre? ¿Su estilo es el de un fanático, ó el de un
 “ sectario ambicioso? ¡Qué suavidad! ¡Qué pureza
 “ en sus costumbres! ¡Qué gracia tan escitante en
 “ sus instrucciones! ¡Qué elevacion en sus máximas!
 “ ¡Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡Qué
 “ majestad de espíritu! ¡Qué delicadeza, y qué justicia en sus respuestas! ¡Qué dominio sobre sus
 “ pasiones! ¿Dónde está el hombre? ¿Dónde el prudente, que sabe obrar, sufrir y morir sin cobardía y sin ostentacion? Cuando Platon pinta su

“ Justo imaginario cubierto de todo el oprobio del
 “ crimen, y digno de todos los premios de la virtud, dibuja rasgo por rasgo á Jesucristo. La semejanza es tan propia, que todos los Padres la
 “ han advertido, y no es posible engañarse. ¡Qué preocupaciones, qué ceguedad no es menester
 “ para comparar el hijo de Sofrónica con el hijo de María! ¡Qué distancia de uno á otro! Sócrates,
 “ muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo con
 “ facilidad hasta el fin el carácter de su persona; y
 “ si esta fácil muerte no hubiese honrado su vida,
 “ se dudaria si Sócrates con todo su entendimiento habia sido un sofista. Se dice que inventó
 “ la moral: otros la habian practicado mucho antes; no hizo otra cosa que decir lo que ellos habian hecho, ni mas que poner en lecciones sus
 “ ejemplos. Arístides habia sido justo antes que
 “ Sócrates dijese qué era justicia: Leónidas habia
 “ sido muerto por su pais, antes que Sócrates hubiese hecho el amor á la patria una obligacion:
 “ Esparta era sobria, antes que Sócrates hubiese
 “ alabado la sobriedad; y antes que hubiese definido la virtud, abundaba en hombres virtuosos la
 “ Grecia. ¡Pero Jesus, dónde habia tomado entre
 “ los suyos esta moral sublime y pura, de la que
 “ él solo fué el maestro y el ejemplo? Del seno del

"mas furioso fanatismo se escuchó la mas alta sa-
 "biduría, y la nobleza de las mas heroicas virtu-
 "des, honró al mas vil de todos los pueblos. La
 "muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente
 "con sus amigos, fué la mas dulce que puede de-
 "searse, la de Jesus, espirando en los tormentos,
 "injurado, burlado, maldecido de todo un pueblo,
 "es la mas horrible que se puede temer. Sócrates,
 "tomando el vaso lleno de veneno, bendice al que
 "con lágrimas se lo presenta: Jesus en medio de
 "un suplicio espantoso, ora por sus verdugos crue-
 "les. A la verdad, si la vida y la muerte de Só-
 "crates son de un sabio, la vida y la muerte de
 "Jesus son de un Dios. ¿Diremos que la historia
 "del Evangelio es inventada por el gusto? A fe que
 "no es esta obra de la invencion; y los hechos de
 "Sócrates, de quien nadie duda, están menos tes-
 "tificados que los de Jesucristo; esto es, en el fon-
 "do huir la dificultad sin destruirla; es mucho mas
 "difícil de entender, que muchos hombres de acuer-
 "do hubiesen formado este libro, que el que uno
 "solo hubiera dado la materia para su composi-
 "cion. Nunca los autores judíos hubieran encon-
 "trado este estilo ni esta moral. Y el Evangelio
 "tiene unos tan grandes caracteres de la verdad,
 "tan en el todo inimitables, tan admirables, que

"el inventor de él seria mas digno de admiracion
 "que su héroe...."

Nada es mas glorioso á Jesucristo, á su Evange-
 lio y á la religion cristiana, que esta elocuente con-
 fesion salida de la boca de tan famoso impío. Otro
 no menos famoso, Bolingbroke, ha dicho: que "ja-
 "mas se ha visto en el mundo religion que mas di-
 "rectamente haya procurado la paz y la felicidad
 "de la humanidad, que la religion cristiana, tal
 "cual la enseñaron Jesucristo y sus discípulos." Y
 Montesquieu, arrebatado de su verdad y grandeza,
 fundado en una esperiencia que jamas ha sido des-
 mentida, no ha podido menos que confesar tam-
 bien: que "la religion cristiana, que al parecer no
 "tiene otro objeto que la felicidad de la vida veni-
 "dera, hace tambien la de ésta: siendo siempre el
 "mas seguro garante que se puede tener de las
 "costumbres de los hombres, y que sus enemigos
 "serán siempre otros tantos Erostratos: y así, de-
 "fender la religion cristiana, no es otra cosa,
 "que defender nuestras presentes y últimas espe-
 "ranzas."

Ello es, que la religion cristiana, como ha dicho
 Bonald, dando libertad á los cuerpos con la aboli-
 cion de la esclavitud y de cuanto traia ésta tras sí
 de crueldad y vileza, y por medio de la proteccion

dispensadas á todas las flaquezas de la humanidad, libertó tambien las almas del error y de la ignorancia con los conocimientos morales que derramó por todas partes, y hasta por las últimas clases de la sociedad. Ella sola evangelizó á los pobres, anunciándoles la buena nueva de su libertad civil (tal fué la primera prueba que su divino Fundador dió de su mision); y ella inició al niño en las mas sublimes verdades de la moral y de la filosofia. No solamente el cristianismo ha sacado á los pueblos del yugo de la esclavitud, pero tambien libró, si así se puede decir, á los gobiernos mismos del yugo de su propio despotismo, comunmente, como Montesquieu lo observa, mas pesado á los gobiernos que á los pueblos mismos. Y al mismo tiempo que prohibió al súbdito ser esclavo, libertó á los soberanos de la triste necesidad de ser tiranos: y los reyes, instrumentos hasta entonces de servidumbre, como los llama Tácito, han podido ser, y en efecto han sido, los poderosos medios con que han alcanzado su libertad las naciones.

Así, pues, si por una parte la religion cristiana ha multiplicado para los gobiernos los cuidados de la administracion, derramando mas luces y haciendo miembros del Estado á todos los que eran solo de la familia; por otra, ha hecho mas fácil y suave

la accion de los gobiernos, inspirando á los hombres principios de obediencia á los que gobiernan, y principalmente sentimientos de amor y fidelidad, desconocidos de los antiguos pueblos. El poder se hizo una *paternidad*, el ministerio un *servicio*, y el estado de súbdito una dependencia *filial*; y los súbditos se reputaron como hijos menores, servidos en la casa por todo el mundo, y á los cuales se dirigen, así la vigilancia de los padres como los cuidados de los que sirven. Esta mudanza en el estado de las naciones, se ha extendido tambien á las relaciones de paz y buena vecindad entre los pueblos, y hasta el estado de guerra: y este derecho público moderno es, segun Montesquieu, un beneficio de la religion cristiana, que la humana naturaleza no podrá harto agradecer.

Debemos, pues, gobernantes y gobernados, todo al cristianismo, lo que produce la seguridad de los unos y la justa libertad de los otros. Sobre todo, le debemos esta confianza recíproca, y esta indulgencia mutua que hace que los gobiernos puedan, sin peligro cuanto á su existencia, perdonar á los pueblos las faltas de la ignorancia y de la ligereza; y los pueblos, sin riesgo de su libertad, perdonar á los gobiernos los errores inevitables é involuntarios de la administracion; y desde entonces tan fácil fué

governar por medio de la religion, como difícil é imposible sin ella. Vuelvo á decir: todo lo debemos á la religion; fuerza, virtud, razon, luces; y cuando preferimos á ella una filosofia, que por la licencia de sus opiniones y la blandura de sus máximas, incitando los hombres á la rebellion, no puede dejar de forzar á los gobiernos al despotismo, somos insensatos é ingratos, y abandonamos una esposa que hizo nuestra fortuna, por seguir una cortesana que nos arruina. Y ¿no es cierto que vimos la tiranía mas monstruosa, y la mas vergonzosa esclavitud, volver á aparecer al cabo de tantos siglos, en el pueblo mas vigoroso de Europa, el mas ilustrado, y aun el mas libre, al momento en que la religion cristiana fué desterrada del estado público de esta sociedad, ó que no fué permitida sino con las precauciones del odio y bajo la proteccion del desprecio?.... Y si ningun otro hombre, sino su divino Fundador, fué dado á los hombres para ser salvos, ninguna otra doctrina, sino la suya, fué dada á la sociedad para ser buena y vigorosa.

Y en efecto, el perfecto cristianismo, como ha confesado Rousseau, es la institucion social universal; nada tiene de exclusivo ni local, ni nada de mas propio á un pais que á otro: por esta religion santa, sublime y verdadera, los hombres hijos de Dios

se miran como hermanos, y la sociedad que los une no se disuelve ni aun con la muerte. Y bien, ¿y una religion que hace que los hombres se miren y sirvan como hermanos hasta mas allá del sepulcro, dejará de causar y producir la dicha y bienestar de todos y cada uno de los hombres?

“ Sin el cristianismo, dice un sabio magistrado
 “ español, es imposible regir á la Europa en el dia
 “ de hoy, y ningun gobierno, como quiera que fuese,
 “ se, subsistiria; pues con las máximas que inspira
 “ la filosofia, con los consejos que ella da, con los
 “ ánimos que ella corrompe, con los goces á que
 “ ella incita y mueve, con los vínculos que ella relaja,
 “ ¿quién gobierna y dirige? ¿quién obedece y
 “ ejecuta?.... ¿quién contiene al gran número y
 “ le conduce á su deber? Y así es como en estos
 “ dias se gobierna á la muchedumbre, no puede explicarse
 “ sin el poder é influjo del cristianismo sobre los
 “ ánimos. No hay sociedad europea que no subsista por
 “ la fuerza moral de la religion cristiana. Ella obra en
 “ las iglesias espurias, que se han apartado del centro
 “ de la unidad, y tambien en la secta mahometana que
 “ conserva algunos dogmas capitales, bastando para influir
 “ en la direccion de la muchedumbre. En las buenas creencias
 “ está la gran fuerza del gobierno, y cada pa-

"so que da un pueblo hácia el catolicismo, que es
 "la religion pura y legítima de Jesucristo, le da
 "hácia el orden civil, hácia su felicidad. Y si so-
 "fistas irreligiosos, si poderosos desmoralizados go-
 "zan, disfrutan y dirigen negocios públicos, den
 "gracias á que son cristianas las sociedades euro-
 "peas. Con la razon en la boca y la ley en la ma-
 "no, ni siquiera serian seres políticos una hora: tu-
 "multos espantosos y revoluciones sangrientas ve-
 "riamos mas frecuentes que las de los esclavos en
 "los gobiernos antiguos...."

Sin embargo que la religion cristiana con los de-
 beres que prescribe, con las luces que derrama y
 con los nobles y santos sentimientos que inspira,
 procura un bien universal y particular á todas las
 gentes, haciendo á los hombres industriosos, justos,
 benéficos, pacíficos y obedientes á la autoridad; y
 que en todas partes donde se oyó su divina voz y
 se dejó sentir su accion conservadora, así en los he-
 lados paises del Norte, como en los ardorosos del
 Mediodía, introdujo la cultura, la moral y las cien-
 cias; destruyendo la barbarie y haciendo que la ver-
 dadera sabiduría ocupase su puesto; y en fin, que
 el mundo civilizado no olvidará jamas que á solo
 ella se debe el progreso de las artes y ciencias, las
 virtudes puras, las leyes justas, los gobiernos tem-

plados, la dulzura de una libertad racional, la ma-
 jestad del derecho de gentes, y la paz y la felicidad;
 ó, como decia Beausobre, que se le debe un gobier-
 no más justo, más libre y más ilustrado; y ademas
 la virtud de observar las leyes de la humanidad en
 medio de las guerras mas crueles: con todo, los hé-
 roes de una filosofia habladora, sacrílega, regicida,
 antisocial y atea, trabajan en vano para presentar-
 la como contraria á la razon, poniendo á su cargo
 los absurdos, escándalos y dogmas insensatos de los
 herejes, y todo aquello que el hombre ignorante y
 malvado le ha mezclado; y opuesta á la libertad,
 prosperidad y dicha de los pueblos; imputándole los
 males, crímenes y abusos que solo ellos produjeran,
 y que ella los llora, lamenta y condena: mas ¡ay!
 jamas será responsable la religion cristiana de lo
 que los impíos, ó algunos de sus rebeldes hijos han
 enseñado, ó quieren hacer ó hacen; sino de lo que
 ella dicte, enseñe ó mande, por medio de su Supre-
 mo gefe y pastor, el romano pontífice vicegerente
 de Dios sobre la tierra: empero sus dogmas santos,
 su moral pura, sus ejemplos admirables, el culto
 santo y racional que prescribe, condenando toda
 práctica insensata y execrable y toda moral falsa y
 perniciosa, el mandar la práctica de todas las vir-
 tudes, pues no hay ninguna que no sea útil al cuer-

po social, y prohibir todos los vicios con sus promesas y castigos eternos; y el tener templos y ministros con bienes temporales que hay necesidad de ocupar ¹: véanse aquí los objetos que mueven á los impíos para odiarla, perseguirla, desfigurarla y calumniarla: si, por el contrario, ella prescribiese el culto que la antigua gentilidad daba á sus fabulosos dioses, y con especialidad á la obscena y disoluta Vénus, á Júpiter adúltero, á Juno incestuosa y vana, á Mercurio *ladron*, á Marte sanguinario é impío, y á Saturno feroz y voraz, que se comia sus propios hijos, si sus ministros, monstraos tan horribles á sus ojos, tuvieran la mision de predicar á los pueblos la moral de Epicuro ó de Jansenio, la política de Maquiavelo, los derechos del feroz Hobbes, la filosofía de Espinosa y la soberanía de la razon de Lutero y de Rousseau; ¡ah! entonces serian tenidos por ellos por hombres divinos, por unos prodigios de sabiduría, de caridad ó filantropía, naci-

1 "Es cosa bien estraña, dice un célebre escritor protestante, el ver cómo denigran y calumnian la religion católica aquellos que viven y se gozan de los bienes de que fuera despojada; es por cierto gracioso y chusco el motivo que los mueve, y es por cierto razon de mucho peso el injuriarla y calumniarla porque se ha despojado: ¡cuánto trastorna la cabeza la golosina de los bienes de la Iglesia!"

dos para ser la dicha y consuelo del género humano, y todos los horrores y blasfemias vomitadas contra ellos y contra la religion del Crucificado serian trasformados en tiernos y elocuentes panegíricos! ¡Oh infernal filosofía!

Si los filósofos quisieran alguna vez de buena fe saber si la religion cristiana es útil ó perjudicial á los pueblos, tienen, dice Mr. Bergier, una prueba visible y decisiva; á saber, consultar la esperiencia y los hechos: sí, los hechos, contra los cuales es insensato, segun Bayle, discurrir. Si un hombre se juzga bueno ó malo por sus acciones, un árbol por sus frutos, una causa por sus efectos, y una ley ó institucion por sus consecuencias ó resultados; juzguen á la religion por esta misma regla: ella nada teme, su victoria es segura, así como la confusion de sus enemigos. ¡Filósofos! echad una mirada sobre el género humano: comparad y decidid: mas en el entretanto, escuchad: "Los que tienen la doctrina de Jesucristo por contraria á el gobierno del Estado, dice S. Agustin, denme un ejército cuyos soldados sean tales cuales el Evangelio quiere sean: denme tales casados, tales padres, tales hijos, tales reyes, tales jueces, y finalmente, hombres que paguen los tributos á su príncipe con tanta exactitud como previene la doctrina cris-

"tiana; y despues de haber observado el modo de
"obrar de todos ellos, quiero yo ver cómo se atre-
"ven á decir que la doctrina de Jesucristo es con-
"traria á el Estado."

En efecto, ella no se contenta con exhortar simplemente á los reyes, orar á los pueblos, suplicar á los poderosos, á los grandes, á los pequeños, á los sabios y á los ignorantes, á los ricos y á los pobres, á los padres y á los hijos, á los amos y á los criados al cumplimiento de todos sus deberes: si su oficio ó mision fuere este tan solo, presentando las razones que hay para hacer lo justo y huir lo injusto; ¡oh! si no tuviese mas autoridad sobre los hombres; concluido está contra ella, como contra la imbécil filosofia, que no obliga con otras armas que con la aparente belleza de sus preceptos: pero no, no; la religion cristiana no se contenta con decir débilmente: dad al necesitado, al mendigo, á la afligida viuda, hospedad al peregrino, vestid al desnudo, sed perfectos; sino que despues, con una voz fuerte y amenazadora sanciona sus leyes y mandatos, añadiendo: si esto no lo cumplieréis, seréis para siempre condenados al infierno; sí, los que los observen fielmente irán llenos de consuelos alegres á la vida eterna, y los que no, irán tristes y desesperados al suplicio eterno.

"Nosotros somos, decia S. Justino, apologistas
"de la religion cristiana, dirigiendo sus palabras
"al emperador Antonino Pio; nosotros somos en-
"tre todos vuestros vasallos, los que ayudamos
"mas á mantener la tranquilidad pública, ense-
"ñando á los hombres, que ninguno puede escon-
"derse á los ojos de Dios, que sea malo ó que sea
"virtuoso; y que todos irán despues de su muerte
"á recibir los premios ó los castigos eternos segun
"el mérito de sus obras. Si esta verdad estuviera
"grabada profundamente en el corazon de todos
"los hombres, ninguno escogeria el camino del vi-
"cio por este corto espacio de vida, por no verse
"despues condenado á un fuego eterno; sino que
"al contrario, el deseo de alcanzar los bienes que
"Dios promete, y de escapar de los castigos con
"que los amenaza, los moveria á todos á reprimir
"sus pasiones y á enriquecer su alma con todas la
"virtudes. Los malos, que quebrantan ¡oh empe-
"rador! vuestras leyes, no buscan las tinieblas pa-
"ra ocultarse por temor ó respeto á ellas; sino que
"obran el mal, porque saben que es cosa fácil el
"hacerlo sin que vos lo sepais; esperan conseguir-
"lo efectivamente. Pero si hubieran aprendido que
"Dios ve todas nuestras acciones y todos nuestros
"pensamientos, y que nada puede esconderse á sus

“ojos, y estuvieran firmemente persuadidos de esto, ellos se aplicarían á la práctica de la virtud, á lo menos por el temor que les infundiría la consideración de los castigos que están preparados para los malos. Esto es demasiado evidente para que vos no convengáis en ello. Pero qué, ¿no podríamos señalar con el dedo á muchos que eran antes, de unas costumbres violentas y furiosas, y después que se juntaron á nuestra religión, se han reducido, mudado y vestido de humanidad; unos sirven con moderación á sus prójimos; otros con una singular paciencia los soportan y acompañan en los caminos; y otros, en fin, responden con una fidelidad incorrupta á los negocios que se les encargan?”

Son tan maravillosos, tan conocidos é indisputables los beneficios que la religión católica produce y ha producido á los pueblos, que Montesquieu convencido de su verdad, no ha podido menos que sostener, que los principios del cristianismo grabados profundamente en el corazón, serían infinitamente mas fuertes para cumplir los deberes de ciudadano, que los falsos honores de las monarquías, las virtudes humanas de las repúblicas, y el honor servil de los Estados despóticos: pues su espíritu, dice, tiende á reprimir todas las pasiones, y á ins-

pirar en los hombres la dulzura, la paz, el amor recíproco; todas las virtudes. Y en verdad que las virtudes que inspira, que son todas, no han florecido en un solo país; entre los caldeos, en los parthos, en la Media, en Egipto, en Grecia, en Italia, en España, en Francia, en América, en la China, en toda la redondez de la tierra ha domado aquellos vicios mas dominantes, y refrenado las inclinaciones mas fuertes de cada gente.

Sí, un pueblo en el que todos obrasen con arreglo al espíritu del Evangelio, es decir, en el que su moral sea la regla del orden público, la regla de la política y senda comun de todos, parecería un pueblo cuyos ciudadanos estuviesen libres de las ras- tras del pecado de Adam: sí, un pueblo de hombres santos, semejantes al primero, tal cual salió de las manos del Criador. Y en efecto, ya hijos de Jesucristo, no pueden parecer hijos del hombre degradado y corrompido: la gracia de Dios salvador, los pone á cubierto de la justa maldición con que fué herida la humana generación; y su resignación en las penalidades y zozobras de la vida, la santidad y pureza de sus costumbres, su fe viva, la paz que disfrutan, los hace felices, y que aparezcan á los ojos de los hombres no haber perdido su original inocencia.

Un verdadero cristiano es una prueba nada equívoca de la verdad de la religion cristiana; así lo ha confesado Rousseau por estas palabras: "¡Qué argumento mas poderoso contra el incrédulo, que la vida de un cristiano! ¿Habrá quién le resista? ¡Qué cuadro para su corazon, cuando sus amigos, sus hijos y su esposa concurren todos á instruirle edificándole! ¿Cuando sin predicarle á Dios en sus discursos se lo muestran en las acciones que les inspira, en las virtudes de que es Autor, y en el encanto que hay en agradarle! ¿Cuando ve brillar en su casa la imagen del paraíso! ¡y cuando una vez cada dia se verá obligado á decirse: no, el hombre no es así por sí mismo, aquí hay alguna cosa sobrehumana."

¡Oh encanto delicioso de la virtud cristiana! Do quiera te hallas, está todo lo que importa y deleita; está toda riqueza, todo descanso, todo consuelo, todo bien y toda felicidad. ¡Oh Dios Eterno y Santo! ¿qué poder el de tu divina palabra? A ella sola toca formar hombres amables, generosos, compasivos, leales, ciudadanos perfectos; sola ella bien meditada y practicada, puede producir la paz de los Estados, inspirando, mandando y manteniendo entre los súbditos y sus gefes aquel orden y armonía que hace la felicidad de todos: no tiene otra mira,

este solo es el blanco de la moral cristiana. Es, pues, por lo tanto, una calumnia inaudita, una locura risible y despreciable, una blasfemia, cuando los impíos se propasan á decir, que la religion cristiana, ni es útil á los pueblos, ni puede formar buenos y pacíficos ciudadanos¹.

La tierra seria una morada de paz, de contento y felicidad, si todos sus habitantes se conformaran á las máximas y consejos del Evangelio; los súbditos podrian dormir seguros y sin recelo, cada uno bajo su parra ó bajo su higuera, siendo guarda los unos de los otros; por la prosperidad de cada uno se reiria la alegría en los labios de todos; y todos se mostrarian sensibles á las desgracias de uno solo; rodearian al príncipe, como los hijos cercan á un cariñoso padre, ó como á una frondosa oliva cercan los tiernos renuevos; todos gozarian y respirarian una verdadera libertad, y habria la justa igualdad que puede haber entre los hombres. Para ser libres, es necesario, decian Ciceron y Séneca, estar sujetos á las leyes: y bien, ¿podrán encontrarse hombres mas sumisos á las leyes y á la autoridad que

¹ "Los impíos, dice Bayle, son los mas interesados en que la ciudad esté llena de hombres de bien y temerosos de Dios; para vivir ellos asegurados contra todo mal engaño, y de su parte poder dañar y engañar á todos con seguridad."

los verdaderos cristianos? Ellos no solo obedecen al poder por temor y por conciencia, sino que le aman porque viene de Dios y le representa en la sociedad; hallándose obligados á someterse á la autoridad como á la voluntad del mismo Dios; porque el que resiste á la autoridad, resiste al mandato de Dios: no importando nada al cristiano el ser mandado por una ó muchas autoridades: reyes, dictadores, cónsules, decenviros, senadores, diputados, emperadores, todos estos nombres al parecer distintos, designan solamente los ministros de la ley, ó vicegerentes de Dios sobre la tierra, para ser los guardianes de la sociedad. El mismo pueblo de Dios, el judío, se gobernó en diferentes formas; ya por un padre solo, ya por un juez y profeta, ya por un senado, ya por un caudillo solo; y en todas estas formas siempre fué grato á Dios; de aquí es:

"Que ninguna clase de gobierno temporal hay,

"dice Mr. Proyart, que no sea agradable al Supremo Poder, del que emanan todos los imperios del mundo, con tal que, por una parte esta forma escluya todo lo que seria contrario á el Orden eterno, y por otra pueda proteger los verdaderos intereses del hombre en sociedad: todo depositario del poder temporal, desde el punto y hora que legítimamente toma posesion de la magistratura, re-

"eibe por el hecho la institucion del Criador; desde entonces es su representante y su órgano sustituido á todos sus derechos divinos en el orden temporal; su ministerio es sagrado y su persona inviolable." Por lo mismo, en tanto que los verdaderos y juiciosos políticos, y la gran turba que no lo son, disputan acerca de las monarquías, aristocracias, repúblicas y de todos los demas gobiernos, los unos fundados en la conveniencia, utilidad y felicidad de los pueblos; y los otros fundados en fines particulares, y apoyados en las razones poderosas y convincentes del puñal y de la horca, los cristianos verdaderos, teniendo presente que la religion cristiana ó las máximas del Evangelio, son aplicables, útiles y amigas de toda clase de gobierno legítimamente establecido, procuran, en todas ellas, oyendo la voz de Jesucristo, ser no solo obedientes y fieles á las potestades sublimes, sino lo que es mas, rogar á Dios por la paz y felicidad de los gobiernos y sus gefes, aunque sean estos tiranos como Nabucodonosor, ó impíos como Juliano....

Y así que, examínese si se quiere, la conducta de los primeros cristianos, y se hallará que estos respetaban á los príncipes como á imágenes de la Divinidad, depositarios de las leyes y pastores de los

pueblos; y mientras el imperio estaba entregado á la discordia, y la audacia de los ambiciosos ponía y deponía á los emperadores, solamente los cristianos reconocían á los tiranos por sus señores, y amaban más ser perseguidos que *rebeldes*. Por lo mismo decía Tertuliano en su oración apologética, que mientras mas súbditos del imperio se hacían cristianos, otros tantos amigos ganaba el Estado, de quienes nada tenía que recelar, por la pureza de sus costumbres y por su fidelidad. Para probar sus virtudes se expresaba en estos términos: "¡Oh jueces que presidís en los tribunales, los que visitáis las cárceles cada día para juzgar los reos!... Alegamos por testigos los mismos procesos, el mismo decreto de la condenación donde se refieren los títulos de los crímenes de los condenados, en que se dice: muera éste por matador, aquel por ladrón, éste por sacrilego ó violador de doncellas... Mírense, pues, estos registros y procesos, y véase, si se halla allí sentencia contra algún cristiano acusado ó condenado por alguno de estos delitos. Decid, si cuando os presentaron algún cristiano preso, os lo entregaron con apellidos de adúltero ó ladrón, ó si en el examen le habeis hallado delitos de los que cometen los delincuentes gentiles, sino solamente el nombre de su pro-

"fesión que entre vosotros es crimen. De los vuestros las cárceles hierven: vuestros son los que suspiran en las minas: de vosotros se engordan las bestias: los que hacen trato, ó tienen por su granjeza, valientes esgrimidores para las fiestas de las fieras, alimentan rebaños de malhechores gentiles. Allí no se halla cristiano alguno, sino porque lo es; que si entró por otro crimen, no entró cristiano, que lo deja de ser cuando comete delitos."

Y en prueba de su fidelidad alegaba, que jamás se habían mezclado en las parcialidades de Alvino, ni de Niger, ni de Casio, ni en las guerras esternas que hacían los bárbaros, no obstante hallarse tan ofendidos y perseguidos por los emperadores; á los que les decía, para hacerles ver, que su fidelidad y moderación no era efecto de flaqueza ó falta de valor: "Si en lugar de emplear en secreto los medios con que pudiéramos vengarnos, quisiéramos declararos abiertamente enemigos vuestros, somos número bastante grande, y logramos fuerzas sobradas para poderlo ejecutar. ¿Juzgais que los moros marcomanos y parthos ú otra nación poderosa, que no ocupe mas que una porción de la tierra, es mas numerosa que los cristianos que están repartidos por todas las partes del mundo?

"Ayer nacimos, y ya llenamos la vasta estension
 "de vuestro imperio: vuestras ciudades, vuestras
 "islas, vuestros castillos, vuestras villas municipa-
 "les, vuestras juntas y aun vuestros ejércitos, tri-
 "bus, decurionatos, el palacio, el senado; solamen-
 "te los templos os dejamos. ¿Qué guerra no seria-
 "mos capaces de emprender y mantener, aunque
 "fuésemos inferiores en el número, cuando sufri-
 "mos con tanto esfuerzo que nos asesinen, si nues-
 "tra religion no nos enseñara á sacrificar la vida,
 "antes que quitarla al prójimo? Pudiéramos muy
 "bien vencerlos, aun sin tomar las armas ni suble-
 "varnos, con solo apartarnos de vosotros. Porque
 "si un número de hombres igual al nuestro, os de-
 "jara para retirarse á cualquiera rincon del mun-
 "do, la pérdida de tantos ciudadanos de todas cla-
 "ses, causaria una horrorosa fatalidad al Estado, y
 "su retirada sola seria para vosotros un atroz cas-
 "tigo. Atemorizados quedaríais al ver tan grande
 "soledad, y contemplar el silencio de vuestros ne-
 "gocios. Os pareceria que se habia acabado el mun-
 "do: andariais buscando vasallos á quienes man-
 "dar, y encontraríais mas enemigos que ciudada-
 "nos, porque la muchedumbre de cristianos es cau-
 "sa de que tengais menos enemigos."

Ello es que los soldados cristianos fueron siem-

pre los mas fieles á los emperadores: eran persegui-
 dos, atormentados, cual nunca se habia visto, ni
 habia ejemplo en el mundo, declaraban su iroccen-
 cia, gemian, suplicaban, sufrían, bendecían, morían,
 pero jamas se rebelaban. "Emperador infiel fué Ju-
 "liano, decia S. Agustin, fué apóstata, idólatra, in-
 "justísimo; empero no obstante su infidelidad, los
 "soldados cristianos le obedecieron. Cuando aquel
 "trataba de la fe de Jesucristo, no reconocían ellos
 "otro Dios que el que habita en el cielo. Si que-
 "ria que adorasen los ídolos y que les ofrecieran
 "un incienso sacrílego, preferían la ley de Dios á
 "los decretos del César; pero si les decia: marchad,
 "combatid contra tal nacion; obedecían al instan-
 "te, dando á entender con tan sábia y recta con-
 "ducta, que sabían hacer una gran diferencia en-
 "tre el Rey eterno y el temporal, y que se sujeta-
 "ban á el último para obedecer al primero."

La unidad fué siempre la regla del cristiano; co-
 mo en lo religioso, tambien en lo político; y solo
 dejaban de obedecer en aquellos casos en que el
 príncipe ó sus ministros les mandaban desobedecer
 á Dios; es decir, en los que daban decretos contra
 la ley de Dios, contra la religion de Jesucristo que
 perseguían, y contra su santa Iglesia cuya estincion
 procuraban. Entonces, bien instruidos estos héroes

cristianos del ejemplo y la doctrina de los apóstoles, para estos casos, respondían con firmeza á todas las autoridades de la tierra, que era preciso obedecer á Dios antes que á los hombres: *Obedire oportet Deo magis quam hominibus* *Disciplina nostra est occidi, non occidere*. Y entregando alegres y libremente su cabeza al cuchillo, nos han dejado tantos y tantos millones de ejemplos heroicos de obediencia y de fidelidad á la autoridad de aquel primer soberano de quien descienden todas las autoridades. "¡Oh emperador! decían los que componían la legion tebana con S. Mauricio su capitán: "vuestros soldados somos, pero juntamente somos "siervos de Dios; á vos debemos el servicio militar, pero á Dios debemos nuestra inocencia: pronto estamos á obedeceros como hicimos siempre "que no nos obligasteis á ofenderlo. ¿Podeis esperar que seamos capaces de guardaros fe, si mentamos la de Dios? Nuestro primer juramento fué "dado á Jesucristo, y el segundo á vos. ¿Creeréis "en el segundo, despues que violemos el primero? . . . Emplead, pues, los tormentos, el hierro "y el fuego; estamos dispuestos á sufrirlo todo, pero no á dejar de ser cristianos: queremos mas sufrir la muerte, que darla; y salir de este mundo "inocentes, que no quedar en él criminales."

Tal es el candoroso é intrépido lenguaje que inspira la religion cristiana; tales son los generosos y nobles sentimientos de los héroes que forma; ¿y semejantes ciudadanos, filósofos, dejarán de componer una república ó pueblo pacífico, floreciente y feliz en lo interior, y poderoso en lo exterior? ¿Qué no puede esperarse de unos hombres que á mas de tener unas costumbres puras y santas, y una caridad eficaz y generosa, temen y honran á la divinidad como se merece, aman á sus semejantes como á sí mismos, y cumplen por un principio de conciencia con todas las obligaciones para con la patria, obedeciendo siempre á la autoridad con amor y con respeto? ¿Qué de unos hombres que sus votos mas fervorosos son: "El pedir con los ojos y manos "levantados al cielo, al Dios eterno, al Dios vivo "y verdadero, por la conservacion y salud de los "emperadores; porque su reinado sea tranquilo, "por la seguridad en su palacio, por el valor de "sus ejércitos, por la fidelidad de su senado, por "la buena fe y honradez de su pueblo, por la paz "de su imperio, porque presida la sabiduría en sus "consejos y la justicia en los tribunales; y, en una "palabra, por cuanto un hombre y un emperador "pueden desear? . . ."

Confesad, pues, y conoced, enemigos del cristia-

nismo, que cuanto mas fuerza tengan las ideas cristianas en un pais, será tanto mas feliz, sabio, libre y pacífico: y que por lo mismo, es de la mayor importancia para los reyes y poderosos de la tierra, para los grandes y los pequeños, para los pobres y los ricos, para las viudas, doncellas y los huérfanos, para todos, todos, es de la mayor importancia, no tanto por los intereses eternos, sino tambien por los temporales, el que se estienda, vele y defienda la moral, el culto y disciplina de la religion cristiana; porque ella es y será siempre, repitiendo las palabras de Montesquieu, el mas seguro garante que se puede tener de las costumbres de los hombres, y sus enemigos serán siempre otros tantos Erostratos; y así, defender la religion cristiana, no es otra cosa, que defender nuestras presentes y últimas esperanzas.

Si las máximas, si las obligaciones que la religion cristiana impone, parecen á algunos rigorosas y pesadas, es porque aterran las pasiones y no quieren practicar lo que mandan; es porque no conocen ni sienten la unción que las dulcifica; es porque nunca gustaron sus consuelos ni el atractivo amable de la virtud cristiana: *Animalis homo non percipit ea, quæ sunt spiritu Dei, stultitia es illi, et non potest intelligere.* "Cuanto mas cargados van los

" justos, dice el V. P. Granada, y mas se ejercitan
 " en la guarda de tus mandamientos, entonces an-
 " dan mas ligeros y descansados. Sí, Dios mio, tu
 " ley es suave y ligera; y tan lejos está de ser pe-
 " sada, que ayuda á andar al que la lleva y lo li-
 " bra de toda pesadumbre. ¡Oh yugo del santo
 " amor! ¡con cuánta suavidad atas, cuán benigna y
 " dulcemente cargas, y cuán blandamente llagas!
 " Muy pesado fuera el yugo de tu ley, si no le ata-
 " ra á nuestros cuellos tu amor; este amor es el
 " que hace de mala vida buena vida; y de vida tra-
 " bajosa vida descansada: por lo cual, cuando di-
 " ces que tu yugo es suave, entiéndese para los
 " que te aman; y cuando dices, que el camino del
 " cielo es estrecho y trabajoso, se ha de entender,
 " que es tal, para los que no te aman. Todo es fá-
 " cil y suave para el que ama, y todo es penoso y
 " trabajoso al que no ama. ¡Oh Señor, y cuán hon-
 " rados y dichosos son tus amigos! ¡cuán seguros y
 " alegres andan los que te aman, y cuán consola-
 " dos y contentos los que en la inocencia y santi-
 " dad de su vida te sirven....!" Estas respetables
 palabras justifican las que dirigia á Dios un vir-
 tuoso solitario, cuando le decia: "¡Ah Señor! vos
 " me habeis engañado; yo sí, me prometí servirlos;
 " pero temia tener que llevar cruces y mortifica-

" ciones en vuestro servicio; una unción celestial
 " lo allana y dulcifica todo: todo es alegría y con-
 " suelo: ¡Ah Señor! ¡vos me habeis engañado!"

¡Hay placer, hombres carnales, que pueda igualarse con los que acompañan á la inocencia? ¡Ah! ¡cuánto vale el estar contento consigo mismo, disfrutando la justicia, paz y alegría que se goza en el Espíritu Santo! ¡Ay! ¡cuál se espresa y resplandece en el semblante de aquel que no tiene delitos la inocencia de su corazón y la alegría de su alma! El cristiano virtuoso por abatido que se halle, ora en las persecuciones que sufra, ora en las enfermedades que padezca, ora, en fin, en la pobreza, se acuerda en el secreto de su corazón de que ama á Dios y que le es fiel, y al momento se deleita: *Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum.* Por lo tanto, las violencias, las injurias y las calamidades, como dice Séneca, no hacen otro daño en su pacífico corazón, que el que una ligera nube hace á la luz del sol: *Adversus virtutem hoc possunt calamitates et damna, et injuriæ, quod adversus solem nebula.* ¡Ay! la grandeza de alma de un cristiano nunca es abatida por los reveses de la fortuna; porque como nunca contó que dependiese de sus favores su dicha, no le alteran sus reveses; está firme como un peñasco á la orilla del mar; las olas le ba-

ten pero no le mueven: y así que, vive sereno en medio de las contradicciones del mundo, sin desvanecerse contento en la prosperidad, ni menos confundirse triste en la desgracia; siempre igual, alegre siempre, y superior á las alteraciones é inconstancias de la vida, dice á todo como Job: *Sit nomem Domini Benedictum*: nada, pues, puede turbar su reposo, puesto que está asegurado de la inocencia de su vida, y que su conciencia nada le reprende, antes bien le predica inocente, diciendo con el Apóstol: *Nan gloria nostra hæc est testimonium conscientie nostræ omnia possum in eo, qui me confortat.*

Y así que, guarecido con este celestial escudo, en todo tiempo y lugar está también dispuesto á confesar ó decir con el mismo Apóstol: *Non erubesco Evangelium. . . paratus sum et in carcerem, et in mortem ire*: sin que para ello le arredren las amenazas, los insultos, la pobreza, los destierros, las prisiones, los potros, las hogueras, la tortura, los cadalsos, el fuego, el agua y el hierro; porque él sabe que hay ocasiones en que es menester, que el verdadero discípulo de la Cruz sepa morir, y aun salir al encuentro á la misma muerte, por mas atroz que se le presente; pues llegado este caso, al cielo, es decir, á Dios, toca hacer la costa; porque como fiel en sus promesas, protege á cuantos colocan en

él sus esperanzas: *Protector est omnium sperantium in se*. Y en efecto, el obispo de Sens decia en su destierro, aunque los impíos no lo crean: "Es cierto que las desdichas tienen su consuelo y encanto; me lo han quitado todo, nada me han dejado, pero me queda el honor y la religion." Los jacobinos franceses se quedaban sorprendidos al ver á los sacerdotes fieles ir á la muerte con la misma alegría que si fueran á una boda; cumpliéndose á la letra aquello de los Hechos apostólicos: *Salian gozosos del concilio por haber sido hallados dignos de sufrir contumelia por el nombre de Jesus*. Pero ¡ah! ¿qué espectáculos tan gloriosos no han dado al mundo los mártires, esos héroes del cristianismo, en sí mismos? Vírgenes delicadas, niños tímidos, viejos agobiados bajo el peso de los años, y personas criadas desde el principio con toda la delicadeza del siglo, se ven trocadas en otros tantos héroes, á cuyos piés viene á humillarse todo el orgullo de los Césares y todo el poder de los tiranos. No les mueven las promesas mas seductoras; se rien de las mas formidables amenazas; miran con tranquilo semblante todo el aparato de los tormentos, y las muertes mas crueles no hacen vacilar su resolucion ni su valor. Con una sola palabra pueden cambiar su suerte y convertir en caricias la ferocidad de los tiranos; y no

dicen esta palabra; no por un vano teson, sino porque aguardan en la vida futura una copiosa indemnizacion de cuanto pierdan ó sufran en ésta. Aun hay más; no es esto solo lo que nos ofrecen los héroes de la fe, no: mientras un sibarita indolente, tendido sobre una cama de flores, se queja amargamente de una hoja de rosa que se ha doblado, vemos á los mártires descansar deliciosamente sobre parrillas encendidas, y experimentar los enajenamientos de un puro placer en el seno de las llamas devoradoras; vemos tambien que la llama, en vez de consumir el cuerpo viejo y desecado del gran Policarpo, le forma un arco de bóveda, bajo cuyo iris se deja admirar de todos, aquel hombre apostólico, tranquilo, sin perturbacion y sin dolor. En medio del horno y del mismo fuego, en Babilonia, se sientan los tres jóvenes, como pudieran hacerlo sobre la fresca yerba, á cantar de concierto himnos á Dios. Las fieras han sido pacíficas y mansas á los mártires, no solo en el desierto, sino agitadas é irritadas en el anfiteatro por los tiranos..... ¡Ay! estos hechos incontestables se resisten, no los sienten los impíos; porque como sus carnales corazonas no cuentan con otros placeres ó alegrías que las que reinan en los festines y banquetes presididos por los desórdenes, caprichos y extravagancias,

por la inmoralidad, el lujo y la soberbia, y en los que se muestra el contento en risadas, en voces descompuestas, y en saltos y movimientos locos é inconsiderados, cosas todas que solo producen la amargura, el tedio y la desesperacion, no alcanzan á conocer cómo la alegría del cristiano, que es pura como la luz, va tan mansa como las aguas del Nilo, y tan serena como el curso del cielo; y que sin embargo que su concierto no lo oye el oído, pone un orden y júbilo en el corazón que es innarrable; ni tampoco el cómo las gracias extraordinarias con que el Espíritu Santo inspira á los fieles, pueden llevarlos con alegría y con deleite á las obras más árduas y penosas; pero entiendan y no estrañen, que si el amor lo hace todo fácil, no se admiren de que, por un amor celeste é invencible, guarden y sigan los cristianos unos caminos trazados por los labios de Jesucristo; caminos que, si á ellos parecen duros, intransitables y espinosos, á aquellos llenos de dulzura y de consuelos: sí, de dulzura y consuelos; porque la paz interior, la meditacion, el comercio con Dios, un suspiro que el alma eleva hácia el trono clemente y misericordioso del Altísimo, son dulces acentos de alegría pura, alegría celestial y consoladora, que no alcanzarán á percibir jamás los enemigos del cristianismo.

Ello es que el corazón del verdadero cristiano goza de una felicidad inmutable y segura, siendo para él todos los días de alegría y regocijo, ó como decia Lamennais: "Hay siempre en él una fiesta continua; gozando más en aquello mismo que se niega, que el incrédulo en lo que se permite á sí y disfruta. Es dichoso en la prosperidad, y más dichoso padeciendo, porque en esto encuentra un medio para aumentar la felicidad que le espera, y avanza con pasos tranquilos al través de los campos de la vida, hácia aquella montaña coronada por la ciudad permanente, celestial morada de la paz, de las delicias eternas y de todos los bienes." Pero qué ¿la religion escluye, prohíbe acaso las delicias inocentes y los dulces desahogos de una amistad sincera y santa? No, no está negada á la virtud cristiana una alegría sencilla y pura, puesto que la alegría y la paz son dones del Espíritu Santo. "Las personas virtuosas, dice Rousseau, saborean con delicia los placeres inocentes que les están permitidos: los mundanos se los acriminan; y es que éstos envidian á aquellos los placeres sencillos, á los cuales han perdido el gusto. Un corazón nuevo se entrega á todo con un placer de niño, ó mas bien, si me atrevo á decirlo, con un deleite de ángel, porque estos tranquilos goces tienen

“una serenidad que no es de aquí abajo.....”

Jamas el impío gustó los gozos deliciosos y esperanzas celestiales de la verdadera virtud, que es la cristiana: estos están reservados para los verdaderos hijos de la Cruz; ellos solos los gozan y poseen; son felices: y si el hombre carnal los cree desgraciados y miserables, ellos se rien allá en sus adentros compadeciéndolos, pues no lo son; porque ninguno es miserable por sentimiento ajeno, sino por el suyo propio, como decia Salviano: *Nemo aliorum sensu miser est, sed suo*. Sí, son felices, y la felicidad de que gozan, viene á ser en ellos como el gérmen de la felicidad eterna porque anhelan: sus placeres son los de la moderacion, de la beneficencia, templanza y de una buena conciencia; placeres puros, nobles, espirituales y superiores en mucho á los placeres de los sentidos: son, en fin, felices, debiendo esta dicha á los llamados rigores y obligaciones pesadas de la ley evangélica; pues ella sola, es la que puede hacer feliz al hombre, tanto ínterin sus dias sobre la tierra, como despues de terminados, en el cielo.

Examínense las leyes derivadas ó fundadas en esta ley divina, y se les verá, dice Lamennais, que aunque inflexibles y severas, como la verdad, sin embargo, conteniendo en sí un espíritu de dulzura,

que consuela y tranquiliza la humanidad, inspiran á un mismo tiempo la confianza, el respeto y el amor; el hombre puede violarlas, pero es violentando su razon, su conciencia, su naturaleza toda, y renunciando á toda paz y felicidad. Ellas siempre estables, se afirman en los siglos, sobreviven á las opiniones, y reinan sin envejecerse jamas sobre las generaciones que se suceden y pasan enriquecidas con sus beneficios. ¿Qué leyes, fuera de las emanadas del Evangelio, conformaron jamas á los hombres de todas las naciones, de todos los gobiernos, de todos los climas, para unirlos en un sistema y en un comun designio de perfeccion moral, religiosa y política? ¿Quién llevó á las naciones mas remotas y desconocidas la religion, la industria, el cultivo y los bienes todos que componen los elementos del órden social? ¹ ¿Quién sacó de la infancia, y arrancó mas naciones á la barbarie? ¿Quién ha enjugado mas lágrimas y prestado consuelos dulces á la adversidad y al infortunio? ¿Quién abolió en la Europa la esclavitud? ² ¿Quién mitigó los da-

¹ “A medida que la religion cristiana va ganando terreno, se ven parecer pueblos enteros como por encanto:” decia la emperatriz Catalina II.

² “Nadie ignora, dice un célebre escritor moderno, que el universo hasta la época del cristianismo, siempre ha estado cu-

ños y crueldad de las guerras desoladoras, salvando de sus estragos, por un derecho nuevo desconocido, la libertad, la vida, la religion, los bienes y hasta las mismas leyes de los vencidos? La religion cristiana, responde Montesquieu. ¿Adónde se han ido aquellos bárbaros derechos que ejercian los señores sobre sus siervos, aun cuando la filosofia dominaba, ó eran filósofos los mismos señores, y que ni el clima, ni la política humana, ni toda la sabiduría de este mundo endulzó ó abolió entre los franceses, alemanes, los romanos y otras naciones? La suavidad del Evangelio y gracia del Espíritu Santo, puso un término á estos acerbos y crueles derechos; haciendo á los hombres dulces y bienhechores unos de otros; perfeccionando el derecho natural y tambien el de gentes, dice el mismo Montesquieu. ¿Quién salvó la existencia del inocente niño desamparado por unos padres incontinentes y criminales? La religion cristiana, confiesa D'Alembert reconocido. ¿Quién impidió mas crímenes y dió á luz mas virtudes? Pero ¿qué nos predicán aquellos establecimientos que solo á la religion cris-

bierto de esclavos, y que jamas los sabios han desaprobado este uso. La Iglesia de Jesucristo, por su supremo gefe Alejandro III, proclama la libertad universal, y su voz consoladora se hizo oír de todo el universo."

tiana debieron su existencia? ¿Quién sino ella crea instituciones admirables donde la infancia encuentra educacion, la ancianidad y la orfandad vida y reposo, y los enfermos cuidados y consuelos? ¹ "Fijad los ojos, dice Chateaubriand, en esos asilos de la caridad, de los peregrinos, de los agonizantes, de los sepultureros, de los insensatos y de los huérfanos; ved si podeis encontrar en el catálogo de las miserias humanas, una sola enfermedad del alma ó del cuerpo, para la que la religion no haya fundado un lugar de consuelo ó su hospicio. ¡Oh Dios de los cristianos, qué obras las tuyas! En todos los puntos donde fijamos los ojos, tropezamos con monumentos de tus beneficios: en las cuatro partes del mundo ha diseminado la religion sus milicias, y colocado sus centinelas á favor de la humanidad. El fraile maronita llama con el sonido de las planchas de metal colgadas de la copa de un árbol, al extranjero á quien la noche ha sorprendido en los precipicios del Líbano: este pobre é ignorante artista, no tiene mas ricos medios de darse á conocer: el

¹ El impío Juliano, apóstata, escribía á Arsacio, pontífice de Asia: "¿No es vergonzoso para nosotros, que los cristianos mantengan ademas de sus pobres los nuestros?" Véase la nota que está al fin.

" fraile abisinio te espera en los bosques en medio
 " de los tigres; el misionero americano cuida de
 " nuestra conservacion en sus inmensas selvas. Ar-
 " rojado por un naufragio en playas desconocidas,
 " descubres de repente una Cruz sobre una roca:
 " desgraciado de tí si al verla no derramas lágrí-
 " mas; estás en un pais de amigos, de *cristianos*.
 " Tú eres frances, es verdad, y ellos son tal vez es-
 " pañoles, alemanes, ingleses; y ¿qué importa? ¿no
 " perteneces á la gran familia de Jesucristo? Aque-
 " llos extranjeros te reconocerán por hermano; á tí
 " convidan con la cruz; nunca te han visto, y sin
 " embargo lloran de alegría al hallarte libre del de-
 " sierto. . . . ¡Inmensa y sublime idea que hermana
 " al cristiano de la China con el cristiano de Fran-
 " cia, y al salvaje neófito con el fraile egipcio! Ya
 " no somos extranjeros en la tierra; ya no podemos
 " perdernos en ella: Jesucristo nos ha vuelto la he-
 " rencia que el pecado de Adam nos habia arreba-
 " tado. Cristianos, ya no hay Oceano, ni incógni-
 " tos desiertos para vosotros: en todas partes ha-
 " llaréis la lengua de vuestros abuelos y la cabaña
 " de vuestro padre!" ¡Ay de aquella institucion,
 " acaso la mas perfecta que ha producido el espíritu

1 Chateaubriand: *Ensayo sobre las revoluciones*.

del cristianismo, constituida para todos los tiem-
 pos, todos los lugares, y todos los empleos; cuyos
 individuos reunian en grado igual, la ciencia y la
 piedad, la política y la austeridad, la dignidad y la
 modestia, la ciencia de Dios y la de los hombres!
 Hablo de los jesuitas, á los que ni la educacion, ni
 el púlpito, ni las misiones, ni ninguna obra útil les
 era forastera; su vida toda no era otra cosa, que un
 dilatado sacrificio por la felicidad de sus semejan-
 tes. Ellos ponian toda su gloria en la virtud y en
 la sabiduría; sus delicias, en los estudios útiles; su
 ambicion en el cielo; y en la buena conciencia, su
 felicidad. La impía filosofia, en odio á la religion
 cristiana, los calumnió villanamente, y triunfó de
 ellos: sin embargo, no ha podido menos que confe-
 sar por boca de sus mas queridos hijos, que eran
 sabios y virtuosos, y que su conducta daba honor á
 la humanidad! "Yo pudiera probar, si quisiera,
 decia D'Alembert á Federico, que la vanidad, la

1 "En el espacio de siete años que viví en la casa de los je-
 suitas, dice el mismo Voltaire, ¿qué es lo que ví en ellos? La vi-
 da mas laboriosa y al mismo tiempo la mas frugal: todas las ho-
 ras repartidas entre el cuidado que de nosotros tenían, y los ejer-
 cicios de su austera profesion. Invoco aquí el testimonio de mi-
 llares de discípulos como yo: por esto no cese de admirarme que
 pueda acusárseles de enseñar una moral corruptora."

venganza secreta, y la intriga han sido la causa de la espulsion de los jesuitas." Y Federico, que él mismo confesaba que era hereje y aun incrédulo, cuando los conoció de cerca, los amó, los estimó, los protegió, y fué uno de sus mas celosos defensores y apologistas, conservándolos en sus Estados como un cuerpo útil y necesario; y decia á Voltaire, cuando este monstruo le instaba á que los espulsase de ellos: "Yo conservaré este precioso grano, para dar á quien quiera cultivar en su pais esta planta tan rara y beneficosa." Ello es incontestable, que la guerra declarada á los jesuitas por la impía filosofía, que los creyó y tuvo como los granaderos de la religion cristiana, nació de la ignorancia ó idea insensata que tiene de esta religion divina. Los impíos están persuadidos, que la religion cristiana es obra de los hombres, y que quitándole á los jesuitas, era minarla en sus fundamentos, era destruirla. Pero ¿no ven estos insensatos que esta divina religion ha existido mas de catorce siglos sin ellos? ¿Ignoran que su estabilidad hasta la consumacion de los siglos, está prometida por el mismo Jesucristo su divino Fundador? Sí, ¡hombres soberbios y temerarios! jamas prevalecerán contra ella, ni toda la raza filosófica, ni la infernal; porque escrito está: *Portæ inferi non prævalebunt adversus eam: ve-*

nerunt flumina, flaverunt venti, et irruerunt in domum istam, et non cecidit; fundata enim erat supra firmam petram.

Pero qué, ¿olvidais que en otro tiempo la impiedad, la licencia, la avaricia, la violencia, la crueldad, y todas las pasiones y artes diabólicas, se conjuran contra ella, haciéndole la guerra mas feroz y sin tregua? ¿Y qué consiguen todos los esfuerzos impíos y todas las negras maquinaciones con que la atacan? Solo consiguen el prepararle nuevos y gloriosos triunfos, viéndose á sus encarnizados enemigos, ó mas bien verdugos, derrotados y confundidos; y á los libros santos que su divino Fundador Jesucristo le legara, respetados y admirados de todos los pueblos, gentes y naciones. Ella, sin confiar jamas en los débiles apoyos de los hombres, triunfa así en los tiempos de persecuciones y borrascas, como en los de calma y prosperidad; así en los de relajacion é ignorancia, como en los de fervor y luz. Cuando los orgullosos Césares juraron envidiosos su esterminio y se esforzaron por todos los medios á trastornar su gerarquía, ¿no los visteis vencidos, llevando en señal sobre sus régias cabezas el signo honroso de la Redencion?.....

Sin la religion cristiana, ¿qué hubiera llegado á ser la Europa, despues de la destruccion del impe-

rio romano? Lo que son en el día la Grecia, el Asia menor, la Siria, el Egipto y todos los reinos del Oriente: estos países son alumbrados por el Evangelio, y se ve en ellos ilustración, artes, ciencias, libertad, virtudes: se les apaga esta celestial antorcha, y todo desaparece, todo se esteriliza, sumergiéndose en una profunda noche. La religión es, ha sido, y será siempre, el consuelo de los pobres, la esperanza de los ricos, el freno de los reyes y de los poderosos, y el amparo y defensa de los pueblos. Y si, no obstante las luces y auxilios que da, hay vicios y maldades entre los hombres, esto consiste en que, habiendo querido Dios que el hombre fuese libre ó señor de sus operaciones para que sea capaz de mérito y de demérito, de virtud y de vicio, para que en justicia reciba en su día los premios ó castigos eternos que por su conducta mereciera, abusa libremente aun de las mas excelentes instituciones, de todo lo mas sagrado: y si en los momentos de fermentación y de vértigo los pueblos han hecho servir alguna vez á sus pasiones el mismo freno que debiera contenerlos y guiarlos, esto no es culpa de la religión, sino de los que, olvidándose de sus deberes, no escuchan sus mandatos, y sí sus violentas pasiones. Pero con todo, estos males pasajeros, que tanto exageran y abultan los im-

píos, no son nada en comparación de los bienes constantes, universales é inestimables que ella procura: sin ella, en fin, seríamos desgraciados, y nuestros vicios y nuestras pasiones serian incurables.

¡Filósofos! mostrad una nación de más luces, de costumbres más puras, de una legislación más sabia, de un gobierno más moderado, de una sociedad más dulce y más duradera, y de una felicidad pública más visible que las naciones sujetas al Evangelio de Jesucristo. Sí, todo lo que Atenas, todo lo que Lacedemonia, todo lo que Roma, ó subiendo hasta el origen, todo lo que Egipto y los Estados mas cultos y políticos tienen en su legislación de mas sabio, todo, decia el gran Bossuet, todo, es nada en comparación de la sabiduría contenida en la ley evangélica, de quien todas las demas leyes escogieron lo que tenían de mejor.

Para conocer mas y mas la utilidad y valor infinito de la religión cristiana, se hace indispensable no olvidar lo que eran nuestros padres antes de hacerse cristianos; y presentarnos á la consideración el cuadro espantoso de las costumbres paganas; ó como dice el P. Cevallos, era necesario que sus enemigos los filósofos, dejasen ir su vista hácia una y hácia otra parte del mundo, y que penetrasen por

todos los siglos pasados. Es decir, es preciso que fijen su consideracion en el rito sangriento de todas las supersticiones inhumanas ó religiones humanas. Acuérdense, por lo menos, de aquellos males que el Evangelio les ha escusado ver, y aun padecer en sí mismos. Entren por los templos de los griegos, de los cartaginenses, de los scitas, de los árabes, de los romanos, de los galos, de los españoles, y pocos siglos há de los mexicanos y de las otras naciones conquistadas. Miren la carnicería que se hace en los hombres sus hermanos, y en todos los vivientes. Por do quiera verán á los sacerdotes armados con el fuego y el hierro, para sacar á los hombres el corazon caliente y la sangre humeando para ofrecerla en sacrificio á unas divinidades implacables: si se pudieran numerar las vidas de hombres que ha quitado la idolatría en todos los siglos y en todos los pueblos, seriamos trasportados de admiracion y de compasion al ver la ruina del linaje humano. Aquí veriamos la muerte erigida en divinidad sobre las aras, sin poder saciar su voracidad con el sacrificio de cuanto respira y tiene vida en la naturaleza. Allí veriamos á Saturno y á Moloch hartarse de los mas tiernos parvulillos, sin decir jamas basta. Allá, y sobre cada sepulcro, juzgaríamos levantados los manes de cada muerto, pi-

diendo ser aplacados con la sangre de todos los amigos y enemigos del mismo difunto. Los cartaginenses, cuando se vieron sitiados y vencidos por Agatocles, inmolaron de una vez doscientos jóvenes de los mas nobles, sacados por suerte. Amilcar, durante la batalla que daba á Sicilia, hacia mantener una hoguera con toda especie de víctimas, para tener propicio á Saturno. Eusebio y Lactancio no se admiraban de que esta fiera supersticion hubiese prevalecido entre las naciones bárbaras, sino que se usaban lo mismo entre las que se tenian por sábias, ilustradas y humanas. En Roma no se celebraba ningun triunfo sin sacrificar á Júpiter Capitolino los mas de los prisioneros de guerra. Sobre las entrañas rotas de un infante, se juró la conjuracion de Catalina, segun Dion, y despues comieron de ellas Antonio y otros príncipes conjurados. A Júpiter y á Apolo le pagaba la Italia la décima de cuantos hombres nacia. Los lacedemonios sacrificaban á Marte; los focenses á Diana; los rodanos á Saturno; los cretenses á Júpiter; los de Chio á Dionisio, y los de Lesbos á Baco. Los griegos, antes de salir á la guerra, sacrificaban estas clases de víctimas. En fin, todas las gentes y naciones estaban sujetas á estas carnicerías; y solo una nacion que conocia y adoraba al verdadero Dios, se vió libre

de ellas, y de ser envuelta en la corrupcion universal en que se encontraba el género humano. Cualquiera que se atreviese á referir las ceremonias de aquellos dioses nefandos, sus fiestas, sus misterios impuros, sus celos, sus crueldades, los himnos que se les cantaban y las pinturas que se consagraban en sus templos, sonrojaria á la humanidad. Mas baste decir, que tenian otros tantos dioses, cuantas eran las acciones torpes y criminales que se conocian.....

¡Filósofos! ved el estado necesario á que se precipitan los hombres abandonados entre los brazos de la débil y ciega razon humana; esa misma, aunque mas feroz é impía, es la que en estos dias nos anunciais con tanto aparato y con las mas pompas y dulces voces y frases, debe trasformar el mundo en una morada de paz, de consuelo, de holganza y de felicidad: mas ¡ay! ¿cuál será el resultado? El que se ha visto y tocado cuando ha llegado á reinar.... La Francia hable.... Esta nacion, allá en el frenesí de su impiedad, la proclama por su divinidad. ¡Ay! ¡y qué se siguió á esta insensata y sacrílega proclamacion! El adorarla bajo el símbolo de una célebre prostituta..... Los altares que le dedican, son ruinas ensangrentadas; sus sacerdotes, feroces verdugos que hacen correr mezclada la san-

gre del padre, de la madre y del hijo, del esposo y de la esposa, del hermano y de la hermana, de la doncella, del niño y aun de ancianos octogenarios.... y su culto, cánticos de proscripcion y de muerte.... Ved y considerad, filósofos, la obra que dignamente os pertenece.... De manera, que si la antigua idolatría inmolaba á los hombres ante las aras de Júpiter ó de Saturno, vosotros los degollais ante las aras de la diosa Razon; con la diferencia, que el procedimiento de aquella era hijo en parte de su ignorancia y de una piedad mal entendida, y el vuestro lo es, de la mas refinada malicia é impiedad mas atrevida y feroz.

¿Y quién ¡oh filósofos! libró á las naciones todas del insoportable y humillante yugo de la idolatría, haciendo desaparecer los sacrificios humanos, y trasformando sus costumbres en racionales y civiles, en lugar de las brutales y feroces en que estaban envueltas? ¿Quién impuso tan perpetuo silencio á los celebrados oráculos del paganismo? ¿Quién hizo callar al espíritu de Clarós, que fué á consultar Germánico, como dice Tácito? ¿Dónde está aquella cueva de Trofonio, de donde salian los hombres tanserios? ¿Quién cerró la boca á Júpiter Ammon, por cuyas respuestas se espuso Alejandro á perecer con todo su ejército, segun refiere Quinto Cur-

cio? ¿Quién hizo muda á la Beocia, que por la multitud de sus oráculos se llamó vocal? ¿Cómo no habla, ó al menos, cómo no gime aquella paloma seducida y que seducía á la filósofa Grecia, saliendo á escucharla en la selva de Dodona? ¿Qué virtud secreta hizo que no se hablase mas en el mundo de aquel genio decidor que hacia profetas y adivinos aun á las cabras? "Callaron ya, decia Clemente de Alejandría, Dario, Fythio, Didimeo, Amphiarco, Apolo Anfiloquio: ponen el dedo sobre su boca los aurúspices, los augures, los intérpretes de los sueños y los que vaticinaban por la harina y por el farro: se amontonaron las cabras preparadas para la divinacion, y se volaron los cuervos que daban oráculos á los hombres." Y ¿á qué poder ó causa deben atribuirse estas novedades tan maravillosas? ¿Qué luz ha podido disipar las tinieblas y espesa ignorancia en que yacian los hombres? ¿Fué acaso la razon humana ó la filosofia? No por cierto: antes por el contrario, ella intenta con el mayor descaro reducirnos á aquel estado degradante, haciéndonos pasar antes aun mayores desgracias y calamidades.

Solamente á Jesucristo, el justo, el deseado de las naciones, el rey de los tiempos, fué reservada esta obra maravillosa: su divina religion con el culto racional y santo que prescribe y con su vivifi-

cante doctrina, rompió aquellas tinieblas en que envueltos los hombres caminaban á la muerte. El universo todo, ha visto y experimentado que á solo el Evangelio del Hijo de Dios y de la inmaculada vírgen María, estaba reservado el triunfo y la gloria de salvar á los hombres; á la gracia y virtud irresistible de su celestial doctrina, todo cede; y postrándose el universo ante la Cruz, triunfa á un mismo tiempo de los reyes, de los tiranos, de los filósofos, de las pasiones y de la filosofia: sí, apenas es anunciado sobre la tierra, se reforman las costumbres, caen los errores torpes del paganismo y enmudecen sus mentidos oráculos. Porfirio, el mayor y mas astuto enemigo que ha tenido el cristianismo, pone en boca de su dios Apolo desesperado las siguientes palabras, en las que confiesa á mas, de que á la virtud del Hijo de Dios se debe el silencio de sus falsas deidades; tambien la Trinidad de las divinas personas: "Gemid, templos, dice, desolaos "trípodes, que Apolo os deja y os abandona, obligado por una luz celeste y por una fuerza superior, contra la cual no puede resistir: la sacerdotisa ha perdido la voz, y está mucho tiempo ha- "ce condenada al silencio. Y tú, infeliz sacerdote, "no me preguntes mas sobre el *Padre divino* ni sobre su *Hijo único*, ni sobre el *Espíritu Santo* que

“es el Alma del mundo. Este mismo espíritu es el
“que me arroja de este lugar y ya no puedo decir
“otra cosa ¹.”

Ello es, que con la ley evangélica, las nociones de la justicia se restablecen, el principio moral renace, los hombres se unen con nuevos lazos, la sociedad se ordena bajo las bases indestructibles de la justicia, de la concordia y del amor; donde quiera se predica esta divina palabra: *La multitud de los creyentes no tiene sino un alma, un corazón*: la paz y la inocencia rigen en cuantas partes se propaga; y las maravillas y señales con que sus enviados la confirman, confunden y convierten los mas sagaces y críticos filósofos de la Grecia, de Roma y de Atenas. Sí; el Evangelio solo, repito, tremolando la bandera sagrada del perdón y de la salud, sobre las ruinas inmundas de la degradante idolatría, é inspirando en el corazón un amor mutuo, puro, santo, generoso, gratuito y eficaz con todas las virtudes; hace que los pueblos se vivifiquen, y que una vida llena de dulces y celestiales esperanzas haga su felicidad; desapareciendo las doctrinas del odio, de la esclavitud y de la muerte, al presentarse las de la caridad, libertad y vida; apare-

¹ Euseb. *Præp. Evang.* lib. 5.

ciendo sobre la tierra una nueva progenie de hombres justos, salida de las ruinas de la infidelidad: aquí, sí, filósofos, tiene principio el siglo de las luces, del verdadero progreso, de la libertad y de la dicha; pudiendo decirse con Exequiel, que “aquella tierra otras veces desierta y desolada, y llena de abominación á los ojos de todo viador; hé allí que se ha hecho como un jardín ameno y delicioso; y las naciones destruidas y sepultadas se asientan mejor reparadas é ilustradas.”

Hagamos una breve reflexion sobre lo dicho, que suplico se medite profundamente y con toda sinceridad. Figuremonos que la impía filosofía apague, como intenta, la sagrada lámpara de la revelacion, y que quite de la Iglesia de Jesucristo la Hostia y el Sacrificio, y que en su lugar se torne á levantar la abominacion de la desolacion; esto es, los abominables dioses de las antiguas ciudades ú otros, siempre hechuras de los hombres: representémonos que los nuevos Julianos lograsen reparar los ritos y ceremonias del paganismo con sus sangrientos y nefandos sacrificios; ¡ay en este caso de nosotros! ¡ay de las generaciones venideras, pues en lugar del depósito sagrado que de nuestros padres hemos recibido, ellas recibirian como legado, de nosotros, la apostasía y la abominacion! Y qué, ¿nos hemos de

postrar nuevamente los hombres ante nuestros semejantes, para adorar los desvaríos de sus delirantes cabezas, sus imposturas, sus llamadas leyes y reglamentos, cosas todas que, desnudadas de su vana elocuencia, de sus flores y dulzura de frases y voces, solo se ve en ellas licencia, liviandad, injusticia, avaricia desmedida, soberbia, impiedad, hiel y espinas? En una palabra, ¿hemos de volver á adorar á los cocodrilos de Egipto?.... ¿nos hemos de volver á ver en la dura necesidad de ir á consultar á los sacerdotes de Ménfis, ó de peregrinar á la India, como hiciera Apolonio Teaneo ¹, para que nos enseñen sus bracmanes, ó bien pasar á Babilonia á escuchar á los caldeos, ó á la Persia á los magos, á fin de ser instruidos en nuestros deberes, despues que hemos sido redimidos por Jesucristo y oído su consoladora y divina doctrina? ¿Hemos de sufrir que la filosofía nos reduzca á aquel estado de muerte, de ignominia, de embrutecimiento, de miseria y de desesperacion? O, hablando con mas propiedad, ¿hemos de ver desaparecer de entre nosotros la seguridad, la justicia, la libertad, la buena fe, la honradez y la compasion; y que ninguna ley, ningun

¹ Este filósofo hizo un gran viaje para conferenciar con los bracmanes de la India, y para ver de paso á los magos de la Persia.

derecho, ni de naturaleza ni de gentes, ni divino ni humano sea respetado? ¿Hemos de permitir se eche abajo la Cruz de nuestra redencion, salud y vida, y que se destruya cuanto la religion cristiana ha creado en favor de la humanidad?..... A este estado deplorable intenta reducirnos la llamada filosofía moderna con sus luces, sus leyes, sus proyectos, sus promesas, sus impiedades y sus locuras: ¡ay! ¡con cuánto dolor y amargura de mi alma lo anuncio!.... Vivamos, pues, advertidos y prevenidos contra tan sacrílega é impía trama; contra este insensato proyecto que tantos datos *públicos y particulares* de él tenemos: no cerremos los ojos á la luz, ni desoigamos las voces del deber y de nuestra conciencia; metamos la mano en nuestro pecho; preguntemos á nuestro corazon, á nuestra razon.... Ella, la filosofía, orgullosa, cuanto atrevida y feroz, al ver que todo lo domina, que todo lo llena, y que en todas partes manda y dirige, se cree segura de terminar su obra: ¿y llegado este caso? ¡oh Dios santo! ¡ay de aquellos que fieles á su religion y á su conciencia permanezcan firmes en sus juramentos y votos! ¡Ay de los reyes! ¡ay de la religion, de su culto y de sus ministros! ¡Ay de la sociedad!!! ¡Ojalá que mis temores fuesen infundados! El tiempo, acaso, en breve nos desengañará,

Terminemos esta tercera parte, puesto que ya estamos en el caso de apreciar lo que vale la religion cristiana para procurar y conservar la felicidad y libertad de las naciones; lo que éstas serian si les faltase su benéfica y vital influencia, y los muchos títulos por los que se merece el amor, la veneracion y gratitud de toda la naturaleza humana: y tambien para conocer y confesar, que sus enemigos los impíos destruyéndola, pretenden de hecho trastornar y destruir el orden social, el reposo y felicidad de los pueblos; pues faltándoles los auxilios tutelares y conservadores de la religion, se les constituye necesariamente bajo el reinado del odio, del terror, del luto y de la sangre; es decir, bajo el imperio de la violencia y del crimen, que lo es de la humana razon ó filosofia. Los hechos mas inconcusos, el raciocinio, la historia, las autoridades menos sospechosas en un asunto de tanta importancia para el hombre, y la esperiencia sobre todo, prueban ser esta la felicidad y la libertad con que se brinda á las naciones por los hijos de esa filosofia sin Dios, sin religion, sin ley, sin deberes, sin conciencia y sin patria. Sí, repitamos una y miles de veces: la razon humana con sus luces, sus leyes, su sabiduría, su desmedido orgullo y ambicion, y con su charlatanería sin límites, solo toca crear la anarquía, la

desolacion y todos los males; así como á la religion cristiana, con su moral pura, sus dogmas y preceptos santos y sus sábias leyes, el producir las buenas costumbres, las virtudes verdaderas, la paz y felicidad de los pueblos, la firmeza y moderacion de sus gefes, la dicha y contento del hombre y la vida de la sociedad....

He concluido estas toscas líneas, las que, si bien no tan cumplidamente como debiera, al menos he hecho por mi parte lo posible para llenar el objeto que me propusiera al escribirlas; que en verdad no ha sido otro, que el cumplir con un deber de conciencia; pues estamos en el caso, en los momentos, como dice un estimable escritor, de clamar á todos los fieles cristianos y sensatos ciudadanos de todos los pueblos y naciones, aquello que S. Pablo advertia á los colosenses: *Estad sobre aviso, no sea que alguno os engañe por la filosofia y vanos sofismas, segun los elementos del mundo, y no segun Jesucristo* ¹.

Yo debiera ahora resumir cuanto dejo enunciado en esta última y anteriores partes; y sobre todo, llamar la atencion ó comentar las palabras que la impía filosofia ha espresado por sus hijos y que

¹ Cap. 2, 8.

dejo citadas: empero este trabajo, así como el hacer las debidas y oportunas aplicaciones, es mas provechoso y útil cometerlo al cuidado del lector, el que por su propio interes, honor y gloria, debe cerciorarse; si el favor y disfavor con que lo engalana la filosofia, á saber, de haber nacido *bruto* pero *rey*; así como el *pacto social* y demas hechos y derechos que de aquella prerogativa natural y enajenable de *bruto* *rey* se siguen, son cosas ciertas é indisputables; ó por el contrario, todo es una quimera ridícula y funesta, bien que, agradable y lisonjera para los que quieren vivir como *brutos*, ó ser *reyes brutos*; inventada por los filósofos, azotes de la sociedad y verdugos del género humano, para embaucar y engañar, enloquecer y robar, mandar y destruir los pueblos, que es la trama ó proyecto que de la impía filosofia hemos denunciado. Proyecto terrible, que si bien está encadenado por el poder de los vigilantes gobiernos, sin embargo, de vez en cuando se revela su existencia con tentativas que hacen temblar á los tronos, gemir á la virtud y desconcertarse á la sociedad. ¡Cuántas veces, durante esta lucha sangrienta que nos devora y hunde, no hemos visto en varios puntos de esta desgraciada nacion, tremolar su esterminadora bandera, y sentido y llorado sus resultados espantosos,

sin que la fuerza del gobierno, ocupada acaso en otras atenciones, haya podido evitar sus estragos, matanzas y furores? ¡Ay! el velo con que algun tiempo estuvo oculto á la multitud se ha descorrido, y ya, todos, todos conocen, ó deben conocer, que su triunfo traeria en pos de sí la muerte de la sociedad. Estemos, pues, alerta.

Debe tambien fijar el lector de la misma manera, y aun mas principalmente su detenida atencion, sobre la religion; el mas firme apoyo y resorte mas poderoso de la sociedad, y base de todos nuestros deberes, y que contiene, se supone la verdadera, los que tenemos para con Dios, á quien debemos nuestra existencia y de quien depende nuestra conservacion y nuestro destino eterno, y que son mas sagrados, importantes é inviolables, que los que tenemos para con nuestros semejantes y aun para con nosotros mismos; puesto que todos estos están fundados en aquellos como los primeros: *Tria sunt colenda maxime juvenibus, Dii, parentes, leges*¹. Penetrándose, ademas, que sin religion no se puede concebir la sociedad, pues sin ella no se conoce ni ley, ni conciencia, ni deberes; solo se concibe la anarquía, el caos; y que es necesario, indispensa-

1 Stobeeo.

ble, que el hombre esté asociado primero con Dios, para que pueda despues entrar en sociedad con sus semejantes; y por lo tanto, se convencerá que la religion es la antorcha que nos ilumina en los caminos de la vida, la que nos ilustra é instruye en nuestros deberes y nos conduce á la verdadera felicidad; siendo la base y fundamento de los Estados, y *el mas seguro garante de la honradez de los ciudadanos y de la pública felicidad*, como decia Sinesio; y que por lo mismo, aquellos llamados filósofos que la atacan y desprecian, los deberá mirar y tener, como Maquiavelo, *por unos hombres infames y detestables, destructores de reinos y de repúblicas, enemigos de las virtudes, de las letras y de todas las artes que honran al género humano y contribuyen á su prosperidad*.

Y por último, ¡ay amado lector! ¿qué cosa mas importante para el hombre? Si la religion consiste en adorar á Dios; en invocarle en nuestras necesidades y desgracias; en ofrecerle nuestros votos; en darle gracias por sus beneficios; en referir á Él la gloria de nuestros felices sucesos; en amarle como á nuestro primer principio y último fin; en santificar con este amor cuanto tenemos, cuanto hacemos y cuanto somos; y en fin, en hacer y obrar (para agradarle) segun su voluntad manifestada, porque

es justo y racional sea servido, no segun la voluntad de sus criaturas, sino segun la suya; á Él toca dar la ley, á las criaturas acatarla; así que, la libertad de creencia, así como la de culto su necesaria consecuencia, son cosas que condenan la razon, el buen sentido y nuestros deberes para con el Creador; y que solo pueden concebirse permitidas y mandadas en pueblos y gobiernos ateos. Es pues, por lo tanto, de absoluta necesidad, sí, de absoluta necesidad, seguir y abrazar alegremente la única religion verdadera que hay, que es la católica, apostólica romana, como indirectamente se ha probado por sus efectos, por la autoridad de sus mismos enemigos los impíos, y porque todo lo que á ella pertenece en sus dogmas, moral, culto y disciplina lleva impreso el sello de la divinidad; y por lo mismo, ella sola es la única que esclusivamente constituye, conserva y mejora la suerte de las naciones haciéndolas felices; estableciendo por todas partes el imperio de la justicia, la práctica de las virtudes y el goce de la verdadera libertad; cosas todas, que afianzando la guarda de los deberes que ligan á los hombres para su bien comunal, hacen feliz el destino de los Estados: sí, ella sola, como fuente de la verdadera ilustracion, de las luces, y de la libertad, es la que forma los verdaderos filóso-

sofos, y los pacíficos, honrados, útiles y laboriosos ciudadanos.

"Y en efecto, los discípulos ó filósofos formados por el Evangelio, oímos decir á Caracciolo, son unos hombres casi divinos: no estiman sino á su alma: no tienen otro punto de vista que el Sér Supremo, del que esperan su felicidad. Disciernen el culto que se ha prescrito él mismo, y sometiéndose con docilidad á sus disposiciones, tienen horror á toda opinion sospechosa. Ciudadanos, amigos, padres, cristianos, lejos siempre de turbar los Estados por discursos ni por escritos, solamente anuncian el silencio, el respeto y la sumision: jamas se abre su boca sino para pronunciar la verdad; jamas su pluma se emancipa contra la religion, contra las costumbres, ni contra el prójimo: sublimes en sus pensamientos, simples en sus palabras, consiguientes en sus acciones, guardan una conducta que honra á la humanidad. No se les ve entrometerse, ni producirse, ni hacer gente: no se les oye ni quejarse, ni maldecir, ni altercar. La sabiduría es su gloria, el estudio sus delicias, la paz su tesoro, el cielo su ambicion, la buena conciencia su felicidad. Si la justicia los oprime, creen haberla merecido; si la calumnia los ultraja, se regocijan en su inocen-

cia; si la enfermedad los aflige, la reciben como un aviso de la dicha futura; temen menos al mundo que á sí mismos; menos al siglo que á la eternidad. Tampoco temen las revoluciones de los tiempos, ni los caprichos de la suerte; sin afectacion en sus máximas, sin ostentacion en sus obras, no parecen singulares, sino porque muestran su candor en medio de un mundo, que no tiene alguno."

Aquí tenemos la pintura de un filósofo cristiano, ¿Son así, prudente lector, los que forma la moderna filosofia? No; no son así los que se forman en sus escuelas: "Estas solo forman, nos dice uno que las conoce bien, hombres voluptuosos, soberbios, impacientes, infieles, habladores, duros para con sus domésticos y vecinos, inútiles á sus amigos, rivales para todos, detenedores del trabajo de los pobres, avaros de sus cosas, y codiciosos de las ajenas; hombres que los intereses de la patria, de la majestad del soberano y la vida y ser de todos los hombres, se ordenen á su interes personal; y hombres, en fin, que á su lujo ó lujuria, quieren hacer venir todas las criaturas del universo, siendo cada uno de ellos el fin último de todas las cosas; estando de mas lo que no sirve á su contentamiento."

Y bien, ¿qué podrán esperar, oh lector, los pueblos, cuyos destinos se encuentren en las manos de estos hombres, ó mas bien monstruos, que educa la impía filosofía? ¿Qué esperanzas podrán concebir de su grandeza, libertad, paz y felicidad? ¡Ay! ellos serán destruidos; pues la impiedad y los vicios y delitos que produce, atraen por necesidad todos los azotes de la ira del cielo; las catástrofes y desgracias que empobrecen, humillan, esclavizan y arruinan las naciones. Sí, los pueblos que sin religion y conducidos solo por el único móvil de sus intereses particulares y violentas pasiones, únicas garantías que ofrece la filosofía, se les verá de delito en delito, de abismo en abismo ser sepultados en las tenebrosas simas del crimen, de la anarquía y de la muerte; en la nada: cumpliéndose en este caso á la letra estas palabras de Isaías: "Sí, caerá un pueblo entero, hombre contra hombre, vecino contra vecino, y se tumultuarán el niño contra el viejo, la plebe contra los grandes, porque opusieron sus lenguas y sus invenciones contra Dios." Y en este espantoso estado, los pueblos consternados y moribundos, conocerán y confesarán: *Cuán mala y amarga cosa sea haber dejado al Señor su Dios, y sacudiendo el yugo de su temor*: Jeremías.

He concluido estas cortas líneas, vuelvo á repe-

tir; espero que el criterio y buen sentido del indulgente lector, suplirá lo que por necesidad se ha dejado al silencio: á su cargo queda su meditacion y cuidado de compararlas con lo que haya visto y vea; lo que hará igualmente con las que á seguida escribo, dirigidas á los filósofos, á los pueblos y á los reyes ó gefes de las naciones. Dichoso yo si ellas moviesen á algun sabio y celoso cristiano á tomarse el útil y precioso trabajo de presentar á los mortales el cuadro que en todos tiempos han presentado la religion cristiana y la fementida filosofía. El que movido de piedad, é inflamado de celo por los intereses verdaderos de la religion, del hombre y de la sociedad emprendiese esta importante obra, haria sin duda un grande beneficio á la humanidad. Y su autor, despues de escribir muchos y abultados volúmenes, concluiría, como yo lo hago, diciendo: Ved, pueblos, á la religion cristiana, por una parte, ennobleciendo á los hombres, y uniéndolos entre sí con los vínculos de amor como otros tantos hermanos, é instruyéndoles en sus verdaderos deberes religiosos y civiles. Observad á la filosofía, por otra, degradándolos, dividiéndolos é incitándolos á su destruccion y esterminio. Mirad á aquella poner en libertad á las naciones, organizándolas y dándoles estabilidad; produciendo su paz y su re-

posó; y á ésta por el contrario esclavizándolas, estraviándolas en su moral y deberes, trastornando sus leyes, sus instituciones, y la autoridad de sus gefes, para sumirlas en un abismo de calamidades y desgracias. ¡Qué contraste tan maravilloso! Ved, pues, á la religion siendo la vida de la sociedad, y á la filosofía su muerte. Elegid, oh pueblos, la vida ó la muerte, entre la religion cristiana y la filosofía: entre la obra de Dios, ó la de los hombres.

NOTA.

¿Quién sino la religion cristiana crea instituciones admirables donde la infancia encuentra educacion, la ancianidad y la orfandad vida y reposo, y los enfermos cuidados y consuelos? &c.

“Es cosa bien digna de extrañarse, dice el traductor del *Derecho eclesiástico* de Berardi, que toda la sabiduría de los antiguos legisladores no hubiese sido bastante para que la conmiseracion y humanidad, dirigidas á socorrer las necesidades de los menesterosos, les sugiriese el utilísimo pensamiento de erigir hospitales. Nada digo de un Solon y de un Licurgo. Solo me maravillo de que los romanos, un pueblo tan culto, tan político y tan sensible, no hubiesen discurrido este importante medio de ali-

viar la infelicidad de aquellos á quienes abandonó la fortuna, ó dejó afligidos el rigor de la desdicha, ya despojándolos de los bienes necesarios para su subsistencia, ya postrándolos en tierra con la violencia de una enfermedad, ya haciéndoles recibir su sér por un concepto ilegítimo y vulgivo, ya privándoles de sus mismos progenitores. Todos estos infortunios eran unos tristes objetos que no pudieron hallar total remedio en la jurisprudencia de los romanos, ni en la filosofía tan celebrada y aplaudida de sus sabios. Aquellos panes que desde cierto sitio repartian á los pobres sus dispensadores, eran corto auxilio á tantas miserias de infelices ciudadanos. Solamente una caridad sublime y heroica, que siempre fué el carácter propio de la Iglesia fundada por Jesucristo, pudo escogitar un arbitrio el mas proporcionado para subvenir á los verdaderos indigentes, y el mas eficaz para desterrar la mendicidad voluntaria.”



FILÓSOFOS:

Vosotros, los que seducidos y engañados con doctrinas impías, antisociales é insensatas, haceis consistir la dicha y felicidad humana en los deleites de los sentidos como las bestias, ó como dice S. Pablo: *Quorum finis interitus, quorum Deus venter est*; y que adulterando las nociones mas comunes del derecho, de la ley y de las obligaciones, intentais hacer enmudecer á la religion, á la razon, al buen sentido y á la justicia, para establecer una libertad contra el órden, un poder contra el derecho, y unas obligaciones contra la naturaleza; para sumir á la sociedad en un caos, en el cual no habiendo ni regla, ni vallado, cada cual salte y brinque á su antojo; sin tener otra ley que sus violentas pasiones y pensamientos criminales, ni otro Dios que él mis-

mo; viviendo, por lo tanto, sin religion, sin deberes, sin ley, y sin esperanzas y consuelo eternos; ¡ay! ¡cuán equivocados estais! ¡Cuán errados caminais, desgraciados!

En mal hora triunfe vuestra impía causa; triunfen vuestras terribles y desoladoras máximas que siempre seria el triunfo del delito, de la liviandad, de la rebellion y de la impiedad; y bien, ¿qué adelantariais? Vosotros, es cierto, lograréis, despues de corromper las masas, y establecido ya el reinado espantoso de la fuerza, ó de las pasiones, destruir los tronos, despojar y demoler los templos, sacrificar á sus ministros, y en suma, dislocar y destruir la sociedad: y en este caso, ¿cuál seria el resultado? ¿cuál? El que pereceréis ciertamente entre sus ruinas. Vosotros teneis dentro de vosotros mismos, es decir, en vuestros principios y doctrinas, las simientes de la destruccion y de la muerte. La esperiencia antigua y moderna os lo muestra: y si no decidme: ¿cómo terminaron sus últimos dias vuestros modernos padres ó maestros? . . . ¿Qué fué de Brissot, Carrier, Lebon, Perrin, Maignet, Velage, Ducos, Barras y Petion? ¿Qué de los gefes orleanistas, del obispo Fauchet, misionero de la anarquía, de Carra y Seillery? ¿Qué de Felipe Igualdad, de Marat y del feroz Danton? ¿Qué de los Robespier-

res, Couthon, Saint-Just, presidente del tribunal revolucionario, Henriot, Dumas, Bernad sacerdote apóstata, Payan Vihiers presidente de los jacobinos, el general Labaete, el zapatero Simon ayo del Delfin, y de Fouquier, miembro del tribunal de los jurados, que en menos de un año hizo sacrificar cerca de treinta mil víctimas? ¿Qué fué, en fin, de estos monstruos y demas que, como ellos, habian jurado destruir de la cristianísima Francia el trono y el altar, siguiendo insensatos las máximas y doctrinas que les inspirara esa filosofia hija del orgullo, de la ignorancia, de la ambicion y de la carne? ¡Ah! Estos filósofos, enemigos mortales del pueblo frances, sin embargo que ellos se llamaban sus mas caros y desinteresados amigos, protectores y defensores, perecieron víctimas de sus propios delitos y furores; son aplastados por el mismo edificio que ellos levantarán, basado sobre el ateo principio de la soberanía é independencia de la razon humana; sus cuerpos execrables fueron arrojados en los mismos fosos que por su orden se habian mandado abrir para ocultar los restos sangrientos de los millares de víctimas que hacian inmolar diariamente. ¡Oh Dios justo! Estos hombres feroces y desnaturalizados, abren ellos mismos el sepulcro que debia encerrarlos: sus cabezas caen al golpe del cuchillo

que ellos afilaran para inmolar la inocencia y la virtud. ¡Ejemplo terrible! ¡Infelices aquellos que traten de imitarlos!....

Ello es cierto, que si se vió la Francia regada de sangre humana, sembrada de cadáveres y cubierta de patíbulos durante la mas afrentosa y horrible de las anarquías, y á los malvados mas relajados y feroces, reunidos por el crimen y enardecidos por la impiedad, intentar insensatos destruir la religion cristiana, demoliendo sus templos, despojando sus altares, aboliendo su culto y degollando á sus sacerdotes; y procurar la destruccion de las artes, la ruina de la agricultura, el robo de las propiedades, el asesinato de los ricos y el pillaje de sus bienes; no lo es menos, que todos ellos perecieron en los patíbulos. Y si, en verdad, se vió tambien terminar en ellos á Condorcet, Raynal, Florian, Nicolay, Bailly, Bernabé, Lavoisier, Malesherbes, &c., &c., hombres siempre gratos á las ciencias, fué el justo castigo á que se habian hecho acreedores por las doctrinas con que habian estraviado y arrastrado al pueblo, constituyéndolo en la mas injusta y sangrienta revolucion; de manera, que casi todos sus agentes fueron guillotizados, y los que escaparon con vida, fueron los que errantes se ocultaron en las soledades mas inaccesibles, buscando un asilo

en los antros de las bestias feroces, ó se refugiaron á paises estraños á mendigar su sustento acaso á costa de la caridad cristiana; ó en fin, aquellos que fueron condenados á trabajar con el peso y ruido de las cadenas entre asesinos y malvados. ¡Qué estado de mas confusion y abatimiento el de estos verdaderos proscriptos! ¡Cómo se les podia haber dicho á estos seres desventurados las palabras que dijo Dios á los israelitas idólatras: *Andad é invocad á los dioses que elegisteis, que os libren ellos en tiempo de tribulacion.*.....!

¿Cuándo cesaréis, filósofos, de abusar de vuestra razon y de vuestros conocimientos? ¡Ciegos é ignorantes de vosotros, os diremos con Rousseau: "Víctimas miserables de vuestros aplausos insensatos, no apreciaréis jamas, cuánto odio y desprecio merece el que para desgracia del género humano abusa del genio y de los talentos!" ¿Habeis hallado jamas el reposo y la paz por los caminos de perdicion que os conducen vuestros errores y vuestras máximas? Considerad vuestras esperiencias, sí, vuestras propias esperiencias; y despues decidnos en verdad: ¿qué satisfaccion os ha quedado de vivir entregados á vuestras pasiones? ¿qué día, qué noche, ó qué instante podréis decir, hablando con sinceridad, vivimos tranquilos, somos felices? ¿cuándo entraréis

dentro de vosotros mismos á contemplar para qué habeis sido criados, cuál es vuestro origen, vuestra naturaleza, cuáles vuestros verdaderos deberes, y cuáles serán vuestros destinos despues de la muerte? ¿No podréis dedicar algunos instantes de los que perdeis en los placeres que os destruyen y embrutecen, ó en las vanas futilidades de la vida, para instruirse y saber de la existencia de un Dios creador y redentor, y de su voluntad; si no hay mas obligacion que seguir vuestros desordenados apetitos; ó por el contrario, existe una ley fija de origen divino, que debeis acatar y obedecer? ¿si á mas del cuerpo á que estais sujetos como las bestias, éste se halla unido á un espíritu inmortal? ¿si éste ha de tener una suerte feliz ó desgraciada, segun fuere su conducta sobre la tierra? ¡Ay! ¿no son dignos de vuestra reflexion y exámen estos grandes é interesantes objetos, que en sentir de Aristóteles, Platon, Ciceron y Séneca, son los primeros que deben llamar la atencion y estudio del hombre, y que por lo mismo, de ellos se han ocupado todos los sabios que han honrado con sus trabajos y sublimes conocimientos las artes, las ciencias y la legislacion?

“ Yo creo, decia Séneca, que he nacido de mas,
 “ si no me aplicara á estudiar y á reconocer la na-
 “ turaleza, y por ella venir á contemplar las per-

“ fecciones de su divino Autor. ¿Y si no, á qué
 “ otro fin (decia escribiendo á un amigo suyo) de-
 “ bia yo alegrarme de estar en el mundo de los vi-
 “ vientes? ¿Por ventura para comer y beber y man-
 “ tener un cuerpo que incesantemente se nutre y
 “ se corrompe? Quitá lejos de mí este desestimable
 “ bien. No me es tan preciosa la vida que deba
 “ por ella trabajar y anhelarme. ¡Oh cuán misera-
 “ ble es el hombre si no se levanta sobre todas es-
 “ tas cosas! Cuando luchamos con nuestras propias
 “ pasiones, ¿qué mucho hacemos? Despues de ha-
 “ ber triunfado, solo sacaremos el haber domado
 “ unos monstruos. ¿Estás ya libre de vicios? Pues
 “ no has adelantado mucho. No está la felicidad
 “ del hombre en carecer de vicios; esto solo da una
 “ buena disposicion para contemplar las cosas eter-
 “ nas, y hacerse digno de la amistad y conversa-
 “ cion de Dios. Entonces será acabado y perfecto
 “ nuestro bien, cuando puestos todos los vicios de-
 “ bajo de los piés, subiésemos hasta penetrar los
 “ sucesos de la naturaleza. . . . Cuando nuestra al-
 “ ma gusta las cosas soberanas, entonces se recrea
 “ y crece, y libre de todos los lazos de la carne,
 “ resulta á su origen y principio. De aquí toma do-
 “ cumentos de su origen divino, al ver que las co-
 “ sas divinas le deleitan y contentan, y que se ocu-

“pa en ellas como en cosas propias; entonces aprende el hombre lo que antes le traia muy solícito, que es conocer á Dios.”

¡Ah filósofos! ¿hasta cuándo habeis de vivir en pugna contra vuestra razon, ocupados solo en estraviarla y pervertirla con el estudio y lectura, de lo que solo adula las pasiones y engrie y corrompe la carne; en lugar de leer los escritos que hablan al corazon y al espíritu, únicos dignos de la ocupacion y estudio del verdadero filósofo; puesto que solos ellos conducen al conocimiento del Criador, y le enseñan los deberes con que se halla ligado con Dios, consigo mismo y con sus semejantes? ¿Hasta cuándo habeis de resistir al espíritu de Dios, espíritu de paz, de verdad y de consuelo? Dejad vuestros errados caminos; caminos que solo conducen á la perdicion y al sepulcro: detestad vuestras máximas y vuestros proyectos, si no por bien de los pueblos y de la religion, al menos por vuestro propio interes, por vuestra conservacion: conoced vuestra temeridad en el empeño que habeis formado de reformar la obra de la divina Sabiduría y de trastornar los planes de la sábia Providencia. Venid; entrad en los caminos de la vida; seguid los pasos de la religion cristiana; de esa religion divina, que fuera la de vuestros padres y que Pascal defendió,

Newton creyó y Descartes respetó; y que solo la lista de los grandes hombres que la han creido obra de Dios es, segun vuestro maestro D'Alembert, capaz de convencer antes de examinarla á los mejores espíritus, y bastante suficiente para imponer silencio á esa multitud de conjurados impotentes, de algunas altas verdades que enseña tan necesarias á los hombres. Sí, seguid sus pasos, repito, que ella os mostrará los caminos de la vida, fijándoos lo que debeis creer, y dictándoos lo que debeis practicar; y os hará ver cómo es la base de la sociedad, la regla de los deberes y la fuente de todos los bienes y consuelos de la humanidad. Ella os manifestará los beneficios que á manos llenas derrama sobre los hijos de los hombres, y las obras de misericordia que inspira y que solo ella puede dignamente recompensar. Dirigíos á esta Sabiduría eterna, que ella os abrirá los verdaderos caminos de la luz, de las ciencias, de la verdadera libertad y del progreso, y os enseñará los de la verdad, y de vuestros verdaderos intereses; y conoceréis con asombro lo deplorable y desgraciada que es la condicion del linaje humano, si no se arrodilla ante la Cruz del Hijo de Dios y de la inmaculada vírgen María. Sí, sí; ante esta Cruz, único puerto de dicha y de salvacion, y enseña de la verdadera libertad y civili-

zacion de las naciones, fué adonde se acogieron en sus últimos días muchos sabios y célebres filósofos, ya desengañados, para morir en sus brazos y en el seno de sus inmortales esperanzas. Entre ellos Boulanger, Toussaint, el marques de Argens, Montesquieu, Maupertis, Buffon, Dumarsais, Fontenelle, Mercier, Palissot, De Langle, La Metrie, Montaigne. El primero de estos confesó y declaró francamente, que en el fondo de su corazon siempre habia respetado y temido á la religion; y que cuando escribia en contra de ella lo hacia sofocando y violentando la voz de su conciencia; y el último, Montaigne, á quien con razon se puede mirar como el precursor de la incredulidad, murió despues de reconciliado con Jesucristo, levantándose de la cama para adorar la Sagrada Eucaristía: las últimas palabras del inmortal Napoleon fueron consagradas á Dios; al espirar este grande hombre, se acoge y busca el refugio de la fe, confesando la divinidad del Salvador de los hombres.

¿Por qué, pues, filósofos, no seguís estos ejemplos? ¿Por qué vuestra débil razon, conociendo su soberbia é ignorancia, no cede y se postra ante la razon Eterna y Divina, para escuchar con respeto y silencio las sublimes lecciones y verdades que de ella emanan? No, no querer permanecer por mas

tiempo desterrados de la fuente de la verdad y del amor, renunciando á la herencia inmortal á que fuérais destinados por el Criador, herencia que perdida por la prevaricacion de nuestro primer padre, fuera recuperada por Jesucristo. Honrad vuestros extraviados talentos elevándose á contemplar la verdad infinita que contiene nuestros intereses temporales y eternos: nuestra perfeccion y nuestra felicidad se cifran en conocerla, amarla y temerla¹. "La verdadera ciencia y riqueza del sabio, no es otra que la que viene de Dios y nos conduce á Él, decia Eurípides; si quereis merecer en justicia el nombre de verdaderos filósofos, sed religiosos." El fin sumo de la filosofia, decia Enrique Moro, que era la religion; y ésta es tambien el fin donde va á parar el estudio del filósofo: *Ab philosophia numquam recedit religio.... philosophia docuit colere divina*². . . . *itaque si revera immortales esse cupistis... Deos quoque semper et ubique collemini, ad eundemque cultum alius compellimini..... maximum*

1 "¡Temed á los dioses, oh Telémaco! este temor es el mayor tesoro del corazon humano: á él acompañan la sabiduría, la justicia, la paz, el gozo, los placeres puros, la verdadera libertad, la agradable abundancia y la gloria sin mancilla." Fénelon.

2 Séneca, epíst. 72.

*et pulcherrimum hominis munus est Deo servire*¹.

“A la filosofía, decía Ciceron, llamaba Platon un don precioso del cielo, y yo la llamo invención Divina. Esta es la madre de todas las otras artes; pero además de eso, es también la que primeramente nos instruyó del culto y reverencia que debemos á Dios: la que nos enseñó á conocer los derechos de los hombres, que consisten en la sociedad del género humano; y la que nos inspira con las ideas de otras virtudes, la modestia y juntamente la grandeza de alma; la que arroja de nosotros la ignorancia y los vicios, y nos hace ver con unas miras serenas las cosas supremas é ínfimas; las primeras y últimas; los medios y fines de las cosas. Esta filosofía me parece una fuerza enteramente Divina, porque hace tantos beneficios y tan grandes².” Ello es indudable, que las primeras nociones de la verdadera filosofía se dirigen á la religión, y sus primeros pasos al pie de los altares: *Philosophia docet omnes homines suum cognocere auctorem*³. Y también lo es, lo que decía Bacon, que una leve tintura de filosofía, hace á el hombre vano y disputador, y que comunmente le

1 Dion, lib. 52.

2 Cic. Tuscul. QQ.

3 Aristóteles, lib. de *Somno et mort.*

lleva á la incredulidad; pero que una filosofía profunda le lleva á la religión y al conocimiento de Dios.

Elevad, pues, filósofos, vuestras miradas al cielo, que allí está vuestra dicha y vuestro bien, vuestro contento y felicidad, la verdadera sabiduría. ¡Pluguiese al Altísimo inspiraros este tan santo y racional pensamiento! ¡Ay! ¡de qué admiración no os veriais arrebatados, si iluminados de una luz celestial os vieseis ya libres de remordimientos y temores y rotas las cadenas con que una imbecil y soberbia razón, os tenia aherrojados á ser esclavos de vuestras pasiones, haciéndoos pasar una vida llena de tedio, de errores, de pesares y de zozobras, y sin esperanzas y consuelos eternos! ¡vida horrorosa!!!

¡Ay del que en sus últimos momentos carece de los consuelos y esperanzas de la religión! ¡Situación pavorosa y triste, ansiedad amarga, la de un sér inteligente y racional, que puesto en las puertas de la muerte, no piensa en otra cosa, no espera otro término ó destino para el alma después de rotos los lazos que la unen á su cuerpo, que la nada que insensato cree, ó una eterna desgracia que á su pesar teme! ¡Qué desesperación! ¡qué remordimientos! ¡qué miedos! ¡qué angustias mas desconsoladoras y espantosas! ¡qué tormentos! ¡qué terrores y agonías! ¡qué desconsuelo no padece!

Debajo de sus piés, como dice Plutarco, no puede menos que ver abiertas las puertas profundas del Tártaro: allí se le manifiestan los lagos estigios, los rios de fuego precipitados como por cascada: de allí suben tinieblas que lo cercan, y una turba de sombras, de furias y quimeras terribles que vuelan cerca de él. Entonces oye voces horrendas, sentencias inapelables, amenazas de verdugos, abismos y calabozos repletos de dolor y de males: *Improbi homines semper quod meruerunt expectant*: Petronio.

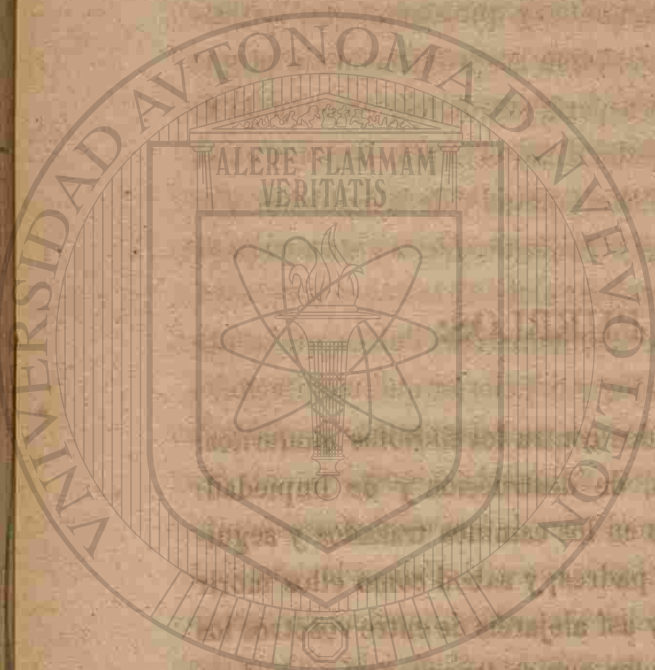
Ello es, que ni las invenciones de Sidicio, ni las máquinas de Rodamanto, ni la piedra de Sísifo, ni la rueda de Ixion, ni todos los tormentos que hicieron célebres á los antiguos tiranos, llegan á igualar á las penas que sufre un impío en los últimos momentos de su existencia. Cuando Voltaire al morir se comia su propio escremento para mitigar la rabiosa sed que despedazaba sus entrañas, y desesperado prorumpió con un grito espantoso, diciendo *que moria abandonado de Dios y de los hombres*; dió á sus amigos y al mundo todo, una fatal prueba de esta verdad.

Por el contrario, este estado tan terrible y horroroso para el impío, es cuando el cristiano siente y conoce todo el valor, todo el precio de su celestial creencia. Entonces es cuando ve que solo en ella

está todo consuelo, toda verdad y sabiduría, su tranquilidad y su dicha: tranquilidad y dicha que le enajenan santamente, y que son en tan críticos momentos, para él, como las primicias de la propia inmortalidad que espera; siendo feliz en el fondo de su alma, no teniendo, como el impío, impresa en su frente la señal de la inquietud y de la agitacion: *Fugit impius, nemine persequente: justus autem quasi leo confidens, absque terrore erit*¹.

¡Filósofos! ¡qué momentos mas dulces, qué sentimientos mas tiernos y deliciosos, qué meditaciones mas encantadoras, qué emociones mas puras, qué gozos mas inocentes é inefables no experimentaréis cuando entréis en el goce de las recompensas y premios ofrecidos á los creyentes! ¡Felices los pueblos, y vosotros mas felices, cuando anunciéis sin rebozo el Santo nombre del Señor en Sion, y le alabeis con cánticos en Jerusalem, y digais con sinceridad con el gran Bossuet: "¡Oh Santa Iglesia Romana, Madre de las iglesias y de todos los fieles! ¡Iglesia escogida por Dios, para unir á sus hijos en la misma fe y en la misma caridad! Siempre estaremos unidos contigo de todo nuestro corazon." Amén.

¹ Prov., cap. 28, v. 1.



PUEBLOS:

ESTAD prevenidos contra los filósofos modernos: raza de mentira, de destrucción y de impiedad: manteneos firmes en los caminos trazados y seguidos por vuestros padres; y sabed como ellos morir defendiéndolos, y así alejaréis de entre vosotros los males y calamidades que se experimentan, siguiendo los de la insubordinación, impiedad y libertad con que lisonjean y seducen estos apóstoles de la mentida filosofía; enemigos declarados de los altares y tronos. Ellos son vuestros verdaderos enemigos, puesto que, insensatos se afanan en constituir la sociedad y los deberes en principios desorganizadores y en doctrinas impías, cuyo resultado necesario no puede ser otro, que verse aquella dislocada, sufriendo las agonías de la muerte; y estos,

vuestros deberes, transformados en delitos; disueltos los lazos sociales y vínculos religiosos que os unen entre sí; dejando á los que mandan sin freno, y á vosotros sin proteccion: trastornando todo órden establecido civil y religioso. Convinceos que la libertad que os predicán, es penosa y degradante esclavitud; la tolerancia, fiera persecucion; el órden, anarquía; la reforma, destruccion; la abundancia, escasez y miseria; la felicidad, luto, lágrimas y sangre; y la regeneracion, completo esterminio; pues es igual ó parecida á la del anciano Pelias: éste fué degollado por sus propios hijos, persuadidos por Medea que debían principiar por matarlo para rejuvenecerlo. Creedme, pueblos.....

Ellos, es verdad, que en sus amenos y floridos discursos, y en su charlar sin término, despues que hayan lisonjeado vuestras pasiones, y favorecido vuestros criminales apetitos, os harán ver, que tratan de establecer un gobierno estable y justo; una libertad verdadera, y un reposo libre: sí, os prometerán la libertad, la igualdad, el órden, la abundancia, la felicidad; el reinado de la justicia, de la paz, de la sabiduría y de las leyes. ¡Fementidos! se apoderarán del mando ó supremo poder, único objeto de todos sus sudores y afanes, y olvidándose en este caso, de sus promesas y fementido pa-

triotismo, velos con que cubrían su codicia, su soberbia y su ambicion, marchan encumbrados ya en el poder que villanamente usurparan, por senda opuesta á la que proclamaran: afirmándose despues por todos medios para ser vuestros verdugos; desplegando todos los furores de la intolerancia y del fanatismo de que están animados. Esta fué en todos tiempos la conducta que siguieron todos los ambiciosos y rebeldes, y todos los tiranos de los pueblos.

Quando Catilina, al frente de los jóvenes mas disolutos y perdidos de Roma, proyectaba el total esterminio de esta ciudad, segun Ciceron, ¿no era libertad lo que clamaba y prometia? César, despues de haber vencido y destruido á Mario, Sila y Pompeyo, y elevándose con el supremo mando, ¿no dice á los romanos que ya eran libres, y el imperio una feliz república? Octaviano, despues de haber repartido con Lépido y Antonio el imperio romano ¿no se jactaba, diciendo que Roma era un pueblo feliz y libre? Cromwel, tirano feroz y suspicaz, despues que se habia asegurado en el mando ¿no dice al pueblo inglés, que los tres reinos que forman aquel imperio, era una república indivisible, venturosa y libre? Robespierre, despues de haber sacrificado sobre los cadalsos á los mas hombres de bien de la Francia ¿no promete y grita libertad.....?

Pueblos, pueblos: ¿qué paso adelantais en vuestro reposo y bienestar, cuando movidos de teorías halagüeñas y seductoras, que siempre están encontradas con los hechos, y por doctrinas rebeldes, destruis vuestro antiguo régimen de gobierno; régimen que aseguraba vuestra libertad y reposo por estar arraigado profundamente entre vosotros con sentimientos grabados en el corazón por la acción del tiempo, y por la influencia de instituciones robustas y salvadoras, sacudís el yugo de vuestras legítimas autoridades? Ninguno. ¿Y no es el resultado el venir á parar en cambio, después que salís de vuestro natural asiento, entrando en otro violento y precario, á caer bajo el tiránico y feroz mando de unos cuantos hombres ambiciosos y perdidos, que no conociendo otro interés que el suyo propio ó particular, los veis á la vuelta de poco tiempo poseedores de grandes fortunas é inmensos capitales como fruto de sus dilapidaciones y maldades? ¿Y no lo es también, que sucediéndose y variando continuamente estos que se llaman vuestros libertado-

1 A Sila, que se vanagloriaba de su hombría de bien y virtud, le dijo uno: "¡Ah! ¿cómo has de ser tú virtuoso, tú, que no habiendo heredado nada de tus padres, te encuentras poseedor de inmensos bienes?" ¿Tendremos entre nosotros á quien aplicar oportunamente este dicho?....

res, según prevalecen los partidos á que pertenecen, van aventajando á sus predecesores en medidas desconcertadas y ruinosas, que aumentando mas y mas vuestras desgracias y miserias, os constituyen en la mas penosa y desoladora situación...? Ved aquí por qué César Augusto decia: que *cualquiera que se opone á la mudanza del actual gobierno del Estado, era buen ciudadano y un hombre de bien*. Sí, siempre será buen ciudadano, y un hombre de bien, por mas que los amigos y forjadores de motines y revueltas, los denominen con los nombres odiosos y criminales que solo ellos justamente se merecen. Y Montesquieu, que "Nada hay mas peligroso para un Estado, que mudar el principio de su gobierno; pues la mas pequeña mudanza en su constitucion, lo arrastra á su ruina por la de los principios."

Y en efecto, pueblos: el tránsito de una forma de gobierno á otra es difícil y espinoso; porque roto el resorte de la antigua, la nueva no sucede sino con mucha lentitud, pues faltando el primer móvil, y no teniendo aún el que debe reemplazarle, se establece una crisis peligrosa durante la cual la multitud desprendida de las trabas de las leyes antiguas por sola la proximidad del establecimiento de las nuevas que se les hace esperar, destruye con

estrépito el orden social, la fuerza se sustituye á la justicia, y la licencia á la libertad racional; y en este estado, con el trastorno de la obra de muchos siglos, se mudan todas las fortunas desapareciendo la felicidad comun: los lazos de la sociedad se disuelven, y los unos temiendo y los otros esperando, resulta, que estos destruyen todo lo viejo, y los otros quieren todo lo antiguo; y véase aquí la guerra civil ó anarquía perpetua; los desastres, las ruinas y las calamidades sin término que necesariamente han de suceder.... Porque es un absurdo el pretender que un pueblo, á quien le mudan sus venerandas costumbres é instituciones, abraza sin oposicion las leyes ó instituciones nuevas, que antes acaso detestara y miraba como tiránicas, desorganizadoras é impías, y opuestas á su felicidad.... Por esta razon, decia el profundo Pascal, que el arte de desquiciar los Estados, es trastornar ó mudar las costumbres establecidas; y todos los verdaderos sabios y políticos, sin embargo que conocen que todos los gobiernos tienen sus ventajas é inconvenientes ó vicios, inseparables de la imperfeccion de las instituciones humanas; con todo, aconsejan, que lo mas ventajoso para los pueblos, es el de respetar constantemente la forma de gobierno establecida, y en la que han vivido largo tiempo;

por cuanto á ella se encaminan todos los hábitos civiles, morales y religiosos; creyendo por lo tanto, como imposible, promoverlos á otra clase de forma sin que se suman en un caos de ideas contradictorias y de intereses encontrados, y se envuelvan por necesidad en los desórdenes de la anarquía y de la inmoralidad: por la misma razon, decia Carondas: *Que el innovador que propone mudanzas en las leyes antiguas, se presente con la cuerda al cuello para ser ahorcado, si su proyecto no merece la aprobacion*....

Si creéis, ¡oh pueblos! que los hijos de la carne, del orgullo y de la anarquía, enmascarados con un falso patriotismo y armados de una fraseología falaz, seductora y atrevida, *que es toda su ciencia y toda su razon*, pueden establecer algun gobierno fijo, sea de la clase que fuese, os engañáis miserablemente: y si no decidme: ¿con qué gobierno reemplazan al antiguo destruido? Con ninguno; sí, con ninguno: pues no bien establecen uno, que siempre es de farsa, cuando ya lo destruyen, poniendo otro en su lugar, que bien pronto como el primero desaparece; pues como todo es obra de los partidos, ó mas bien, de las pasiones, éstas pasan y no subsisten, desapareciendo la obra que sobre ellas se formara:

1 Strab., lib. XIX.

á mas de esto, que careciendo ó desconociendo los principios de la verdadera moral y de la justicia, no tienen ni pueden tener ideas fijas que conduzcan á la estabilidad y al órden; sus intereses particulares son siempre su norte, variando, por lo mismo, si es menester, cada dia de tono y rumbo en sus ideas y convicciones; diciendo con la misma maldad lo que decian los compañeros de Eneas, para engañar á sus enemigos aquella noche en que fuera Troya destruida: *Mutemus Clypeos Danaumque insignia nobis aptemus: dolus an virtus quis in hoste requirat?* De ellos se puede afirmar lo que decia S. Hilario de los herejes é impíos arrianos, que cada año mudaban de fe. Y bien, ¿no es esto lo que nos dice la experiencia, y nos demuestran la multitud de constituciones diferentes que se hacen en los pueblos llamados libres, ó que ellos dirigen? Para ellos, ni el gobierno de uno solo, ni la potestad administrada por muchos, ni el estado monárquico, ni el libre, ni la autoridad de la nobleza, ninguna clase de régimen les place, todos les son pesados, tiránicos é insoportables: á la manera que un enfermo fatigado con la calentura, y desasosegado por el dolor de las entrañas, no halla quietud en parte alguna, ni en el lecho, ni sentado, ni puesto de un lado, ni puesto de otro, quejándose en cualquiera disposi-

cion y sitio: "así los filósofos, dice un antiguo escritor, andan siempre mudando de lugar, y rodando de una parte en otra, probando las diversas formas de gobierno y de naciones, sin que al fin encuentren alguna que poder aprobar, ni donde permanecer quietos, como necesaria consecuencia de sus funestos principios, y de sus máximas y doctrinas desorganizadoras."

Sin embargo, ellos están en su lugar cuando mandan, saquean, esclavizan, corrompen y descatoizan los pueblos, y se emplean en la festiva é inocente ocupacion de guillotinar unos á otros, ó de suicidarse desesperados; término necesario á que los conduce su ambicion, sus crímenes y su orgullo. Allá en Francia, cuando mandaron y subyugaron á esta gran nacion los llamados demócratas de la República una é invisible, matan á sus hermanitos los de la República federada; y los hermanitos de la Montaña, guillotinan á los de la Gironda. Estos buenos filósofos, á pesar de su decantada hermandad y filantropía, se dividen en facciones; y aparecen, la faccion de Herbert y de Marat; la faccion de Danton y de Chavot; la faccion de Cloots y de Chaumette; la faccion de Robespierre; la faccion de Tallien y de Freron; que todas conspiran unas contra otras y se devoran. Brissot y Gensone, Gaudet,

Fauchet, Rabaud, Barbaroux y otros treinta son condenados por Fouquier Tinville, como ellos condenaron á Luis XVI. Y Fouquier es condenado, como él condenó á Brissot: Pethion y Burot errantes en los montes, perecen de hambre comidos de fieras: Perrin muere en la cárcel: Condorcet se envenena en su prision: Velage y Lavat se dan de puñaladas; y Robespierre y Marat dejan tambien de existir.....

Las sociedades humanas que, como el hombre de que se componen, son viadoras sobre la tierra, viven ó mueren segun son las doctrinas y las creencias de los que las dirigen ó mandan; y bien, ¿qué debe esperarse, cuando hombres imbuidos en doctrinas disolventes é impías y en máximas de error y de muerte, se erigen por el medio de las revueltas ó tumultos en doctores, guías y mandarines de las naciones? ¿El qué? El que éstas por necesidad se desconcierten, se hundan, se destruyan. Atended, pueblos: ¿veis á aquel hombre, ó mas bien espectro, que con las sienes y mejillas hundidas, color aplomado, el mirar triste, el cuerpo trémulo, casi sin vida y aun sin pensamientos; en una palabra, con cara hipocrática, que parece acaba de salir de la sepultura ó á la que se dirige? ¿le veis? Pues sabed que es un jóven que pocos dias ha-

ce, por su robustez, sanidad, fuerzas y riquezas, se creia inmortal, desafiando no solo á la vejez, sino aun á la misma muerte: pues bien, este estado de aniquilamiento, de dolor y destruccion en que le veis, es el resultado de sus corrompidas costumbres, de sus impiedades, de sus desórdenes y de sus extravíos; ya lo habia dicho Ciceron, que los vicios y desarreglos de la juventud aceleran la vejez y la muerte. Ahora bien; pues así de la misma manera, las naciones mas robustas, florecientes y pacíficas, se turban, se corrompen y se precipitan á la muerte por sus desórdenes y por sus vicios. Si las máximas de los que gobiernan son conservadoras y vitales, se conservarán; vivirán: si por el contrario, lo son de impiedad, de rebelion y de muerte, enfermarán; dejarán de ser. Sí, pueblos, á proporcion que la verdad ó la religion desaparece de las constituciones, de las leyes y de las costumbres de los Estados, estos enferman, se enflaquecen, se desconciertan, se les apaga la vida, mueren; porque como decia Ciceron: *Omnia religione moventur*.

Por lo tanto, pueblos, ojo alerta y conoced el peligro de que estais amenazados con las luces y doctrinas filosóficas, sin perder jamas de vuestra vista, que los impíos son tan perversos, hipócritas y malvados, que fingen á veces hasta piedad y odio á las

doctrinas impías y destructoras, para seducir con mas seguridad y ocultar sus espantosos designios; en ellos todo es aparente y solo hay de real el crimen y la impiedad. Epicuro se presentaba alguna que otra vez en los templos, y de sus hijos los asquerosos jansenistas nada digo: y cuando Raynal se estremecía de las consecuencias de la revolución que sus doctrinas moviera, y las llorase, no hacia mas que un paso de comedia al ver triunfantes á sus contrarios, que ciertamente no hacian otra cosa, que seguir la línea que él habia trazado. Ellos, en fin, son y serán siempre lo que ha dicho de sí mismo uno de sus primeros corifeos: "Decir y probar igualmente, decia Rousseau, persuadirlo todo y no creer nada, fué en todo tiempo la diversion favorita de mi espíritu: no miro ninguno de mis libros sin estremecerme: en lugar de instruir, corroppo; en lugar de alimentar, enveneno: pero la pasion me descarría, y con todos mis bellos discursos *yo no soy mas que un malvado*." ¿Lo habeis oido, pueblos, que ellos mismos confiesan ser unos *malvados*?

Sí, son unos *malvados*; contra los que no ha podido menos, el primero de ellos, el mismo Rousseau, de levantar su voz para anatematizarlos. "Huid, nos dice, huid de aquellos filósofos que, con

"el pretesto de explicar la naturaleza, siembran
"en los corazones de los hombres doctrinas destructivas, y cuyo aparente escepticismo es cien veces mas afirmativo y dogmático que el tono decidido de sus contrarios. Con el orgulloso pretesto de que solo ellos, son ilustrados, veraces, de buena fe, nos someten imperiosamente á sus decisiones, que no admiten réplica y quieren darnos por verdaderos principios de las cosas, los sistemas ininteligibles que ellos se han forjado en su imaginacion. Por lo demas, trastornando, destruyendo, hollando todo cuanto respetan los hombres, quitan á los afligidos el último consuelo en su miseria, á los poderosos y ricos el único freno de sus pasiones: arrancan de los corazones el remordimiento del delito, la esperanza de la virtud, y se jactan despues de esto de ser los bienhechores del género humano...." "Yo los hallo, nos dice en otro lugar, á todos orgullosos, afirmativos, dogmáticos, aun en su decantado escepticismo, no ignorando nada, no probando nada, burlándose los unos de los otros, y en este punto comun á todos, me pareció el único en que tienen razon. Triunfan cuando atacan y no tienen vigor cuando se defienden. Si pesais sus razones, veréis que no la tienen sino para destruir; si contaís sus votos, cada uno

“ está reducido al suyo propio: solamente convienen en una cosa, y es en disputar.” Otro, no menos famoso por su impiedad, dice también: “ Los filósofos, Bayle es quien habla, no son á propósito mas que para embrollarlo todo y hacer dudar de todo: apenas han edificado una obra, cuando ya nos presentan los medios para arruinarla. Son una verdadera Penélope, que por la noche des- hacen la tela que trabajaron en el día.”

Y por último, pueblos, un célebre escritor, el padre Cevallos, comparando á los filósofos modernos con las arañas de Reaumur, nos dice: “ Algunas veces he querido comparar á nuestros falsos filósofos con las arañas. El sabio Reaumur observó la presteza con que estos insectos urden y tiran sus telas; notó también lo fino de su seda: con esto esperó aquel naturalista hacer un nuevo servicio á la sociedad, si promoviese y adelantase esta preciosa labor. Congregó cuantas arañas pudo en el hospicio que les preparó: aguardaba que se uniesen de compañía como los gusanos y las abejas, y que por este medio creciera ó herviera la obra: mas él se desengañó presto. Cayó luego en la cuenta de que estos eran unos *insectos feroces* que no podían habitar de comunidad entre sí; que se mordían mutuamente; una rompía la tela

“ de la otra, en lugar de ayudarla: finalmente, que eran bastantes para arruinarse á sí mismas. Esto notamos en los falsos ó vanos filósofos desde la antigüedad hasta nuestros días. *Meditaron, como arañas, sus años*¹. *Rompieron huevos de áspides y tejieron telas de araña: quien comiese de los huevos de ellos, morirá; y de lo que se empollare saldrá el basilisco*²”

“ ¿Qué de sistemas no han urdido en sus cabezas? desentrañaron y deshilaron este ovillo de los sesos, donde está envuelto este cordon de plata, que ata nuestros artejos y mide nuestros días³. Sacaron de su cabeza multitud de hipótesis que quieren hacer propias sin dar parte á otro alguno: ninguno quiere trabajar de peon ni de oficial bajo una maestra ó jefe comun: todos anhelan por hacer partidos ó telas que lleven su nombre: el quererlos conciliar para echar una tela comun es un empeño insuperable. Luciano, queriendo consultarlos, dice que se mareó de haberlos oído.”

“ Ya oímos á Rousseau confesar lo mismo cuando quiso consultar á los filósofos: sus razones, di-

¹ Ps. 89, 9.

² Isai. cap. 59, 5.

³ Eccles. cap. 12, 6.

“ce, que solo son hechas para *destruir*. Sus votos,
 “añade, si se cuentan, todos son singulares y ca-
 “da uno vota por sí mismo. Tiene por una empre-
 “sa insuperable el combinarlos, como no sea para
 “atacar. Ya intentó el procónsul Gelio con los fi-
 “lósofos de su tiempo, lo que Reaumur con las
 “arañas: juntó aquel buen hombre á todos los di-
 “ferentes partidos que habia en Atenas, y los ex-
 “hortó á convenirse sobre la variedad de sus opi-
 “niones y á transigir sus diferencias bajo su auto-
 “ridad; pero hubo de dejarlo, por no marearse ó
 “perder el juicio como temió Luciano.” Hasta aquí
 este sabio y respetable escritor.

Ahora bien, pueblos: ¿y son estos filósofos los sa-
 bios dignos de la confianza y veneracion de los hom-
 bres? ¿Son estos los legisladores que han de plan-
 tear con sus luces, cordura y sabiduría la grande
 obra de la moralidad y felicidad de las naciones...?
 No, pueblos, y mil veces no: los hechos mas ruido-
 sos, ó mejor dicho, los mas inauditos desórdenes y
 calamidades mas horrendas, han demostrado al mun-
 do todo, que estos malvados enemigos de Dios, de
 los hombres y de la sociedad, tienen solamente vo-
 luntad, fuerza y medios para trastornar, destruir,
 engañar y llevar á todas partes el estrago, el pilla-
 je, la anarquía y la desolacion; como consecuencias

necesarias de su impiedad, de su libertinaje, de su
 orgullo y de su ambicion.

Y así que, pueblos, guerra eterna y sin tregua
 á los llamados filósofos: oponed á su irreligion,
 vuestra piedad; á su libertinaje, vuestro pudor; á
 su insolencia, orgullo é insubordinacion, vuestra
 obediencia y respeto á las autoridades; en una pa-
 labra, oponed la práctica de todas las virtudes cris-
 tianas á sus proyectos y vicios execrables; pues si
 estos tienden necesariamente á turbar y á disolver
 el orden social, aquellas le conservan y perpetúan.
 Y si bien los filósofos son acreedores á las mas se-
 veras penas, ó como dice S. Pablo, dignos de muer-
 te, no solo ellos, sino los que los consienten, como
 impíos, traidores, rebeldes, apóstatas, homicidas...
 su condigno castigo es cargo que toca exclusiva-
 mente á las autoridades, á la vigilancia de los ma-
 gistrados y á la severidad y justicia de las leyes pú-
 blicas; y sobre todo á los reyes, como guardadores
 y defensores natos de las leyes y procuradores de
 la salud, orden y dicha de sus Estados.

PRINCIPES:

Vosotros que colocados al frente de las naciones para dirigir las á su felicidad, á nombre del Todopoderoso, de quien emana todo poder y autoridad¹, no olvideis vuestro elevado, aunque espinoso cargo, ni menos su divino origen. Refrenad á esa raza criminal y turbulenta que, como se ha dicho para hundir los tronos y destruir la sociedad, pretende establecer el siniestro cuanto ridículo y desacreditado dogma de la soberanía popular² con sus absurdas, funestas y sangrientas consecuencias; contra

1 Homero y Hesiodo dicen, que los reyes son lugartenientes de Júpiter, y que él es quien los colocó sobre el trono: los chinos, que los príncipes recibieron su misión del cielo: Zoroastro, que Ormuz, ó el buen principio, constituyó á los reyes para gobernar á los pueblos.

2 "Creo en teoría, decía Chateaubriand, en el principio de la

lo que la revelacion, la historia y la razon enseñan sobre el origen del poder. Éste, por mas que charle, grite y delire la impía filosofia, nunca dependerá de la libre voluntad del pueblo, así como ni el paterno de la de sus hijos. Y como para conseguir tan infernal proyecto era necesario desembarazarse de la religion, pues de otro modo jamas podria conseguirlo, pretenden sus hijos, los filósofos, con el mayor descaro y constancia, erigir el ateismo sobre la consoladora creencia de un Dios; aboliendo entre los hombres su autoridad, y esterminando su culto, borrando de sus corazones los consejos y preceptos del Evangelio, y oscureciendo aun las inspiraciones de la naturaleza: es el caso, que segun ellos, debe desaparecer del mundo todo vestigio de religion, ó cualquiera cosa que pueda obligar al hombre á reconocer la existencia de su Criador, á adorarlo y respetarlo: no es otro el proyecto que tristemente tocamos; sus escritos ¡qué digo! sus hechos y nuestras desgracias, mas eficaces y elocuentes que todo razonamiento, hablen....

No en vano llevais la espada; y en qué otra cosa podréis emplearla mas bien que en defensa de soberanía del pueblo; pero añado al mismo tiempo, que si se pone rigurosamente en práctica, vale mas para el género humano volver á la barbarie y huir desnudo á los bosques."

los intereses de la religion, identificados con la seguridad de vuestras personas, y con la salud, paz y dicha de vuestros pueblos? Todo impío ataca el orden, reposo y seguridad de la sociedad, puesto que la religion es su fundamento, siendo la salvaguardia de las leyes, el freno de los poderosos, el apoyo del débil y la riqueza del pobre: y así, castigar á los impíos no es vengar á la Divinidad, sino mas bien á la sociedad: un hombre capaz de despreciar las amenazas de la religion, es incapaz de contenerse con ningun freno; y así es, que todos los pueblos cultos, aunque persuadidos de que la divinidad castiga tarde ó temprano á los impíos, creyeron deber castigarlos con penas muy severas; pues el tratarlos con benignidad, ha mostrado la esperiencia, es causa de que aumenten su audacia: *Nec enim impios homines lenitas inflectit*, dice S. Gregorio Nacianceno.

Y así, ningun negocio puede ser de un interes tan grande, tan general, ni tan interesante como el castigarlos y contenerlos. Ellos se hallan condenados por sí mismos y confesos de ser reos de todos los delitos, y autores de las desgracias y calamidades en que se ven envueltas las generaciones presentes. Cúbranse de horror y de oprobio sus máximas y sus crímenes; mas, á ejemplo del gran Teo-

dosio, castíguense estos y proscribanse aquellas. Vespasiano, á pesar de ser un príncipe tan humano, tuvo necesidad de hacer morir á Helvidio y desterrar á Demetrio, viéndose despues precisado á echar de Roma á todos los filósofos, menos á Musonio Rufo. Bajo el gobierno de los cónsules habian ya sido espelidos tambien por Fannio, Estrabon y Valerio Mesala; y aunque poco despues de su proscripcion fueron admitidos, volvieron á merecerla, siendo censores Domicio Enobarbo y Licinio Craso; no solo por revoltosos y perjudiciales al gobierno, sino tambien por corruptores de las costumbres y de la educacion. Domiciano, con ser tan político, los proscribió otra vez, no solo de Roma, sino de toda Italia. Fernando el Santo, y tambien el Católico, limpiaron á la España de los moros; y Felipe III se vió precisado á espeler de sus dominios hasta novecientos mil moriscos, pues creia, con razon, al Estado en peligro con semejantes súbditos; pues ya en el reinado de Felipe II los moriscos falsamente convertidos en el reino de Granada, habian puesto con su rebelion á la monarquía á pique de perderse ¹.

¹ *Princeps potest cogere atheum, ac sectarium, ut ex eat ex regno; quia potest avertere á societate, quod potest eam evertere.* Arrazola *Prompt. Philos.* tomo I folio 244.

Ello es indispensable oponer á la accion de la impía y subversiva filosofia, que todo lo desconcierta y destruye, la accion conservadora de la religion y de la justicia que todo lo repara y ordena. El castigo del criminal es mas bien ejemplo para lo venidero, que una venganza de lo pasado; y no es complacerse en los castigos el apetecerlos, por la seguridad y el reposo que tanto necesitamos, por los medios justos y racionales, haciendo justicia en justicia. Es necesario afianzar, sin pérdida de tiempo, aquellos vínculos que nos han de producir y perpetuar el orden, para que éste nos salve: estamos cansados y aburridos de sufrir tantas injusticias, de llorar tantas profanaciones y estravíos, de oir tantas blasfemias y tanto delirio, de ver tantos delitos impunes, delitos que fueran desconocidos de nuestros padres, y de sentir tantas desgracias irremediables.... Es en verdad grande empresa; ¡á tal estado han llegado las cosas! y por lo mismo se necesita de tiempo, de tino, y sobre todo, de perseverancia; que aun no se debe dormir, ni descansar, ni jamas abandonar la obra; ni fiarse de la aparente inaccion, con que á veces se presentan estos enemigos de la religion, de la humanidad y del Estado; ni contentarse con leves paliativos, pues estos no son otra cosa ¡oh príncipes! que treguas hijas de vuestra debilidad ó

impotencia, ó mas bien de la traicion y perversidad de los que os aconsejan; que su resultado será el verlos presentarse á la palestra mas osados, feroces y atrevidos el dia que tengan ocasion oportuna para cubrir de luto y de delitos á los pueblos. Ellos serán siempre, en medio del pueblo, como una mecha encendida que está dispuesta y preparada á quemarlo todo, á destruirlo todo al mas leve soplo; ó como decia el emperador Licinio, el veneno y peste de la República; su existencia será siempre amenazadora y terrible para el gobierno y un mal real para los pueblos.

Mecenas, aquel generoso protector de las artes, de las ciencias y de los sabios de su tiempo, en un discurso que dirigió al emperador Octavio, le manifestó la necesidad de castigar, por el bien y paz del pueblo romano á los filósofos de aquel tiempo; no obstante, que no eran en mucho tan impíos, criminales y peligrosos como los de estos de que hablamos: decia así entre otras cosas: "A Dios ¡oh príncipe augusto! adoraréis tambien en todo tiempo y lugar, pero no de otro modo que segun vuestras costumbres patrias; y al mismo culto debeis compeler á los otros. A los fautores de religiones peregrinas miraréis con odio y los perseguiréis hasta los suplicios; esto no solamente por

"agradar al númen, á quien cualquiera que lo menosprecia no podrá hacer cosa grande, sino tambien, porque los que introducen nuevos dioses, precipitan á muchos en el uso de leyes peregrinas: de allí se siguen las conjuraciones, los partidos y los conciliábulos, cosas todas perjudiciales á la paz y felicidad del imperio. Así, ni á los que menosprecian á Dios, ni á los que se sirven de prestigios toleraréis." Hasta aquí Mecenas: si en los dias de este ministro celoso y prudente se hubieran presentado las tribus de filósofos que han aparecido en estos tiempos para degradar, afligir y destruir la humanidad; y no así como quiera, sino que unidos y comprometidos en intereses y pasiones, y con terribles juramentos y planes concertados y sostenidos, conspiran á un mismo tiempo contra Dios, contra los hombres, contra el imperio y contra el santuario, con una osadía y desenfreno de que no habrá ejemplo en los siglos pasados; por sus referidas palabras podremos inferir, que hubiera aconsejado á su príncipe contra unos monstruos tan malvados y protervos.

Bien es verdad, que la suerte que les esperaba entre los romanos estaba decretada por un rescrito del senado, que condenaba á muerte á cualquiera que introdujese dioses extranjeros ó blasfemase

de los recibidos: y por una ley igual se condenó en Atenas á Diágoras á muerte, por haber puesto en duda la existencia de Dios: Stipon y Anaxagoras estuvieron en mucho peligro por haber dicho que no eran divinidades el sol y Minerva, y el voluptuoso Alcibiades se condena á muerte, porque blasfema embriagado contra los misterios de Ceres. En la ciudad libre de Ginebra condenan sus magistrados, á instancias de Calvino, á ser quemado vivo Servet, por impío y hereje; siendo conducido al lugar del suplicio con la mas imponente ceremonia: esta misma pena sufre en la Suiza el hereje Zwínglio, y en Tolosa el ateo Vanini por sentencia del parlamento; y en Paris, la misma asamblea nacional, por acusacion de Robespierre, decreta la pena de muerte contra el impío Gobet, obispo intruso de Paris, que habia abjurado públicamente del cristianismo, y fué guillotinado con el ateo Chaumette, diputado de la convencion, que mandó quemar todos los libros devotos y cuadros que representaban objetos piadosos. . . .

No ha existido nacion alguna en el mundo, ni la habrá jamas, á lo menos de aquellas que quieran conservarse, que permitan impunemente ultrajar á su religion, á sus dioses, ni á sus reyes; objetos sacrosantos que siempre serán como el símbolo ó ba-

luarte de la libertad y derechos de los ciudadanos, y la causa verdadera de la grandeza, de la paz y de la felicidad de los pueblos: y véase aquí la razon que movió á Amphiction, rey de Atenas, para crear ó establecer la asamblea de los llamados amphictiones, que era como un congreso ú cortes de todos los Estados de la Grecia, para que sus individuos velasen por los intereses de los pueblos, y sobre todo de la religion; no admitiendo en la asamblea diputado alguno de las ciudades, sin hacer antes el juramento siguiente: *Ademas de esto, si se hallase algun hombre tan impío, que se atreva á profanar ó á robar alguna de las ofrendas ricas que se conservan en Delfos en el templo de Apolo, ó facilitar á otro los medios de cometer este atroz delito, ya sea ayudándolo para esto, ó aconsejándolo solamente, emplearé mis piés, mis manos, mi voz, y en fin, todas mis fuerzas para vengar este sacrilegio.* Este juramento iba acompañado de maldiciones y execraciones terribles. ¡Qué contraste no formaria este congreso con los formados en estos tiempos en los pueblos llamados libres. . . . !

Ello es, que los amphictiones, en fuerza del deber á que se hallaban ligados por sus juramentos, declararon la guerra á los cirrenos, siendo Solon el que dió este consejo. Habian los ciudadanos de

Cirra profanado el templo de Delfos y usurpado una parte de su campo. Solon decia, que los griegos debian defender la causa del Dios, y no sufrir que Cirra quedase impune. En efecto, escitados por sus discursos, los amphictiones corrieron á las armas; y encargado del mando de la expedicion Clis-tenes y el mismo Solon, sitian á Cirra, é inficionan sus aguas, y perecen estos sacrilegos, unos en el cerco, y los otros abandonan la ciudad á sus ene-migos¹.

Los griegos castigan tambien severamente á los eilonios por el crimen de impiedad, la que hacia que en su ciudad, segun refiere Plutarco, no se vie-se otra cosa que agitacion y sediciones, por lo que Megacles, arconte de Atenas, no solo decretó des-truirlos, sino que tambien persiguió en justicia á sus consortes en la conjuracion: añadiendo Plutar-co, que los reos, queriendo ampararse del simula-cro de Minerva, tomaron una vestidura de la diosa para cubrirse con ella: pero la ropa se hacia peda-zos por sí misma y los descubria. Megacles, vién-dolos justamente abandonados de un asilo que ha-bian arrojado y despedazado primero ellos mismos, los adjudicó á la muerte, y unos fueron oprimidos

¹ Plutarco *In Solon*, fol. 28.

con muchas piedras, y otros que se acogieron á las aras, fueron allí inmolados á las divinidades ofen-didas. Solamente escaparon vivos, segun Stanlei, aquellos sobre cuyas personas estendian las manos sus mujeres y suplicaban los reservasen: mas á es-tos les quedó perpetuamente el título de *impiados*, y eran *detestables* á todos¹.

Por lo mismo Platon en el libro X de sus leyes, dice, que uno de los deberes de la legislacion y de la magistratura, es castigar á los que se resistan á creer en la divinidad, segun las leyes: que un pue-blo civilizado no debe tolerar, que ninguno blasfeme contra los dioses: *Si quis impie quidquam agit aut loquitur quicumque præsens fuerit, Deum deffendat et magistratibus defferat*. Carondas en las suyas, po-ne en clase de los mayores crímenes el desprecio de los dioses, y previene que se delate ó denuncie á los magistrados los reos de esta especie para su pronto castigo. Y Rousseau en su *Contrato social*: "La existencia de una divinidad poderosa, inteli-gente, benéfica, previsora y providente, la vida futura, la felicidad de los justos, y castigo de los malos: hé aquí dogmas positivos: sin poder el príncipe obligar á nadie á creerlos, puede dester-

¹ Stanlei *In Solon*, cap. 3, tom. I.

“rar del Estado á cualquiera que no los crea; pue-
 “de y debe desterrarlos no solo como impío, sino
 “tambien como insociable. Mas si alguno, despues
 “de haber reconocido públicamente estos mismos
 “dogmas se porta como si no los creyese, debe ser
 “castigado con pena *capital*, porque ha cometido
 “el mas *grave de los delitos*.” Que las potestades
 humanas deban interesarse en el honor de la divi-
 nidad ofendida, y no mirar con indiferencia sus in-
 jurias y desacatos, lo dicta la razon natural y lo
 exige su propia seguridad y el reposo y paz de la
 sociedad.

Príncipes: sed religiosos y justos, y seréis res-
 pectados y amados de vuestros vasallos haciéndolos fe-
 lices. Con la piedad para con los dioses y con la
 justicia para con los hombres, decia el rey Oco, ha-
 bia conseguido la ventura y dicha de su pueblo. La
 justicia, segun Platon, es la fuente de la pública
 felicidad, no pudiendo sin ella gobernar ningun im-
 perio; y Plutarco refiere un dicho de los antiguos:
Que sin justicia ni el mismo Júpiter podrá gobernar
un principado. Y así que, los reyes serán principio
 y origen de la comun felicidad, decian los PP. del
 concilio de Efeso, si son justos y virtuosos; pues ca-
 reciendo de virtudes, serán la ruina universal de
 sus reinos.

Es muy poderoso, príncipes, el mal ejemplo de
 un rey, cuyos aduladores creen de su deber imitar-
 los aun en lo malo; pues de vivir virtuosamente, les
 parece reprenden su maldad. Del rey Joas, escribe
 Josefo, que luego que perdió el cuidado y respeto
 á la religion, y culto divino, hicieron lo mismo los
 caballeros y señores de su reino corrompiéndose to-
 do él: por esto dijo Egesipo, que el vicio de un rey
 era pragmática de maldades y ley de prevaricacio-
 nes: porque, como dice Quintiliano, que es tal la
 condicion de los príncipes, que cuanto hacen, pare-
 ce lo mandan ¹. Ello es, como dice Píndaro, que el
 rey es el ingenio y las costumbres de todos; porque
 á su ingenio y á sus costumbres, y á sus hechos, to-
 dos se acomodan aun en cosas arduas. Estando Ca-
 ton Uticense con todo su ejército pereciendo de
 sed, derrama un vaso de agua que le trajeron, vien-
 do á su gente privada de ella: con esta accion, dice
 Lucano, mató la sed de todos, satisfaciéndoles más
 el ejemplo de su general y emperador, que un mar

¹ Estando Carlos V en Barcelona, le mandaron los médicos
 se cortase el pelo por causa de enfermedad, y todos los que le
 rodeaban se lo cortaron tambien para adularlo. Entre algunos de
 los emperadores de Etiopía, dice Diodoro Sículo, que sus áulicos,
 si por desgracia le faltaba un ojo, ellos se lo sacaban, y si una
 mano, se la cortaban.

de aguas dulces. ¿Cuántos reyes no han conseguido con su ejemplo lo que no pudieron con las fuerzas de las leyes? Los emperadores Severo y Juliano, que no pudieron reformar los excesos y gastos del pueblo por las leyes y pragmáticas que sobre esta materia habia establecidas, lo consiguieron con solo su ejemplo; pues el deseo de agradar al príncipe tuvo siempre mas poder que las penas y leyes ¹.

El ejemplo del rey ó gefe de un Estado, es una ley viva, que da fuerza á las leyes escritas y aun vida á las muertas: y así Teodosio, para dar vigor á una ley que hizo de los campos, quiso él con su ejemplo autorizarla. "Queremos, dice, en persona dar ejemplo en nuestras heredades, para que á nadie se le haga pesada la ley que comprende al príncipe." En tiempo de Vespasiano, se guardaron las leyes suntuarias, porque con su moderacion las dió fuerza. Tumchin, emperador de la China, para obligar á sus súbditos á que cultivasen la tierra, él mismo tomó por su mano el arado, y se puso á hacer arar. Ello es indudable que el deseo de agradar al príncipe tuvo siempre mas poder que todas las leyes que se creen, por buenas que sean, desacredi-

¹ "Si los reyes, dice Plutarco, aman la música, se llena el mundo de músicos; si favorecen las letras, abundan los literatos; si á los que trabajan, hay copia de trabajadores."

tadas y menoscabadas en su autoridad, si les falta el buen ejemplo de los reyes.

Y así que, príncipes: para hacer la felicidad de vuestros reinos, no hace tanto al caso establecer buenas y sábias leyes, cuanto se guarden por vosotros mismos las ya establecidas, y que quereis observen vuestros súbditos ¹. Vosotros estais obligados á obedecer todas las leyes, así como todos y cada uno de los ciudadanos; solo en un caso está fuera de la ley el príncipe, y es cuando es justo; pues al justo no le está impuesta la ley, segun S. Pablo: en este caso se hallan tambien todos los súbditos. Jamas deberéis usar ó valerse de vuestro poder para no obedecerlas, pues en este caso, ya no seréis otra cosa que un déspota, un tirano ². Vuestra virtud debe ser la mas perfecta, pues de ella se han de servir los pueblos para imitarla; pues á vosotros toca, como dijo Xenofonte, no solo ser justos y virtuosos en sí, sino tambien cuidar que lo sean los súbditos, lo cual haréis mas con el ejemplo; pues como decia Claudiano.... *Componitur orbis regis*

¹ Enrique IV decia, que la primera ley del soberano era obedecerlas todas.

² Teopompo decia, que un gran rey es aquel que permite á sus amigos decirle la verdad, y que hace justicia á sus vasallos, y observa las leyes fielmente.

*ad exemplum: movile mutatur semper cum principe vulgus*¹. Procurad, pues, que vuestra religiosidad y justicia haga decir de vuestro reinado lo que del de Arístides; que por su gran justicia le llamaron la felicidad de los griegos, y á los años que gobernó, tiempo de oro.

Príncipes: como justos y agradecidos remunerad los méritos y servicios de vuestros leales súbditos, y así conservaréis á todos en la fidelidad; porque cuando á los ciudadanos no se les defrauda el premio á que se hacen acreedores por su lealtad y honradez, todos se animan á ser fieles y honrados en sus cargos con la seguridad del merecido y justo premio. Empero, guardaos de dar oídos y acceder jamas á las mentidas exigencias que os presenten ó pidan un puñado de súbditos mal contentos, ambiciosos y desleales. El día en que les hagais la mas pequeña concesion á sus siniestras é infundadas pretensiones, ¡ay de vosotros! y ¡ay de vuestros pueblos! Ese día será el último de vuestro reinado; y vuestros pueblos, faltándoles la defensa y amparo del trono, se sumirán en la mas espantosa y sangrienta anarquía, ó bien se verán saqueados, opri-

¹ Por lo mismo Isócrates aconsejaba á su rey, que no fuera peor que aquellos á quienes mandaba: siendo su mejor adorno, su inocencia, su virtud y su justicia.

midos y encadenados por ese puñado de rebeldes, que acaso encubrirán su deslealtad y su ambicion con el título de ser los defensores, libertadores y representantes de los mismos pueblos. Cuidad de no confiar el poder sino en manos de hombres justos, sabios y virtuosos: pues estos serán los que harán amable y respetada vuestra autoridad y persona. Por los ministros juzgan siempre los súbditos de sus soberanos; los estiman ó desprecian, los aman ó los aborrecen; verdad que la esperiencia ha mostrado, y confirma la razon; y verdad que tuvo presente el rey D. Alonso el Sabio, que nos dice en una ley de Partida: *Saber conocer los omes, es una de las cosas de que el rey mas debe trabajar; ca pues que con ellos ha de facer todos sus fechos, menester es que los conozca bien.* Y por lo mismo Plutarco decía, que un buen gobierno es aquel donde los buenos mandan, y los malvados no tienen autoridad alguna.

Ello es cierto, que nada desacredita tanto la confianza de los pueblos con sus soberanos, como el ver cerca de sus personas, y en los puestos mas elevados, hombres mal acreditados en la opinion pública por sus antecedentes, y de quienes se duda, y se pregunta: si son puros, si creen en Dios, si son cristianos, si.... ¿qué se puede esperar al ver la au-

toridad depositada en tales personas? Lo que la experiencia nos ha metido por los ojos sin provecho alguno; el desprecio y degradacion de la potestad régia, de la religion y sus ministros; dilapidaciones escandalosas, revueltas, desgracias y calamidades en los pueblos; y por consecuencia el hundimiento de los tronos, y la ruina y desconcierto de la sociedad. . . .

Príncipes: atended con la mas esquisita diligencia á la educacion religiosa y civil de la juventud; teniendo presente la corrupcion de las generaciones presentes, y sin perder de vuestra vista los retoños de la raza incrédula y depravada que la filosofia produjera: redúzcanse, ante todas cosas, á cenizas todos los libracos y folletos que desgraciadamente corran contra la religion, las buenas costumbres, los soberanos y los gobiernos; pues estos escritos no son otra cosa, que la bocina de la rebelion, del libertinaje y del ateismo: mientras no desaparezcan estas producciones infames y funestas de la falsa filosofia, no faltarán impíos, libertinos y rebeldes; y de consiguiente tumultos, trastornos y desgracias en los pueblos: todo libro impío es una conspiracion ordenada y declarada contra la religion, la moral pública y privada, y contra el Estado. El sabio y respetable consejo de Castilla aconsejaba ó decia,

por los años de 1800, al rey Carlos IV, que mas debe temerse á los papeles y libros pequeños que se introducir para corromper á los lectores, que las balas de los enemigos ¹. Napoleon confesó, que no se sentia con fuerzas suficientes para mandar un pueblo donde se leyese á Voltaire y Rousseau. Cumplan con aquel importantísimo cargo aquellos á quienes dijo Jesucristo: *Id y enseñad*. ¡Oh príncipes! vosotros contaréis dias mas ó menos felices y pacíficos, á proporcion que prodigueis vuestros cuidados y desvelos protegiendo la religion cristiana, principio conservador y vivificante de toda sociedad; cuanto trabajéis, pues, por su autoridad, libertad y reposo, lo haceis por la salud y estabindad de vuestros tronos, y por la felicidad, ventura y libertad de vuestros pueblos. *Nunquam libertas gratior stat, quam sub rege pio*. Claudiano.

¡Felices las naciones donde los gefes ó soberanos que las dirigen, no olvidan jamas que son imágenes de la divinidad; que deben, por lo mismo, imitar su bondad y su justicia, y ser los padres y bienhechores de los pueblos, no usando de su autoridad,

¹ Un santo pontífice hizo en estas palabras el elogio de un príncipe cristiano: *Los grandes príncipes son aquellos, bajo cuyo imperio se ven precisados á callar los incrédulos y los impíos*.

grandeza y poder, sino para hacer y procurar su dicha y felicidad!

¡Felices los soberanos que, teniendo un gobierno religioso, sabio, justo, vigilante, y que de buena fe no tiene otro objeto que el bien general, logren tener unos súbditos religiosos, racionales, industriosos, instruidos en sus deberes y sometidos gustosamente á las leyes que los han de hacer felices!

¡Dichosos los súbditos que tengan tales soberanos! ¡Dichosos los soberanos que tengan semejantes súbditos! Unos y otros gozarán la mayor porción de bien, de que es capaz la humanidad, ínterin su mansion sobre la tierra.

S. D. H. et G.

L. D. J. A. C. J.

FIN.

INDICE

	PAGS.
Al Sr. D. Pedro de la Hoz.....	5
Prólogo	7
Introducción.....	13

PRIMERA PARTE.

El estado natural del hombre es la sociedad.....	41
--	----

SEGUNDA PARTE.

Artículo I.—La religion es la base de la sociedad.....	77
Artículo II.—La pretension insensata de la razon humana, de constituir y conservar la sociedad sin religion, es una quimera funestísima, que atrae sobre aquella su desconcierto y ruina.....	142

TERCERA PARTE.

La religion cristiana, única verdadera ó divina, es la que exclusivamente organiza y conserva á las naciones, así como la moderna filosofia las desconcierta y destruye....	163
Filósofos	237
Pueblos.....	253
Príncipes.....	271

grandeza y poder, sino para hacer y procurar su dicha y felicidad!

¡Felices los soberanos que, teniendo un gobierno religioso, sabio, justo, vigilante, y que de buena fe no tiene otro objeto que el bien general, logren tener unos súbditos religiosos, racionales, industriosos, instruidos en sus deberes y sometidos gustosamente á las leyes que los han de hacer felices!

¡Dichosos los súbditos que tengan tales soberanos! ¡Dichosos los soberanos que tengan semejantes súbditos! Unos y otros gozarán la mayor porción de bien, de que es capaz la humanidad, ínterin su mansion sobre la tierra.

S. D. H. et G.

L. D. J. A. C. J.

FIN.

INDICE

	PAGS.
Al Sr. D. Pedro de la Hoz.....	5
Prólogo	7
Introduccion.....	13

PRIMERA PARTE.

El estado natural del hombre es la sociedad.....	41
--	----

SEGUNDA PARTE.

Artículo I.—La religion es la base de la sociedad.....	77
Artículo II.—La pretension insensata de la razon humana, de constituir y conservar la sociedad sin religion, es una quimera funestísima, que atrae sobre aquella su desconcierto y ruina.....	142

TERCERA PARTE.

La religion cristiana, única verdadera ó divina, es la que exclusivamente organiza y conserva á las naciones, así como la moderna filosofia las desconcierta y destruye....	163
Filósofos	237
Pueblos.....	253
Príncipes.....	271

NUEV
IOTE